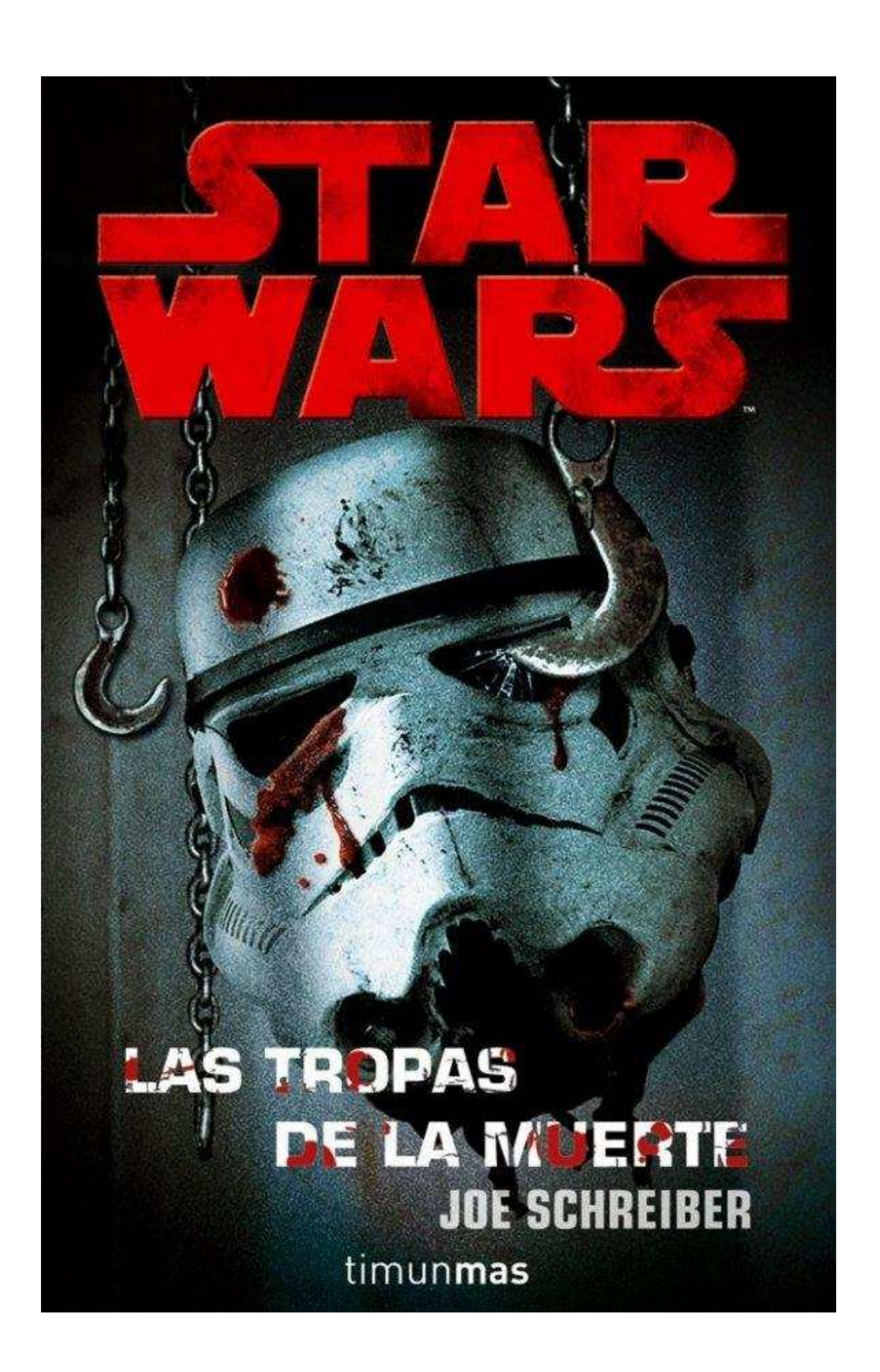

STAR WARS
LAS TROPAS DE LA MUERTE
JOE SCHREIBER
timunmas

Cuando la barcaza prisión imperial *Purga*, hogar temporal de quinientos de los criminales más peligrosos de la galaxia, se avería en una zona alejada y deshabitada del espacio, su única esperanza parece residir en un destructor estelar a la deriva y aparentemente abandonado. Sin embargo, sólo la mitad del equipo de búsqueda que entra en él regresa, y trae consigo una terrible enfermedad, tan letal que en cuestión de horas la *Purga* al completo muere de las formas más horribles imaginables.

La media docena de supervivientes de la *Purga* harán lo que sea para sobrevivir. Pero los muertos —desalmados, imparables e inexplicablemente hambrientos— se están levantando.



Las tropas de la muerte

Joe Schreiber

Versión 1.1

16.10.13



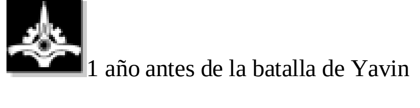
Título original: *Death Troopers*

Autor: Joe Schreiber

Arte de portada: Indika

Traducción: Traducciones imposibles S. L.

Publicación del original: octubre 2009

1 año antes de la batalla de Yavin

Editor digital: Ronstad (para epublibre.org)

Edición: Bodo-Baas

Base LSW v2.0

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

A mis hijos, J y V,
asombráis todos los días.

AGRADECIMIENTOS

Gracias sobre todo a mi familia en Del Rey: Keith Clayton, Erich Schoeneweiss, Sue Moe, y a la siempre increíble Shelly Shapiro.

Quiero expresar mi profunda y sincera gratitud a Sue Rostoni y Leland Chee, de Lucasfilm, por darle a este humilde asustaniños vía libre para pasear por su galaxia.

Gracias como siempre a mi agente, Phyllis Westberg, por ayudarme a que todo saliese bien.

A Michael Ludy, mi mejor amigo del instituto. Mike y yo pagamos dos dólares y medio por ver *El retorno del Jedi* el día que se estrenó, y desde entonces nada volvió a ser igual.

Y, finalmente, a Christina, que no sólo soporta mis tonterías de escritor a diario, sino que consiguió ganar la puja en eBay por una figura clásica de Alien fabricada por Kenner en 1979… lo que la convierte en la esposa más enrollada del mundo.

DRAMATIS PERSONAE

Aur Myss: prisionero (varón delfaniano).

Basura: droide médico 2-1B.

Chewbacca: prisionero (varón wookiee).

Han Solo: prisionero, contrabandista y capitán del *Halcón Milenario* (varón humano corelliano).

Jareth Sartoris: capitán de la guardia, barcaza prisión imperial *Purga* (varón humano).

Kale Longo: prisionero adolescente (varón humano).

Trig Longo: prisionero adolescente (varón humano).

Zahara Cody: oficial médico jefe, barcaza prisión imperial *Purga* (hembra humana corelliana).

CAPÍTULO 1
PURGA

Lo peor eran las noches.

Incluso antes de la muerte de su padre, Trig Longo sentía pavor a las largas horas de aislamiento, a las sombras, a los sonidos y a la inestabilidad crónica del mar de silencio que se interponía entre ellos. Noche tras noche, yacía inmóvil en su litera y contemplaba el techo de duracero empapado de la celda buscando el sueño o algún sustitutivo aceptable. A veces conseguía quedarse dormido dejándose llevar por aquella placentera sensación de ingravidez hasta que despertaba de golpe, con el corazón acelerado, la garganta tensa y los músculos del estómago encogidos, a causa del grito o el lamento de algún preso que tenía pesadillas.

Si algo no faltaba en la barcaza prisión imperial *Purga* eran pesadillas.

Trig no sabía exactamente cuántos presos había en la *Purga*. Calculaba que eran unos quinientos, entre humanos y seres de otras razas, y todos habían sido arrancados de los rincones más remotos de la galaxia, como le había ocurrido a él y a su familia ocho semanas estándar antes. A veces, las lanzaderas llegaban casi vacías; otras veces volvían llenas de formas de vida alienígena beligerantes y de presuntos simpatizantes de los rebeldes de los pueblos más variados. Había asesinos a sueldo y sociópatas que Trig no había visto jamás, seres de labios finos que reían estrepitosamente y se burlaban de los demás en extrañas lenguas que, a oídos de Trig, no eran más que golpecitos y silbidos.

Todos ellos parecían albergar oscuros deseos y rencores personales, historias sembradas de secretos vergonzosos y oscuras venganzas. Mantener las distancias resultaba cada vez más difícil; pronto necesitaría ojos en la nuca —cosa que algunos ya poseían—. Dos semanas antes, Trig había visto en el comedor a un preso alto y silencioso, sentado de espaldas a él, pero que lo miraba con un único ojo, rojo y carnoso, que tenía en la parte de atrás del cráneo. Todos los días, la cosa del ojo parecía sentarse un poco más cerca. Hasta que un día, sin previo aviso, desapareció.

Pero no de sus sueños.

Trig suspiró, se apoyó en los codos y miró el pasillo a través de los barrotes. La zona de presos comunes pasaba al modo de energía mínima durante la noche y la larga pasarela estaba permanentemente envuelta en una penumbra gris. Los rodianos de la celda de enfrente se habían dormido o lo fingían. Hizo un esfuerzo por incorporarse, reguló la respiración y escuchó los ecos apenas perceptibles de los murmullos y gruñidos de los convictos descontentos. De vez en cuando un droide ratón o una unidad de mantenimiento de bajo nivel, una de los cientos que había en la barcaza, pasaba por la zona para llevar a cabo una tarea preprogramada u otra. Y por supuesto, bajo todos aquellos sonidos, se oían tímida pero claramente las vibraciones de las turbinas de la barcaza rechinando constantemente por el espacio.

Durante su estancia a bordo, Trig aún no se había acostumbrado a este último sonido, a la vibración de la estructura de la *Purga* que subía por sus piernas haciéndole temblar

huesos y nervios. No podía escapar de la forma en que boicoteaba cada instante de su vida, convirtiéndose en algo tan familiar como su propio pulso.

Trig recordó el momento en que había estado sentado en la enfermería dos semanas antes, viendo cómo su padre consumía su último aliento, y el silencio posterior, cuando los droides médicos desconectaron los biomonitores del maltrecho cuerpo de aquel hombre viejo y se prepararon para deshacerse de él. Cuando se apagó el último monitor, oyó el rumor lejano y constante de los motores que le recordó, una vez más de forma innecesaria, dónde se encontraba y adónde iba. Recordó que aquel sonido le había hecho sentirse perdido, pequeño e irremediablemente triste, como si una especie de gravedad artificial afectase directamente a su corazón.

Entonces supo, como sabía ahora, que todo aquello sólo se debía a una cosa, al implacable esfuerzo del Imperio por consolidar su poder.

«Olvida la política —le había dicho su padre—. Dales algo que necesiten o se te comerán vivo.»

Y ya se los estaban comiendo vivos a pesar de que nunca habían simpatizado con los rebeldes, no más que los timadores de baja estofa apresados en cualquier operación rutinaria del Imperio. Los motores de la tiranía rechinaban y los conducían a través de la galaxia hacia alguna remota luna presidio. Trig se dio cuenta de que aquel sonido no pararía, que se mantendría de forma indefinida, resonando hasta que…

—¿Trig?

La voz de Kale sonó detrás de él de forma inesperada, y Trig se estremeció levemente al oírla. Miró hacia atrás y vio a su hermano mayor observándolo. Su hermoso rostro demacrado por la falta de sueño no era más que un perfil fantasmal suspendido en la penumbra de la celda. Daba la impresión de que aún estaba medio dormido y de que no estaba seguro de si estaba soñando.

—¿Qué pasa? —preguntó Kale con un murmullo somnoliento que sonó más bien como «quepass».

Trig carraspeó. Hacía poco que le había empezado a cambiar la voz y se había dado cuenta de que si no estaba muy atento se le escapaban gallos.

—Nada.

—¿Estás preocupado por lo de mañana?

—¿Yo? —resopló Trig—. Anda ya.

—No pasa nada si lo estás. —Kale pareció reflexionar un momento y entonces emitió un gruñido de desconcierto—. Estarías loco si no lo estuvieses.

—Tú no estás asustado —dijo Trig—. Papá nunca habría…

—Iré solo.

—No. —La palabra salió de su garganta en un tono casi doloroso—. Tenemos que permanecer juntos, fue lo que dijo papá.

—Sólo tienes trece años —dijo Kale—. A lo mejor no eres, bueno…

—Cumplo catorce el mes que viene. —Trig sintió otra oleada de emociones al decir su edad en voz alta—. Soy lo bastante mayor.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

—Bueno, consúltalo con la almohada, a ver qué dices por la mañana… —Kale empezó a farfullar a medida que se dejaba caer en la litera, dejando a Trig sentado con los ojos todavía clavados en el largo y oscuro pasillo del exterior de la celda de presos comunes que se había convertido en su ya no tan nuevo hogar.

«Consúltalo con la almohada», repitió mentalmente, y en aquel preciso momento, como por arte de magia, como si el poder de la sugestión le hubiera hecho efecto, el sueño empezó a perfilarse como una posibilidad. Trig se tumbó y dejó que la pesadez de su propia fatiga lo cubriese como una manta, sustituyendo a la ansiedad y al miedo. Intentó concentrarse en la respiración de Kale, profunda y tranquilizadora: inspira, espira, inspira, espira…

Entonces, en algún lugar de los niveles inferiores, se oyó el gemido de una voz no humana. Trig se incorporó, aguantó la respiración y notó un escalofrío que le tensó la piel de los hombros, los brazos y la espalda recorriéndole la carne milímetro a milímetro y erizándole el vello de la nuca. Kale, que ya volvía a estar dormido, se revolvió sobresaltado en su litera diciendo incoherencias entre gruñidos.

Se oyó otro grito, esta vez más débil. Trig intentó convencerse de que sólo era otro convicto cayendo del carrusel nocturno de las pesadillas.

Pero no había sonado a pesadilla.

Había sonado como un convicto, de la raza que fuese, siendo atacado.

O volviéndose loco.

Se sentó muy quieto, apretó los párpados y esperó que los latidos de su corazón se ralentizaran poco a poco. Pero no lo hicieron. Pensó en la cosa del comedor, en el preso desaparecido cuyo nombre desconocía y que lo miraba con aquel ojo encarnado. ¿Cuántos ojos más lo mirarían sin que él lo supiese?

«Consúltalo con la almohada.»

Pero sabía perfectamente que aquella noche no pegaría ojo.

CAPÍTULO 2
NIDO DE CARNE

En la antigua vida de Trig en Cimarosa, el desayuno era la mejor comida del día. Además de ser un experimentado traficante y contrabandista, un veterano intermediario que había hecho innumerables tratos con ladrones, espías y estafadores, Von Longo también había sido uno de los mejores cocineros de desayunos no reconocidos de la galaxia. «Comed bien a primera hora. Nunca se sabe si ésa será vuestra última comida», decía Longo a sus hijos.

En la *Purga,* sin embargo, el desayuno era prácticamente incomestible y, a veces, parecía estremecerse con las continuas vibraciones, como si estuviese vivo en el plato. Aquella mañana, Trig contempló la masa pastosa de bazofia incolora mientras se la servían sobre un trozo de carne cartilaginosa con la que formó un amasijo pegajoso que parecía un nido de carne de insectos carnívoros voladores. Seguía removiendo aquel rancho con apatía cuando Kale arqueó las cejas y le echó un vistazo.

—¿Has dormido algo esta noche? —preguntó Kale.

—Un poco.

—¿No vas a comer?

—¿Esto? —dijo Trig removiendo el contenido de la bandeja una vez más y estremeciéndose—. No tengo hambre —afirmó mientras miraba cómo Kale engullía hasta el último bocado de su desayuno con una voracidad inquietante—. ¿Crees que la comida será algo mejor cuando lleguemos a la luna presidio?

—Hermanito, creo que tendremos suerte si no acabamos siendo el menú.

Trig le dedicó una mirada sombría.

—No les des ideas.

—Eh, anímate. —Kale se limpió la boca con la manga y sonrió—. Con lo pequeño que eres seguro que te pondrían de aperitivo.

Trig soltó el tenedor de nuevo y resopló para demostrar que había entendido el chiste. Aunque no era capaz de decírselo, su hermano mayor siempre había sido valiente —algo que obviamente había heredado de su padre—, y aquello era algo que le envidiaba con todas sus fuerzas. Kale no estaba hecho para el miedo. De alguna forma, no se dejaba llevar por él. Lo único que parecía preocuparle era que no le diesen otra ración de lo que fuera que sirvieran los COO-2180 en las bandejas de los presos.

De repente, por asociación, Trig se puso a pensar otra vez en su padre. La última conversación que habían mantenido seguía perfectamente viva en su memoria. Justo antes de morir en la enfermería, el viejo había estirado los brazos para estrechar la mano de Trig entre las suyas al tiempo que susurraba: «Cuida de tu hermano».

Aquello cogió a Trig tan desprevenido que simplemente asintió y balbuceó que lo haría, claro que lo haría; pero poco después se dio cuenta de que en sus últimos momentos su padre no debía de tener muy claro con cuál de sus hijos estaba hablando.

No había razón para pedirle a Trig que cuidase de Kale. Sería como asignarle la custodia de un wampa a un monolagarto kowakiano.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Kale desde el otro lado de la mesa.

—Estoy bien.

—Vamos. Escúpelo.

Trig apartó la bandeja.

—Es que no entiendo cómo pueden ponernos esto para comer día sí, día también, nada más.

—Entonces… —como si le hubiese leído la mente, Kale fijó la mirada en la bandeja de Trig—; ¿no te lo vas a comer?

* * *

Cuando sonó la alarma al acabar de comer, Kale y él se levantaron y se deslizaron hasta el pasillo entre el mar de presos. Desde las plataformas de observación elevadas, un séquito de oficiales imperiales de prisiones y soldados de asalto uniformados permanecía alerta, observando cómo avanzaban hacia la zona común con ojos negros y sin vida.

Abajo, los prisioneros caminaban en grupos, murmurando y riendo, prolongando deliberadamente el proceso todo lo posible para exprimir al máximo la poca indulgencia que los guardias les mostraban. La cercanía de los cuerpos sucios resultaba pegajosa y maloliente. Trig volvió a pensar en el «nido de carne» y sintió una ligera náusea. Todo aquel lugar era un nido de carne.

Poco a poco, con una naturalidad estudiada, Kale y él se fueron quedando atrás, alejándose de la multitud. Aunque Kale no había dicho ni una palabra, su postura había cambiado sutilmente. Ahora estiraba la espalda, erguía los hombros y en su rostro un sereno estado de alerta había sustituido a la despreocupación anterior. Sus ojos miraban a derecha e izquierda y no se detenían en nada más que uno o dos segundos.

—¿Estás seguro? —preguntó sin apenas mover los labios.

—Segurísimo —asintió Trig—. ¿Y tú?

—Cien por cien. —En la cara de Kale nada parecía indicar que estuviese hablando—. Recuerda que cuando bajemos estaremos muy cerca de ellos. Hagas lo que hagas, mantén siempre el contacto visual. No apartes la mirada ni un momento.

—Entendido.

—Y si empiezas a notar que algo va mal, sea lo que sea, nos vamos. —Kale miró a su hermano a la cara, quizá porque percibió su aprensión—. No creo que Sixtus intente nada, pero no pondría la mano en el fuego por Myss. Papá nunca se fió de él.

—A lo mejor… —Trig empezó la frase y la dejó a medias. Se dio cuenta de que estaba a punto de sugerir que lo cancelasen todo, no porque estuviese nervioso, que lo estaba, sino porque parecía que Kale también lo estuviese pensando.

—Podemos hacerlo —dijo Kale—. Papá nos enseñó todo lo que necesitamos saber. No debería llevarnos más de un minuto o dos y estaremos de vuelta en seguida. Si

tardamos más, podría acabar siendo peligroso. —Miró a los lados y luego clavó los ojos en Trig—. Yo voy delante. ¿De acuerdo?

Trig asintió, pero notó cómo una mano le caía sobre el hombro y le impedía avanzar.

CAPÍTULO 3
ADÓNDE VAN LOS MALOS AIRES

Trig se volvió y alzó la vista para contemplar la figura que se erguía frente a él.

—Tú. —Era un guardia de ojos porcinos cuyo nombre no recordaba y que le devolvía la mirada tras un par de escudos ópticos tintados, sin duda no reglamentarios—. ¿Qué haces aquí?

Trig intentó contestar, pero la respuesta se le escondió en algún lugar de la garganta. Kale apareció con una encantadora sonrisa de oreja a oreja.

—Estamos dando una vuelta, señor.

—¿Te lo he preguntado a ti, preso? —replicó el guardia, y sin esperar una respuesta volvió a centrar su atención en Trig—. ¿Y bien?

—Dice la verdad, señor —contestó Trig—. Sólo estábamos dando una vuelta.

—¿Qué pasa? ¿Que sois demasiado buenos para estar con el resto de la escoria?

—Intentamos evitarla en la medida de lo posible —respondió Trig, y a continuación añadió—: señor.

La mirada del guardia se le clavó a través de las gafas.

—¿Te estás quedando conmigo, preso?

—No, señor.

—Porque el último gusano que se atrevió a hacerlo está pasando un mes en el agujero.

—Entendido, señor.

El guardia le lanzó una mirada fulminante y ladeó ligeramente la cabeza en un intento de encontrar algo en la cara adolescente e inofensiva de Trig que pudiese suponer una amenaza o, por lo menos, algo que pudiese justificar su presencia entre aquella enorme masa de criminales cautivos. Al contemplar su expresión, Trig se torturó imaginando que aquellos ojos bizcos lo reconocían, y por un instante pensó en lo extraño que sería que el guardia hubiese dicho: «Sois los hijos de Von Longo, ¿verdad? Sé lo que le ocurrió a vuestro padre. Era un buen hombre».

Sin embargo, resultaba obvio que ningún guardia de aquella barcaza pensaba que Longo había sido un buen hombre o se molestaba siquiera en recordar su nombre, y ahora estaba muerto y tan perdido en el olvido como si nunca hubiese existido. El guardia hizo un gesto con la cabeza.

—Andando —murmuró, y se fue.

* * *

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, Kale apoyó el codo en el hombro de Trig.

—¿Intentamos evitarla en la medida de lo posible? —Los labios de Kale esbozaron una leve sonrisa—. ¿Se te ocurrió en el momento?

Trig no pudo evitar sonreír. Y aquello resultaba liberador, seguramente porque no conseguía recordar la última vez que se había permitido el lujo de poner en su rostro algo más que una mueca de preocupación.

—¿Crees que se lo ha tragado?

—El que casi se lo ha tragado eres tú. —Kale le alborotó el pelo y le dijo—: Tú sigue pasándote de listo, preso, que ya verás como acabas solo con los tipos duros de verdad.

—He oído que ahí abajo tienen a un par de ellos encerrados en aislamiento —dijo Trig—. Podrían ser nuestros futuros clientes.

Kale lo miró con aprobación.

—Te pareces más a papá de lo que creía —dijo y, echando un último vistazo a los prisioneros que tenían enfrente, hizo un ademán casi imperceptible hacia la izquierda—. Vamos, sígueme. Y no te pongas nervioso, ¿de acuerdo?

—Claro.

Trig notó que Kale iba cada vez más despacio, se movía poco a poco para que nadie los descubriese, y se adaptó al ritmo de su hermano. Más adelante, el pasillo principal se dividía en tres pasadizos, que a su vez se dividían en otros más estrechos que comunicaban los módulos de arresto desde diferentes ángulos.

Durante su estancia a bordo, Trig se había empeñado en conocer a fondo la estructura de la *Purga*. Escuchando a hurtadillas las conversaciones de los guardias y de los droides de mantenimiento se había enterado en seguida de que había seis módulos de reclusión principales y que en cada uno de ellos había celdas con capacidad para entre veinte y treinta individuos. En la parte superior se encontraba el comedor, seguido por las oficinas de administración, las dependencias del personal de la prisión y la enfermería. No se hablaba mucho sobre las celdas de aislamiento que se encontraban al fondo de la barcaza, ni se especulaba demasiado sobre los cientos de metros de estrechas rutas de acceso, subniveles y pasillos sin iluminación que se extendían por cada módulo.

Kale y Trig atravesaron una puerta abierta dando zancadas entre las húmedas paredes prefabricadas y bajaron unos escalones que conducían a las oscuras entrañas de la zona de presos comunes. El aire de allí abajo les resultó inmediatamente más denso, sombrío y menos respirable, ya camino de una serie de filtros antes de volver a circular por la barcaza.

—Vaya, vaya —dijo una voz—, los hermanos Longo cabalgan de nuevo.

Trig inspiró rápidamente con la esperanza de que aquello no sonase como un respingo. Frente a él, Kale se había quedado paralizado, extendiendo una mano a la espalda de forma instintiva; ambos contemplaron el espacio abierto que conformaba su futuro inmediato. A Trig no le costó mucho darse cuenta de quién era. Reconoció la silueta de varios presos, todos miembros de la Facción Delfaniana, encabezados por Aur Myss.

Si la sonrisa socarrona y casi vertical de Myss se debía a un accidente genético o era resultado de una de sus legendarias peleas a cuchillo era una duda con la que el resto de presos especulaba constantemente. Bajo la piel de su nariz achatada y del labio inferior

colgaba una hilera irregular de pendientes tribales que había arrebatado a los líderes de otras bandas a modo de trofeo. Myss y Sixtus Cleft, su jefe, habían consolidado su banda como la más poderosa de la *Purga*.

—Llegáis justo a tiempo —dijo Myss.

Los pendientes tintineaban mientras hablaba.

—Nos gusta la puntualidad —asintió Kale.

—Algo admirable en unas ratas de prisión.

—Por eso hacéis negocios con nosotros.

—Entre muchas otras razones —afirmó Myss—, estoy seguro.

Kale sonrió.

—¿Has traído el pago?

—Ah, sí. —Myss emitió un gorjeo sibilante que bien podría haber sido una risa, y extendió una mano de garras afiladas para señalar el suelo vacío que tenía frente a él—. Lo tienes ahí delante. ¿No lo ves?

Trig sintió, o quizá sólo imaginó, que su hermano se ponía tenso, preparándose para lo que pudiera ocurrir, y deseó que Kale se calmase. Pareció funcionar. Al menos por el momento, Kale se mantuvo erguido, con la mirada fija, e intentó hablar con voz firme y tranquila.

—¿Se trata de una broma?

—Quizá. —Myss miró a los mercenarios delfanianos que lo flanqueaban, esbozó una sonrisa y soltó una carcajada—. A lo mejor es que no compartes nuestro sentido del humor.

—Teníamos un trato con Sixtus…

—Sixtus está muerto.

—¿Qué? —Kale lo miró atónito.

—Una terrible tragedia. —Myss apenas susurraba, y por el tono melodramático de sus palabras Trig se dio cuenta de que aquella vez se estaba riendo acompañado por el tintineo metálico de los pendientes—. Esta mañana el OCI Wembly lo encontró degollado en su celda. Ahora yo soy el nuevo patrón. —Calló y una abrupta angulosidad heló su voz—. Así que las condiciones de nuestro trato han cambiado.

—No puedes hacer eso —intervino Trig, incapaz de callarse por más tiempo—. Sixtus y nuestro padre…

—No pasa nada —lo interrumpió Kale con voz absolutamente reposada y sin apartar los ojos de Myss—, pero siento que las cosas hayan acabado así.

—¿Sí? —Myss fingió sentir una gran curiosidad.

—Nada de esto es necesario. —La voz de Kale sonaba tan relajada que a Trig casi le parecía estar escuchando a su padre: la misma inflexión superficial y cordial que los había ayudado a salir de tantas situaciones inesperadas en el pasado—. Hemos construido una relación mutuamente beneficiosa y sería una locura hacerla peligrar con decisiones precipitadas.

—¿Decisiones precipitadas?

Kale hizo un ademán.

—Y por supuesto estaremos encantados de deciros dónde están los blásters y los cargadores, sin coste alguno. Obsequio de la casa. Considéralo un regalo como nuevo líder de la Facción Delfaniana. Ya haremos negocios otro día.

—Una propuesta generosa. —Myss pareció considerar la idea un buen rato—. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

Myss miró a los presos delfanianos que lo acompañaban.

—Que ya les había prometido a mis hombres que podrían mataros.

—Entiendo. —Kale dejó escapar un profundo suspiro—. En ese caso supongo que no hay trato, ¿no?

—No.

—Entonces sólo queda una cosa por hacer.

—¿El qué? —Aur Myss levantó ligeramente la barbilla.

Al principio nadie se movió, y Trig no tenía ni idea de lo que iba a pasar. Entonces, antes de darse cuenta, la mano de Kale se movió hacia adelante, mucho más rápido que los ojos de Trig, y sus dedos arrancaron los pendientes de la cara de Myss.

El delfaniano dejó escapar un alarido de sorpresa y dolor y se apresuró a cubrirse con la mano la nariz y los labios desgarrados. Al mismo tiempo, los dos presos que lo flanqueaban se abalanzaron hacia delante, pero Kale cogió a su hermano por el hombro, le dio la vuelta bruscamente y lo empujó en la dirección por la que habían venido.

—¡Corre! —gritó Kale, y eso hicieron.

Trig primero y Kale tras él, salieron disparados por el pasillo por el que habían bajado.

Tras ellos, las botas de los delfanianos repiqueteaban contra el suelo metálico, y Trig los oía gritar cada vez más cerca. Era imposible que él y su hermano pudieran librarse de ellos. Y aunque consiguieran escapar por algún capricho del destino, Aur Myss estaría esperándolos al día siguiente y al otro y…

Al doblar una esquina, Trig casi choca contra un guardia que apareció justo frente a él. En un acto reflejo, el OCI echó las manos hacia adelante para protegerse, y a la súbita parada de Trig para evitar el impacto le siguió un empujón de Kale desde atrás.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el guardia.

—Nada, señor, sólo estábamos… —Trig empezó la frase, pero se dio cuenta de que no había ninguna razón que justificase la presencia de un guardia tan lejos de los pasillos principales.

Y entonces, con el corazón completamente acelerado, se dio cuenta de otra cosa.

En la *Purga* reinaba un silencio absoluto.

Las vibraciones que lo perturbaban transmitiendo sus ondas por todos y cada uno de los huesos de sus pies, tobillos y rodillas habían desaparecido por completo.

Por primera vez desde que estaban a bordo, los motores se habían detenido.

CAPÍTULO 4
ENFERMERÍA

Eh, Basura —dijo Zahara Cody—, ¿ya hemos llegado?

El droide médico 2-1B alzó su mirada vacía. La oyó mientras procedía a inyectar una dosis de kolto en el brazo izquierdo del preso dug que yacía tendido en la litera más grande del centro médico. Segundos después, el dug se retorció y arqueó la espalda, sacudió las piernas bajo la sábana y luego se puso rígido, haciendo gala de un rigor mortis muy convincente.

—Enhorabuena —exclamó Zahara—, lo has matado. Parece que le has ahorrado otros cuatrocientos créditos al Imperio. —Dio una palmadita en el hombro del droide médico—. Buen trabajo. Así se trabaja en equipo.

El 2-1B la miró con cierta alarma.

—Pero yo no…

—Déjame hacer una prueba rápida, sólo para confirmar la hora de la muerte.

Zahara se agachó, puso al dug sobre un costado y lo fue empujando hasta que cayó de la cama con un ruido sordo. Segundos después, el preso se incorporó con un alarido de disgusto y volvió a tumbarse en la litera, donde la miró frunciendo el ceño y gruñendo alguna maldición entre dientes.

—Parece una recuperación milagrosa —dijo Zahara sonriendo—. Otra de tus numerosas habilidades, por lo visto.

—Un enfoque ciertamente irregular —entonó Basura, y algo en el interior de su torso tintineó y zumbó—. ¿No cree que dadas las continuas quejas del paciente deberíamos realizar pruebas adicionales?

—A no ser que me equivoque, de lo que más se queja este paciente es de la comida. —Zahara miró al dug—. Y quizá de alguna de las muchas bandas de la prisión que quiere su cabellera por falta de pago de préstamos vencidos. No me equivoco, ¿verdad, Tugnut?

El dug gruñó, sacudió la mano en un gesto que trascendía las barreras del lenguaje y continuó fingiendo su propia muerte.

—Programa a un droide celador —dijo Zahara— para que lo lleve de vuelta a su celda. —Volvió a mirar al 2-1B—. ¿Te das cuenta, Basura, de que aún no has contestado a mi pregunta?

—¿Disculpe?

—¿Ya hemos llegado?

—Doctora Cody, si se refiere al tiempo estimado de llegada a la luna presidio Gradiente Siete…

—La *Purga* es una barcaza prisión, Basura. ¿Adónde si no íbamos a ir? ¿Al espacio salvaje?

Esperó pacientemente para ver si el 2-1B le dedicaba otra de sus miradas vacías e implacables. Después de tres meses trabajando con el droide, Zahara Cody creía entender

sus reacciones, de la misma forma que determinadas personas coleccionan extrañas especies polimórficas seudogenéticas o antigüedades de culturas preimperiales.

—Hemos abandonado el hiperespacio. Los motores llevan una hora parados y no nos movemos, así que eso sólo puede significar una cosa, ¿verdad? Ya hemos debido de llegar.

—Lo cierto, doctora, es que mi conexión con el ordenador de navegación indica que…

—Eh, doctora. —Un dedo puntiagudo tocó a Zahara por detrás y la pinchó en algún lugar en las inmediaciones de la parte baja de la espalda—. ¿Ya hemos llegado?

Zahara miró al preso devaroniano tumbado en la cama que tenía detrás y se dirigió al droide médico.

—¿Ves, Basura? Todo el mundo se pregunta lo mismo.

—No, en serio, doctora —gruñó el devaroniano mirándola desde las profundidades de la melancolía. Tenía el cuerno derecho cortado por la mitad, lo que otorgaba a su rostro un aspecto peculiarmente asimétrico. Vomitó sobre su propio abdomen y gruñó—: Me pasa algo en uno de mis hígados. He debido de coger algo en la ducha.

—¿Quiere que haga un nuevo diagnóstico? —El 2-1B empezó a dar vueltas alrededor de Zahara, cambiando las herramientas de las servopinzas mientras los componentes internos de su ordenador de diagnóstico parpadeaban bajo la cubierta de su torso—. En su especie, los daños en el hígado son frecuentes. En muchos casos, su sangre con base de plata transporta poco oxígeno debido al bajo nivel de adicción al uso recreativo de…

—Eh, interfaz. —El devaroniano se incorporó; de repente era la viva imagen de la salud, y cogió al 2-1B por las pinzas—. ¿Qué estás diciendo de mi especie?

—Tranquilo, Gat, no pretendía ofenderte. —Zahara puso una mano en la muñeca del preso hasta que éste soltó al droide. Después se dirigió al 2-1B—: Basura, ¿por qué no vas a ver qué pasa con el trandoshano de la B-17? Le ha vuelto a subir la fiebre y el último recuento de leucocitos de esta mañana no me ha gustado nada. No sé si sobrevivirá.

—Ah, estoy de acuerdo. —El droide brilló—. Según la programación de la Academia Médica del Estado de Rhinnal…

—Bien. Nos vemos después para las rondas vespertinas, ¿de acuerdo?

El 2-1B dudó y pareció considerar brevemente la idea de objetar, pero se fue consternado y cloqueando suavemente para sí. Zahara lo miró alejarse, las piernas desgarbadas y los enormes pies pasando entre las filas de literas que se alineaban a ambos lados de la enfermería. Sólo la mitad de las camas estaban ocupadas, pero seguían siendo más de las que le habría gustado. Era el oficial médico jefe de la *Purga* y sabía que un gran porcentaje de los pacientes que estaban allí fingían un poco, o completamente para prolongar su estancia en la enfermería y para permanecer lo más lejos posible de la zona de presos comunes. Sin embargo, el viaje había sido largo y andaban cortos de suministros. Aun con el 2-1B, la posibilidad de una emergencia médica…

—¿Está bien, doctora?

Miró hacia abajo y, se dio cuenta de que el devaroniano la observaba desde su cama, tocándose el cuerno roto con indiferencia.

—¿Cómo?

—Le he preguntado si está bien. Parece un poco, no sé…

—Estoy bien, Gat, gracias.

—Eh… —El preso miró en la dirección que había tomado el droide médico—. Ese montón de tornillos no estará tramando algo contra mí, ¿no?

—¿Quién? ¿Basura? —sonrió—. Créeme, es un dechado de objetividad científica. Dale algunos síntomas extraños y será tu mejor amigo.

—¿De verdad cree que ya hemos llegado?

La doctora se encogió de hombros.

—No lo sé. Ya sabes cómo es esto. A mí nadie me cuenta nada.

—Ya —dijo el devaroniano, y negó con la cabeza sonriendo.

En la barcaza había algunas frases que se repetían constantemente entre los presos comunes: «¿Ya hemos llegado?» y «¿Esperan que nos comamos esto?» eran las más repetidas, pero «Nadie me cuenta nada» también se encontraba entre las favoritas. Tras meses de servicio, Zahara las había adoptado, para disgusto del alcaide y de muchos de los OCI, que se tenían por miembros de una raza superior.

Zahara sabía lo que decían de ella. Los guardias no hacían ningún esfuerzo por ser discretos. Pasaba demasiado tiempo en la enfermería con la escoria y los droides, así que la niña rica había empezado a acostumbrarse y prefería la compañía de presos y seres sintéticos a la de su propia especie, a saber, oficiales de prisiones y soldados de asalto. La mayoría de los guardias le habían retirado la palabra tras lo sucedido dos semanas antes, aunque no los culpaba. Todo el mundo sabía que eran un grupo hermético e impermeable que parecía pensar como un individuo único, algo que ella consideraba absolutamente nauseabundo.

Incluso los presos —los más asiduos, aquellos a los que veía a diario— habían notado algunos cambios en ella. Ahora pasaba más tiempo entrenando a Basura para que el 2-1B dejase de ser su ayudante y se convirtiese en su sustituto. Y aunque no había recibido ninguna respuesta oficial del alcaide, sabía perfectamente que acabaría aceptando su dimisión.

Después de todo, había entrado en su oficina y se la había dejado en la mesa.

No había forma de que pudiese seguir trabajando allí.

No después de lo que había pasado con Von Longo.

* * *

Coge a una niña de una familia acomodada de banqueros corellianos y dile que no tendrá que preocuparse por nada en toda su vida. Envíala a los mejores colegios, dile que hay un puesto esperándola en el clan bancario intergaláctico, y que lo único que tiene que hacer es portarse bien. Límpiale la nariz, incúlcale los estándares políticos más elevados, dale cultura y buenos modales e ignora el hecho de que, al contrario de lo que ella

conoce, el noventa y nueve por ciento de la galaxia pasa hambre, padece enfermedades y no tiene acceso a la educación. Abraza el Imperio y su curiosa falta de sutileza diplomática e intenta pasar por alto la presión cada vez más incómoda del firme puño de lord Vader.

Avanza quince años, la niña ya es una mujer y decide ir a Rhinnal a estudiar, de entre todas las ciencias, medicina —la más sucia de todas, la que es mejor dejar a los droides, donde abundan la sangre, el pus y los contagios—, y tan alejada de lo que sus padres habían esperado para ella. Aun así, consienten con la esperanza de que sólo se trate de un capricho idealista y de que la pequeña Zahara vuelva pronto a ocupar su lugar legítimo en la mesa de la familia. Después de todo es joven, tiene tiempo de sobra.

Sin embargo, las cosas no salen según lo previsto. Tras dos años en Rhinnal, Zahara conoce a un cirujano que le dobla la edad, un arrugado veterano curtido en cientos de misiones humanitarias más allá de los Planetas del Núcleo que le abre los ojos a los auténticos problemas de la galaxia que la rodea. La extraña historia de amor se desarrolla de forma bastante predecible, pero después de que acabara, Zahara siguió sin poder olvidar la situación que él le describió: un mural de necesidades apremiantes, de seres cuya desesperación va mucho más allá de su conocimiento. Él le informa que los pobres se cuentan por millones, tanto humanos como no humanos, jóvenes que mueren a causa de la desnutrición y las enfermedades mientras los altos cargos de la galaxia se regodean en su propia inconsciencia. «O puedes vivir con algo así —le dijo el cirujano en la que acabó siendo una de las últimas noches que pasaron juntos— o no puedes.»

Y resultó que ella no podía. Tras ser rechazada sistemáticamente en varios grupos de asistencia por su falta de experiencia, Zahara decide trabajar para el Imperio, algo que su familia acepta a regañadientes —al menos es una entidad conocida—, pero en un puesto que deja a sus padres sin palabras, estupefactos e indignados. Ninguna hija suya iba a trabajar en una barcaza prisión imperial. Aquella humillación iba más allá de los límites que podían soportar.

«Pero aquí estoy», pensaba Zahara ahora, ya que después de todo era soberana de su propio reino en miniatura, duquesa de las literas vacías y señora de los eternos dolores de estómago. Objeto de deseo involuntario para los cientos de carceleros con frustraciones emocionales y para los soldados de asalto necesitados. Además, como médico que era, se encargaba de mantener con vida a los presos de la barcaza prisión imperial *Purga* el tiempo suficiente para trasladarlos a alguna luna presidio remota.

La ironía, por supuesto, residía en que en el período de una semana estándar, o lo que fuese que tardasen en llegar a su destino, volvería con su padre y con su madre —si no con el rabo entre las piernas, de forma parecida—. Su madre la olfatearía y frunciría el ceño y su hermano se reiría de ella, pero su padre estrecharía a su pequeña entre sus brazos y, cuando hubiera pasado un período de tiempo aceptable y hubiese cumplido su condena, y volvería a ser bienvenida en el redil. Su estancia a bordo de la barcaza acabaría siendo lo que ellos habían imaginado en un principio, una aventura de juventud,

una anécdota encantadora para contar a los diplomáticos durante la cena: «No os vais a creer cómo decidió pasar su juventud nuestra hija».

Zahara volvió a echar un vistazo a la enfermería, y cuando notó que una leve sensación de duda la invadía, la hizo desaparecer. Pero al igual que la mayoría de sus rasgos de personalidad, ésta no se evaporó en seguida.

En cambio, espontáneamente, la imagen de Von Longo volvió a su memoria: el hombre del rostro ensangrentado que intentaba hablarle a través del respirador artificial, que le apretaba la mano entre las suyas y le pedía que lo dejara ver a sus hijos por última vez. Le rogaba que se los llevase para que pudiese hablar con ellos en privado. Momentos después, una sombra amenazante surgió a sus espaldas y al volverse vio a Jareth Sartoris, tan cerca que hasta pudo oler su piel mientras hablaba a través de unos labios tan finos que apenas parecían moverse: «¿Presentando sus respetos, doctora?».

Longo había muerto más tarde aquel mismo día, y Zahara Cody había decidido que aquél sería su último viaje con la *Purga* y el Imperio. El siguiente paso sería contactar con sus padres para informarles de que volvía a casa. La ropa lujosa y los cristales finos nunca habían sido de su agrado, pero al menos podría dormir por las noches. Y por las tardes se sentaría a cenar con personas acomodadas y orgullosas de sí mismas y olvidaría lo que había pasado con Von Longo y Jareth Sartoris.

«¿De verdad es eso lo que quieres?»

Zahara volvió a la realidad. En cualquier caso, siempre había pensado que tendría tiempo de sobra para pensarlo antes de que la barcaza llegase a su destino.

Tenía tiempo de sobra para decidirse.

Sin embargo, los motores se habían detenido y llevaban más de una hora parados.

Desde la otra punta de la enfermería, se oyó gritar a otro de los presos:

—Eh, doctora, ¿ya hemos llegado?

Esta vez Zahara no contestó.

CAPÍTULO 5
DESPACHO

Jareth Sartoris se abrió paso por el estrecho pasillo junto a las dependencias de los guardias masajeándose las sienes mientras avanzaba. Le dolía la cabeza, nada nuevo, pero aquella vez el dolor era especial, como si un tornillo le atravesase los lóbulos temporales, como si lo hubiesen gaseado mientras dormía con algún tipo de neurotoxina de baja intensidad. Además, el grasiento desayuno, que aún se le repetía, tampoco ayudaba.

Llevaba despierto incluso desde antes de la llamada del alcaide. Después de haber hecho el tercer turno la noche anterior, cayó rendido en su litera a primera hora de la mañana en una agitada inconsciencia, pero dos horas después lo había despertado el abrupto silencio y la sensación de que su mundo perfecto se salía de su eje. Aún faltaban siete días estándar. ¿Por qué se habían detenido los motores? Sartoris se vistió, cogió un café tibio y un trozo de carne de bantha recalentada y recorrió el vestíbulo hacia el despacho del alcaide con la esperanza de recobrar las fuerzas suficientes para poder llegar adonde tenía que ir.

A su derecha se abrieron las puertas del turboascensor. Otros tres guardias —Vesek, Austin y un novato repeinado— salieron y se pusieron detrás de él. Tenían que caminar en fila india para poder recorrer el pasillo cómodamente. Sartoris no aminoró el paso y tampoco se dignó mirarlos.

—Los chicos y yo, capitán… —empezó Austin, y tras una pausa respetuosa continuó—: estábamos, bueno, nos preguntábamos si podría aclararnos un poco qué está pasando.

Sartoris negó con la cabeza, pero no miró hacia atrás.

—¿Sobre qué?

—He oído que los dos propulsores han reventado —aclaró Vesek—. Dicen que estamos en algún lugar de las Regiones Desconocidas esperando a que nos remolquen.

Austin se rió con disimulo.

—Una barcaza varada llena de presidiarios, estoy seguro de que somos una prioridad para el Imperio.

—Maldita sea —dijo Vesek—. A lo mejor deciden dejarnos aquí tirados, ¿verdad?

—Pregúntale al novato. —Austin se dirigió al guardia repeinado que caminaba frente a él—. Eh, Armitage, ¿crees que nos rescatarán? —Y se rió, ya que no esperaba una respuesta del muchacho—. Seguramente esto le gusta. Pega bastante con su «temperamento artístico», ¿verdad, Armitage?

El novato lo ignoró sin más y siguió caminando.

—¿Cuánto rato has tardado en peinarte esta mañana, novato? ¿Pretendes que la doctora Cody se fije en ti?

—Bueno. —Sartoris los miró fijamente—. Ya está bien, ¿de acuerdo?

Nadie volvió a decir una palabra hasta llegar al despacho del alcaide.

* * *

La oficina de Kloth estaba decorada para que pareciese más grande de lo que era —colores luminosos, holomurales y un enorme ventanal rectilíneo que permitía ver las estrellas en expansión—, pero a Sartoris siempre le había resultado paradójicamente opresiva. Hacía tiempo había detectado un vóxel borroso en la esquina del paisaje desértico que había sobre la mesa de Kloth, un pequeño fallo en el tejido digital. Desde entonces, aquella tecnología de segunda mano le molestaba y sus ojos siempre se sentían engañados, adormilados en aquella falsa sensación de amplitud.

—Primero las malas noticias —dijo Kloth. Estaba de pie, en su posición habitual, con las manos a la espalda y mirando por el ventanal—. Los propulsores han sufrido graves daños y es muy probable que no se puedan reparar. Estoy seguro de que ya saben que estamos a siete días estándar de nuestro destino.

Uno de los guardias, probablemente el novato, dejó escapar un gruñido casi imperceptible que sólo oyó Sartoris, que se encontraba a su lado.

—Sin embargo —prosiguió el alcaide—, esto también tiene un lado bueno.

Kloth se dio la vuelta lentamente. A primera vista, su cara mostraba la insulsa expresión burocrática que lo caracterizaba, con el labio superior ligeramente curvado, los ojos rodeados de pestañas blancas y las mejillas perfectamente afeitadas y de color azul plata.

Sólo tras pasar cierto tiempo con aquel hombre se conocía al personaje blando que se ocultaba tras aquella coraza, una criatura invertebrada, gelatinosa, que no emanaba más que una temblorosa ansiedad ante la idea de ser descubierto y acabar expuesto.

—Por lo visto el ordenador de navegación ha localizado una nave imperial —dijo Kloth—, un destructor estelar, para ser exactos, en este mismo sistema. Aunque nuestros intentos de establecer contacto no han obtenido frutos, tenemos potencia suficiente para acercarnos.

En aquel punto se detuvo, aparentemente anticipando un aplauso o al menos una ronda de suspiros de alivio, pero Sartoris y los demás sólo lo miraron.

—¿Un destructor? —preguntó Austin—. ¿Y no responde a nuestras llamadas?

Kloth se tomó un momento para responder. Se llevó una mano a la barbilla y la toqueteó con actitud pensativa, en un gesto pomposo y afectado que Sartoris había visto miles de veces hasta llegar a detestarlo.

—Se da otra circunstancia —dijo—. Según el sensor biológico, sólo hay unas cuantas formas de vida a bordo.

—¿Cuánto son unas cuantas? —preguntó Vesek.

—Diez, quizá doce.

—¿Diez o doce? —Vesek negó con la cabeza—. Parece un problema de sensores. Los destructores llevan una tripulación de diez mil, incluso más.

—Gracias —replicó Kloth con sequedad—, conozco perfectamente las características de las naves imperiales.

—Lo siento, señor. Es que o nuestro equipo sufre un fallo grave o…

—O ahí pasa algo más. —Era la primera vez que Sartoris abría la boca en el despacho y hasta él se asombró de la profundidad de su propia voz—. Algo con lo que quizá no queramos tener nada que ver.

Los demás se volvieron para mirarlo. Después nadie habló en lo que pareció un rato muy largo. Entonces el alcaide carraspeó y dijo:

—¿Qué insinúa, capitán?

—No se me ocurre ninguna buena razón que justifique que el Imperio abandone un destructor estelar en medio de la nada.

—Tiene razón —asintió Austin—. Quizá…

—Los análisis de la atmósfera interna no muestran indicios de toxinas conocidas o contaminación —les informó Kloth—. Aunque, por supuesto, siempre cabe la posibilidad de que nuestros instrumentos den lecturas erróneas sobre la cantidad de formas de vida que hay a bordo. Hemos considerado múltiples opciones: actividad cerebral eléctrica, pulso, movimiento… Cualquiera de ellas podía afectar a las lecturas. En cualquier caso… —sonrió de una forma tan falsa que parecía que tuviese cables y ganchos invisibles a ambos lados de la boca— lo más importante es que podríamos tener la posibilidad de reparar nuestros propulsores y reanudar la marcha sin retrasarnos demasiado. Para ello enviaré a un equipo formado por el capitán Sartoris, los OCI Austin, Vesek y Armitage, y algunos ingenieros mecánicos para ver qué pueden recuperar. Saldrán dentro de una hora. ¿Preguntas?

No había ninguna y Kloth los despidió de la forma habitual, dándoles la espalda y dejando que ellos mismos encontraran la salida. Sartoris estaba a punto de seguirlos cuando la voz del alcaide lo detuvo.

—¿Capitán?

Sartoris se detuvo en el umbral, dejó escapar un suspiro y notó cómo su jaqueca se intensificaba y le martilleaba la cabeza como si unos dientes enormes e infectados le mordiesen el seno frontal. La puerta se cerró tras él de forma que en el interior de aquel espacio menguante sólo quedaron ellos dos.

—¿Estoy cometiendo un error enviándolo ahí con sus hombres?

—¿Disculpe, señor?

—«Señor.» —Kloth volvió a sonreír y un poco de su antiguo yo salió a la luz—. Ésa es una palabra que no le he oído decir en mucho tiempo, capitán.

—Últimamente no nos hemos visto demasiado.

—Sé perfectamente que este viaje ha sido particularmente… exigente para usted —dijo Kloth, y Sartoris deseó con todas sus fuerzas que el alcaide no empezase a tocarse la barbilla otra vez. Si lo hacía, no estaba seguro de si podría reprimir el impulso de darle un puñetazo en aquella cara pomposa y afectada—. Después de lo ocurrido hace dos semanas, esperaba su dimisión y la de la doctora Cody.

—¿Por qué?

—Lo vio asesinar a un preso a sangre fría.

—Es su palabra contra la mía.

—Sus anticuadas técnicas de interrogatorio ya no son apropiadas, capitán. Le está costando al Imperio más información de la que consigue.

—Con el debido respeto, señor, Longo era un don nadie, un estafador…

—Ya nunca lo sabremos, ¿verdad?

Sartoris apretó los puños hasta que las uñas se le clavaron dolorosamente en la piel de las palmas.

—¿Me quiere fuera de la nave, alcaide? No tiene más que decirlo.

—Al contrario. Puede considerar esta misión como una oportunidad para redimirse. Si no a mis ojos, ciertamente a ojos del Imperio, al que ambos le debemos tanto. ¿Me he explicado bien?

—Sí, señor.

Kloth se dio la vuelta y lo observó detenidamente para detectar algún indicio de sarcasmo o burla. En sus años de servicio, Jareth Sartoris había llegado hasta los mismísimos confines de la galaxia y había vivido en condiciones que no le desearía ni a su peor enemigo. Se había visto obligado a dormir en lugares horribles y a cometer actos atroces que no conseguiría olvidar nunca. Aquel sencillo «sí, señor» no le resultaba más amargo que cualquiera de los anteriores.

—¿Está claro entonces? —preguntó Kloth.

—Cristalino —contestó Sartoris, y Kloth se dio la vuelta dándole la espalda.

El despacho del alcaide era más grande que cualquier otro de la barcaza, pero seguía siendo demasiado pequeño para Sartoris, que al sentir el aire más fresco del pasillo exterior se dio cuenta de que había sudado tanto que tenía el uniforme empapado bajo las axilas.

CAPÍTULO 6
HOMBRES MUERTOS

Tú sigue mirando —dijo Kale—, que antes o después vas a ver algo que no te guste.

—Ya lo he visto.

Trig ocupaba su lugar habitual en la celda y miraba a través de los barrotes. Al otro lado del pasillo, justo enfrente, los dos presos rodianos, que ya estaban allí cuando Kale, su padre y él habían llegado, le lanzaban miradas amenazantes. A veces, murmuraban entre ellos en una lengua que Trig no reconocía, señalaban a los hermanos y emitían sonidos que parecían risas.

Sin embargo, en aquel momento sólo lo miraban.

Habían pasado al menos dos horas desde que se había decretado régimen de aislamiento total en la *Purga*. Trig no estaba seguro de cuándo había ocurrido todo aquello. Era una de las primeras cosas que te arrebataba el Imperio cuando te privaba de libertad: el sentido del paso del tiempo. Era información que los presos no merecían. En consecuencia, Trig se fiaba de su cuerpo, que le decía cuándo era la hora de comer, de dormir o de hacer ejercicio.

Y en aquel momento le decía que tuviese miedo.

El ruido que provenía del pasillo era más fuerte de lo que esperaba. Poniéndose muy cerca de los barrotes, Trig era capaz de diferenciar las voces, prisioneros bramando en básico y mil lenguas más preguntando por qué se había detenido la barcaza y cuánto faltaba para reanudar la marcha. Aquel cambio en la rutina los había dejado inquietos y aturdidos. Alguien gritaba pidiendo agua, otro quería comida, otra voz chillaba y resoplaba mezclada con una risa histérica y farfullante. También se oyó un rugido sonoro y profundo, probablemente un wookiee, pensó Trig, aunque la mayoría de los que había visto a bordo no emitían sonido alguno a no ser que se sintieran amenazados. Había alguien que no paraba de dar golpes contra la pared de la celda con algo metálico, un clang clang clang metódico y constante. Trig pensó que cualquiera podría volverse loco o perder los nervios oyendo aquello.

—¡Bueno, ya está bien! —gritó un guardia—. ¡El próximo gusano que píe acabará en el agujero!

Se hizo el silencio durante un momento, alguien bostezó… y después se oyó una risita nerviosa y ahogada. De repente se oyó otra, seguida por un alarido ensordecedor, y de golpe todo el módulo reventó en una avalancha de voces más fuertes que nunca. Trig se puso las manos sobre los oídos y le dio la espalda al pasillo. Y entonces algo lo sorprendió.

—Wembly —dijo—, me has asustado.

—Dos hombres muertos —dijo el OCI Wembly con auténtica lástima—. Y eso que me gustabais. Gente decente. Supongo que no sirve de mucho en este cubo de basura putrefacta, pero… —El guardia suspiró. Era un hombre gordo que rondaba los sesenta años, de rostro afable, nariz venosa y profundas arrugas bajo los ojos vidriosos. Ojos

hechos para llorar, boca hecha para reír, hombros hechos para estrechar: Wembly era un auténtico milagro de la autoexpresión compulsiva—. Si os soy sincero, voy a echaros de menos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Kale.

Se oyó un clic y una voz sintetizada resonó detrás de la cabeza de Wembly.

—¿No os habéis enterado? Aur Myss ofrece una recompensa de diez mil créditos por vuestras cabezas.

Trig miró a la unidad BLX que permanecía detrás de Wembly. Por alguna razón, el droide de servicio había adoptado al guardia, y por razones igualmente extrañas, Wembly lo consentía. Como era uno de los oficiales de prisiones más veteranos de la *Purga* le estaba técnicamente permitido tener un droide como ayudante, aunque Trig no conocía a ningún otro guardia, incluido el mismísimo capitán Sartoris, que tolerase a ninguno.

—¿Diez mil? —murmuró Kale desde su litera—. ¿Tanto tiene?

—No me digas que te sorprende. —Wembly parecía afligido y entrelazó las manos sobre su formidable panza totalmente incrédulo—. Por favor, no me digas eso. Le arrancaste la mitad de la cara, ¿qué esperabas?

—La mitad fea. —Kale se recostó en la litera emitiendo un gruñido sordo—. Seguro que gracias a mí ahora está más guapo.

—Lo dudo mucho —apuntó el BLX—. En mi experiencia…

Wembly no dudó en hacer callar al droide.

—Con que ahora está más guapo, ¿eh? Pues no olvides explicárselo cuando sus esbirros os degüellen. —Miró al otro lado del pasillo, desde donde los presos rodianos los observaban a través de los barrotes y, de repente, Trig comprendió la intensidad de sus miradas. Supuso que, con toda probabilidad, ya se estarían gastando los diez mil créditos.

—Eh, Wembly, tú eres guardia —dijo—. ¿No se supone que tienes que protegernos?

—Ésa sí que es buena, chaval, no olvides escribirla. Por si no te has dado cuenta, evitar que los presos se maten entre ellos es algo que no está precisamente entre nuestras funciones. El alcaide lo ve como una forma de evitarle problemas al Imperio. —Señaló el resto del módulo de reclusión con una de sus gordas manos—. Por lo que sabemos mis colegas y yo, cuando finalice el confinamiento la sirena de la cena sonará sobre vuestros pobres cuellos.

—¿Y no puedes hacer nada? —preguntó Trig.

—Eh, os estoy avisando, ¿no?

—Sí, exacto —dijo el droide—, a costa de poner en peligro nuestra propia seguridad. Si el capitán Sartoris supiese…

—Escuchad —lo cortó Wembly, y su tono cambió sutilmente, bajando la voz de tal forma que parecía disculparse—, ahora mismo tengo mayores preocupaciones. Nos estamos preparando para enviar una partida de reconocimiento a un destructor estelar. El alcaide no dice nada, pero…

—Espera un segundo —lo interrumpió Kale—. ¿Un destructor estelar?

—El ordenador de navegación encontró uno a la deriva, abandonado. Acabamos de acoplarnos. Kloth ha enviado un equipo de reconocimiento para buscar piezas de recambio. Si no encuentran nada que sirva para reparar los propulsores, quién sabe cuánto tiempo estaremos aquí.

—Señor, eso me recuerda —dijo el BLX— que, si no me equivoco, tengo que darme un baño de aceite esta tarde, si puede prescindir de mí una hora o dos. Si no es posible, siempre puedo…

—Tómate el tiempo que necesites —replicó Wembly secamente, y se volvió de nuevo hacia Kale y Trig—. Escuchad, tengo que irme. Hacedme un favor y no llaméis la atención por ahora, ¿eh? Haré todo lo que pueda para manteneros con vida hasta que lleguemos adónde vamos.

Kale asintió.

—Gracias —dijo, aquella vez su gratitud era sincera—. Sé que ya te has arriesgado sólo con venir a vernos. Y lo apreciamos, ¿verdad, Trig?

—¿Qué? —Trig alzó la vista—. Ah, sí. Claro.

El guardia negó con la cabeza y volvió a mirar a Kale.

—No lo pierdas de vista, ¿vale?

—Ni un momento.

Wembly hizo una mueca.

—Volveré a pasarme la próxima vez que me apetezca que me insulten. Si vivís tanto, que lo dudo.

Se dio media vuelta y se alejó murmurando algo entre dientes. Era un hombre de caderas anchas cuya circunferencia disfrutaba de una relación única con la mayor naturaleza giroscópica de la galaxia. El BLX lo seguía de cerca obedientemente. Cuando el guardia y el droide doblaron la esquina y desaparecieron, Trig se volvió para volver a mirar la celda que tenía enfrente.

Al otro lado del pasillo los rodianos seguían mirándolo fijamente.

CAPÍTULO 7
DESTRUCTOR

Sartoris condujo a los demás escaleras arriba desde el nivel administrativo hasta el puesto de mando de la barcaza en dirección al pozo de acoplamiento. Era un cilindro que le encogía la garganta, y en aquel momento más que nunca, ya que estaba rodeado de nueve hombres: Austin, Vesek, Armitage, cuatro ingenieros mecánicos y un par de soldados de asalto que aparecieron en el último momento caminando como si estuviesen en su casa.

Kloth les había ordenado que se uniesen al equipo de reconocimiento justo antes de salir. Sartoris se preguntaba qué habría hecho cambiar de opinión al alcaide. Si había algo dentro del destructor de lo que tuviesen que preocuparse, dos soldados imperiales no servirían de mucho.

«Pero ahí no hay nada de qué preocuparse», se dijo Sartoris, y desechó aquel pensamiento como si tirase una piedra al profundo pozo de su subconsciente y esperara oír el sonido de ésta entrando en el agua. El silencio que recibió como respuesta no fue especialmente tranquilizador.

Mientras el turboascensor ascendía, Sartoris observó cómo las débiles luces verdes ametrallaban los rostros de los otros hombres en busca de algún eco de su aprensión. Sin embargo, sus expresiones eran la viva imagen de la neutralidad más anodina, de la obediencia como estado psicológico enrarecido. Sartoris pensó que debía sentirse agradecido de que los guardias sólo obedeciesen órdenes en vez de cuestionarlas. Ya había trabajado antes con los dos tipos y sin duda prefería la compañía de los primeros, al menos en aquel momento, en el que parte de él incluso habría agradecido cierta discusión acerca de la naturaleza de su misión.

Como cabía esperar, fue Austin quien acabó rompiendo el silencio.

—Capitán, ¿qué cree que ha pasado ahí arriba para que sólo queden diez formas de vida a bordo?

—El alcaide dice que no hay contaminación —dijo Vesek—. Así que debe de tratarse de un error nuestro.

—¿Y por qué no han respondido a nuestras llamadas?

—Puede que el sistema de comunicaciones falle igual que los sensores biológicos.

—Negativo. —Greeley, uno de los ingenieros, negó con la cabeza—. El sistema de comunicaciones funciona perfectamente. Y los sensores también. Lo hemos comprobado. —Entornó los ojos y dijo—: Es una nave fantasma, eso es todo.

—¿Cómo? —Austin lo miró atónito.

—Una nave abandonada y en ruinas, ya sabes. Las naves se averían y la flota las deja atrás. Al Imperio no le gusta hablar de ellas, pero existen.

—¿Y la tripulación?

—Se evacúa —dijo Greeley—. O… —Se humedeció los labios e intentó obviar el tema—. ¿Quién sabe?

—Genial —suspiró Vesek—, vamos a subir a bordo de un destructor averiado a buscar piezas. Esto lleva el nombre de Kloth escrito por todas partes. —Entornó los ojos y miró a Sartoris—. Capitán, ¿tiene un plan mejor o nos ceñimos a éste?

—Cuando lleguemos arriba, formaremos dos grupos de cinco. Vesek, tú, Austin y yo iremos con Greeley… —señaló a uno de los ingenieros y al que estaba a su lado— y Blandings. El resto, Armitage, Quatermass y Phibe se quedarán con los soldados. Procederemos al reconocimiento y volveremos al pozo de acoplamiento en una hora.

—¿Quiere que uno de nosotros los acompañe? —preguntó uno de los soldados imperiales.

—¿Para qué?

—Por si acaso. —El soldado blandió su rifle bláster.

Sartoris era consciente de que Vesek y Austin lo miraban esperando una respuesta.

—Me parece que no será necesario —dijo—. Quedaos con el grupo de Armitage y mantenedme informado.

—¿Qué estamos buscando exactamente?

—He enviado una lista de piezas a vuestros enlaces de datos y un plano del destructor y de los niveles de mantenimiento. No es necesario que os diga que ésta es una nave grande. Hay que mantener el contacto en todo momento. No quiero tener que enviar a un equipo de búsqueda a rescatar a mi partida de reconocimiento. ¿Me explico?

La plataforma se detuvo el tiempo suficiente para que la escotilla superior se abriese con un leve silbido hidráulico. Después completó el recorrido hasta el hangar.

* * *

Al principio nadie dijo una palabra.

Sartoris pensó que estaría preparado para la inmensidad de la nave, pero tras dos meses enteros en la *Purga*, se sentía sencillamente abrumado por lo que le esperaba. Nunca había puesto un pie en un destructor, aunque había visto naves imperiales más pequeñas y había asumido que aquélla sería igual, sólo que más grande. Pero no lo era. Era más bien como un planeta pequeño.

El pozo de acoplamiento los había dejado en la catedral de duracero del cavernoso hangar principal del destructor, con techos abovedados y paneles en las paredes que se alzaban hacia arriba y hacia afuera en un éxtasis de perspectiva forzada. Cuando Sartoris vio todo aquello, recordó que sólo contemplaba menos de una décima parte de los mil seiscientos metros del destructor. Necesitaba recordar constantemente aquella cifra si no quería pasar el tiempo que estuviesen a bordo luchando contra su inmensidad.

Inspiró profundamente —el aire frío tenía un regusto a virutas metálicas y olía a largas y estériles cadenas de polímeros— y espiró. Para un hombre con fobia a los espacios cerrados, entrar allí debería haber sido como un tónico. Sin embargo, en vez de alivio sintió que una nueva clase de pánico le latía con fuerza en el estómago. Era su forma de reaccionar ante la aparente inmensidad de aquel espacio, y lo absurdo de

aquella idea lo hizo gruñir. Por lo visto había pasado de la claustrofobia a la agorafobia en un segundo, sin apenas tiempo para apreciar la diferencia.

—¿Capitán?

—¿Qué pasa, Austin? —Sartoris no se molestó en mirarlo.

—Con el debido respeto, señor, creo que vamos a necesitar más de una hora para inspeccionar todo esto.

—Nos ceñiremos al plan —respondió—. Empezamos con una hora y luego ya veremos. Infórmeme si ve cualquier cosa fuera de lo normal.

—Todo este maldito sitio es fuera de lo normal —murmuró Austin, y uno de los ingenieros, Greeley, por lo que le pareció, dejó escapar una risita ahogada.

—Venga —dijo Sartoris—, vamos. Estamos perdiendo tiempo.

—Espere un segundo, capitán. —Vesek señaló en dirección contraria—. ¿Qué es aquello de allí?

Sartoris miró a su espalda y vio lo que parecían ser varias naves de ataque y desembarco más pequeñas esparcidas por toda la superficie del hangar.

—Naves —dijo—. Cazas TIE, por lo que parecen.

—Sí, pero no todos son cazas TIE, jefe.

Sartoris los miró detenidamente y se dio cuenta de que Vesek tenía razón. Allí había cazas TIE, pero también había otras cuatro o cinco naves más mezcladas entre ellos: cargueros de largo alcance y lanzaderas, así como algo que parecía una especie de corbeta corelliana modificada.

—Naves enemigas capturadas —decidió Sartoris intentando disimular su incertidumbre—. ¿Quién sabe? —Miró a Greeley—. ¿Podemos quitarle a alguna las piezas que necesitamos?

—Probablemente no.

—Entonces… —Se calló.

Lo vieron todos a la vez. Al otro lado del hangar algo se movía detrás de los cazas TIE. Su sombra se inclinaba hacia adelante, extendiéndose hacia ellos sobre la cubierta. Sartoris notó que a su espalda los soldados imperiales ya echaban las manos al bláster.

—¿Qué es eso? —susurró Austin.

—No se registran formas de vida en el hangar —informó Greeley con voz ligeramente temblorosa—. No sé…

—Alto. —Sartoris levantó una mano sin mirar atrás—. Esperad aquí.

Dio un paso al frente adentrándose en el silencio e inclinó la cabeza para intentar ver mejor con la escasa luz del hangar. El corazón le latía demasiado fuerte —se notaba el pulso en el cuello y las muñecas—, y cuando intentó tragar saliva su garganta se negó a cooperar. Era como intentar tragar un puñado de arena. Sólo gracias a su voluntad férrea pudo evitar toser.

Sartoris se quedó inmóvil y entornó los ojos para fijarse en las sombras que acechaban tras los cazas TIE. Se había dado cuenta de que había varias. Se inclinaban

hacia adelante y tenían miembros desgarbados. El familiar zumbido de los servomotores acompañaba sus movimientos, arriba y abajo.

—Capitán —murmuró uno de los guardias que estaban tras él—, ¿son…?

Sartoris espiró y volvió a inspirar.

—Elevadores binarios —dijo—. Siguen haciendo su trabajo.

Nada más decirlo, una de las unidades CLL salió de las sombras y los miró durante un momento antes de pivotar y seguir transportando la pila de cajas que se alzaba tras ella. Sartoris pensó que seguramente movía la misma pila de un lado a otro del hangar una y otra vez.

Oyó a alguno de los miembros de la partida de reconocimiento soltar un suspiro y una risita nerviosa. Sartoris no se molestó en manifestar su alivio.

—Ya hemos perdido bastante tiempo —dijo—. Vamos.

* * *

Encontraron el aerodeslizador en el punto más remoto del hangar. Era un modelo utilitario estándar, una mole con brazos servomecánicos a proa y a popa construida para transportar células de combustible, pero en cuanto se subieron todos se desplomó contra el suelo. Un par de droides MSE asustados consiguieron salir de debajo emitiendo grititos de ansiedad y desaparecieron en la oscuridad.

—Sobrecarga —dijo Vesek, exasperado—. Por lo visto pesamos demasiado.

Al principio no estuvo mal. Para llegar a los niveles de mantenimiento inferiores tuvieron que deslizarse por una serie de pasillos anchos y silenciosos de la sección media hasta que dieron con la ruta que los llevaría a los cavernosos almacenes que se encontraban bajo el generador primario.

—Este sitio es muy raro —murmuró Austin, y su voz resonó por todo el túnel—. ¿Qué crees que habrá pasado?

—Vete a saber —contestó Vesek—. Sea lo que sea, cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

—Estoy contigo.

—Te digo una cosa: no me gustaría estar cerca de lord Vader cuando se entere de que han abandonado una nave. ¿Cuánto crees que cuesta un destructor?

Austin resopló.

—Más créditos de los que nosotros dos veremos juntos en la vida.

—¿Te he contado que una vez lo vi en persona?

—¿A quién? ¿A Vader?

Vesek asintió.

—Mi nave hacía una inspección rutinaria. De repente, a mi comandante le traicionaron los esfínteres y nos envió a la cubierta de despegue, que estaba reluciente, para asegurarse de que todo brillase más que nunca. Lo siguiente que recuerdo es que estábamos formando en el hangar, apareció una nave y allí estaba él.

—¿Cómo es en persona?

Vesek lo pensó.

—Alto.

—¿Sí?

—Y sientes algo al mirarlo. No sé, como… un frío interno. —Vesek se estremeció—. Más o menos lo que se siente aquí.

—Bueno —dijo Sartoris—, basta de cháchara.

La orden de silencio resultó innecesaria. Cuando se encontraron entre las naves, la conversación había finalizado y los hombres guardaban un silencio apesadumbrado y pensativo.

Sartoris ya se había adentrado bastante en uno de los niveles de mantenimiento inferiores cuando se dio cuenta de lo incómodo que le resultaba estar allí.

Vesek y él merodeaban por uno de los pasillos secundarios mientras los ingenieros rebuscaban en una subestación de energía en la otra punta de la escotilla abierta. Desde donde estaba oía cómo cogían piezas y las tiraban al suelo. Austin, el otro guardia, deambulaba por una serie de cámaras adyacentes quejándose de lo mucho que tardaban, y Sartoris se vio obligado a darle la razón.

El vacío del destructor resultaba tan desorientador como espeluznante. Para llegar hasta allí habían recorrido casi un kilómetro de amplios pasillos doblando esquinas con cierta esperanza de encontrar al último superviviente yendo hacia ellos tambaleándose y riendo socarronamente. Sin embargo, sólo habían encontrado una reserva de droides ratón, unidades de mantenimiento y droides de limpieza, todos ellos concentrados en sus funciones como si allí no hubiese pasado nada. Uno de ellos, un droide de protocolo 3PO, a punto estuvo de recibir un disparo de bláster al interponerse en el camino de los soldados imperiales levantando las manos y diciendo incoherencias.

Sartoris no dejaba de pensar en lo que Greeley, el ingeniero, había dicho sobre las naves fantasma. Aunque el destructor aún tenía energía y las luces y los paneles se mantenían encendidos, no había ni rastro de los diez mil soldados imperiales desaparecidos y que, supuestamente, debían estar allí. Sólo el silencio, la quietud y el vacío crujían suavemente a su alrededor en la vacuidad del espacio.

—¿Encontráis ahí todo lo que necesitáis? —preguntó Sartoris, y su voz resonó por todo el pasillo. Los ingenieros no contestaron. Miró a Vesek—. ¿Has hablado con el otro grupo?

—Hace rato que no.

—Comprueba que respondan. Quiero salir de aquí en seguida.

El guardia asintió y pulsó su comunicador.

—Armitage, aquí el OCI Vesek, ¿me recibes? ¿Dónde estáis?

Ambos esperaron lo que a Sartoris le pareció demasiado tiempo, pero esta vez respondió la voz de Armitage, aunque la señal era débil y se entrecortaba.

—…enfermería… cuadrante diecisie…

—No te recibo, Armitage. Repítelo.

—…en… tan…

El resto no se oyó porque una oleada de ruido blanco lo hizo imposible. Vesek negó con la cabeza y miró a Sartoris.

—Parece que en el destructor hay algo que genera muchas interferencias.

El capitán asintió y dio un golpe en el mamparo que estaba junto a la escotilla.

—Greeley, ¿te falta mucho? —Metió la cabeza, se detuvo, y observó más de cerca.

Los ingenieros habían desaparecido.

Exceptuando lo que parecía una pila de componentes integrados y cartones de embalaje esparcidos por el suelo, la cámara estaba completamente vacía, o al menos eso era lo que parecía. Sartoris notó cómo una gota de sudor le recorría la axila izquierda. Allí hacía demasiado calor, como si las moléculas de aire estuvieran demasiado juntas.

—¿Greeley? ¿Blandings?

No obtuvo respuesta. Una burbuja del tamaño de un perdigón de algo que bien podría ser miedo le bajó por la garganta y se detuvo en el esternón. «Están muertos —susurró una voz en su interior—. Lo que fuera que acabó con la tripulación también los ha matado a ellos. Ya es demasiado tarde.»

Aunque, por supuesto, no había indicios de violencia ni de ataque, pero…

—Estoy aquí —respondió al fin Greeley saliendo de debajo de uno de los cartones seguido de cerca por Blandings—. Esto era lo último. —Levantó un pequeño haz de cableado electrónico no mucho más largo que su dedo y lo metió en la caja que había encontrado—. Vámonos.

—¿Eso es todo? —Sartoris esperó que su voz sonase más tranquila de lo que él estaba.

—Afirmativo. Calibrado mecánico primario de propulsor serie cuatro, clase Próspero. Todo correcto. Ya está.

—¿Estás seguro?

Greeley le dedicó una mirada penetrante reservada a aquéllos que se atrevían a cuestionar su criterio con semejantes minucias.

—Sí, capitán, bastante seguro.

—Bien, de acuerdo. —Sartoris se dio la vuelta—. ¿Austin?

—¿Señor? —La voz del guardia resonó distante en el pasillo, más lejos de lo que Sartoris había imaginado. ¿Hasta dónde había ido? Sartoris notó que volvía a enfurecerse y que una oleada de ira se apoderaba de él.

—Vuelva ahora mismo. Nos largamos.

—Sí, pero señor… —Austin aún no se veía por el pasillo—. Tiene que ver esto, es increíble, nun… —A sus palabras siguieron una serie de tosidos cortos e intensos y, finalmente, Austin apareció negando con la cabeza y tapándose la boca. Al final recuperó el aliento y dejó de toser, pero para entonces ya estaban de vuelta en el hangar principal, y Jareth Sartoris no pudo averiguar qué había visto el OCI Austin allí atrás.

CAPÍTULO 8
PULMONES

Armitage era un artista.

En su Faro natal había hecho las delicias de sus hermanos pequeños con un sinfín de murales pintados con aerógrafo, pero su talento se desperdiciaba en las penitenciarías imperiales. Lo único que sus compañeros le pedían sin parar eran dibujos de figuras femeninas, o peor aún, de máquinas, de sus adorados aerodeslizadores y flitters de la vida exterior. Armitage odiaba dibujar máquinas. Hacía que perdiese las ganas de pintar… y aquello era mucho decir para un chaval que durante un tiempo había soñado con ir al Conservatorio de Artes Pangalácticas de Miele Nova.

Sin embargo, cuando vio lo que vio en el biolaboratorio 177 del destructor, supo que tenía que dibujarlo.

Se había alejado de los soldados imperiales *y* de los ingenieros Phibes *y* Quatermass y estaba al final del pasillo, supuestamente para verificar el contenido del depósito del subnivel doce y feliz de tener una excusa para no estar con ellos. ¿Cuánto tiempo se suponía que debía pasar quejándose de la comida de la barcaza y especulando sobre qué parte del cuerpo se lavaba antes Zahara Cody cuando se duchaba? Si no participaba en esa conversación tan apasionante, los soldados imperiales y los guardias le preguntaban que qué le pasaba, que si no le gustaba trabajar allí, que si tal vez sería más feliz ayudando a los rebeldes a planear otro de sus cobardes ataques contra el Imperio.

Echar un vistazo al biolaboratorio, independientemente de lo aburrido que resultara, sería mucho mejor que aquello.

Pero el biolaboratorio no era aburrido.

Lo primero que vio Armitage al atravesar la compuerta fue un tanque. En cierto modo fue lo único que vio, porque después de verlo ya no pudo mirar otra cosa. Su contenido era, sencillamente, demasiado sobrecogedor y, a la vez, extrañamente hermoso como para no mirarlo.

El tanque era enorme, ocupaba todo el largo de las paredes, y estaba lleno de una especie de gelatina clara y burbujeante. En su interior había docenas de organismos rosados de forma extraña suspendidos con cables y tubos que los conectaban a una máquina que seguía encendida y que estaba apoyada en un lateral del tanque.

Armitage, que se había parado en seco, no podía más que contemplar aquello maravillado. A lo lejos, aquellas cositas rosadas parecían un híbrido inverosímil de flores, fruta pelada y una especie de animal alado embrionario que no había visto jamás: parecían ángeles diminutos.

Entonces se acercó más y comprendió qué era.

Era una colección de pulmones humanos.

Si experimentó alguna sensación de asco fue tan rápida que apenas la notó, e inmediatamente fue sustituida por una sensación de fascinación artística más profunda y satisfactoria. En cada par, el tracto respiratorio se había reducido por completo para

conservar la tráquea y, sobre ella, la laringe y los delicados órganos fonadores. Los tubos bombeaban oxígeno al interior de los pulmones, que se expandían y se contraían en su baño cristalino.

Armitage se dio cuenta de que respiraban al unísono.

Contó treinta y tres pares de pulmones antes de darse por vencido y dejar de contar. Cada par estaba etiquetado con un número y una fecha y parecían formar parte de algún experimento científico cuya naturaleza sólo podía imaginar.

Algunos pulmones eran diferentes. La superficie rosada estaba cubierta de motas grises en algunas zonas y la pared muscular era más gruesa donde parecía haber una cicatriz oscura. Armitage se acercó más —ya no era consciente de sí mismo— y los contempló. ¿Estaban respirando más aprisa o era sólo su imaginación? ¿Y respiraba él al mismo ritmo? Era como si se hubiese dejado llevar por el vaivén casi hipnótico de aquella respiración colectiva.

Como siempre que se encontraba con algo que lo asombraba de forma tan natural, su primer impulso fue dibujarlo para capturar lo que tenía frente a él. No sólo la pecera de pulmones —«no sería un mal título para un cuadro», pensó—, sino la emoción que había experimentado cuando se había dado cuenta de qué era lo que estaba viendo. Temor. Conmoción. Y al final una especie de familiaridad inconsciente, como algo que ya se ha visto en sueños.

Los observó absorbiendo oxígeno a través de los tubos y se dio cuenta de que respiraban más rápida y profundamente. En algún lugar al otro lado del tanque se oyó un pitido de una máquina, y luego otro. Al mirarlos más de cerca, Armitage vio por primera vez una serie de tubos de goma que salían de los pulmones y se trenzaban. Parecían bombear una especie de fluido denso y grisáceo a un conjunto de tanques negros que se encontraban en la otra punta del laboratorio.

Las luces parpadeaban en los paneles de los monitores del otro lado del tanque y parecían bancos de peces. Los pulmones se estiraban y se encogían, se estiraban y se encogían, cada vez más rápido.

De repente, inspiraron profundamente y se pararon.

Y, como si fueran uno, gritaron a través de los tubos.

Era un zumbido chirriante y agudo que cobraba intensidad y luego la perdía, y que obligó a Armitage a retroceder. En su vida había oído un grito semejante. Se tapó los oídos, hundió la cabeza entre los hombros y deseó con todas sus fuerzas no estar allí. Entonces sonó el comunicador que llevaba acoplado al oído… Era la voz de otro guardia que intentaba hablar con él, y él apenas podía expresar lo que estaba pasando. Quería correr.

En el interior del tanque, los gritos continuaban subiendo y bajando de intensidad. Ahora bombeaban el líquido gris más rápido, absorbiéndolo de los tanques negros. Armitage cayó en la cuenta de que cada una de las laringes estaba conectada a una especie de amplificador, lo que aumentaba la potencia del grito, y se preguntó quién estaría estudiando la capacidad de gritar de aquellos pulmones y por qué. Detrás de él,

una serie de monitores mostraban el trazado de la onda del grito y lo convertían en un conjunto de funciones matemáticas.

Se volvió hacia la puerta.

Y se dio cuenta de que no estaba solo.

CAPÍTULO 9
DESCENSO

No lo entiendo, capitán —dijo Vesek—, ¿adónde han ido?

El equipo de Sartoris acababa de cruzar la explanada de acero reluciente del hangar principal y había llegado al pozo de acoplamiento, pero Armitage y su equipo no se veían por ninguna parte.

A su espalda, el capitán oyó a Austin tosiendo otra vez —una tos áspera, bronquial y cargada que estaba empezando a exasperarlo— y decidió que ya era suficiente. Señaló hacia el pozo de acoplamiento.

—Han debido de volver sin nosotros —decidió Sartoris—. Vamos.

Vesek y Austin entraron en el ascensor y Sartoris entró tras ellos, seguido de Greeley y Blandings con la caja de componentes que habían cogido. El túnel se selló y la plataforma empezó a descender lentamente. Austin seguía tosiendo. Sartoris trató de ignorarlo. Tendría que informar al alcaide sobre el destructor estelar y no era lo que más le apetecía. No cabía duda de que Kloth le haría todo tipo de preguntas irrelevantes sobre la nave y lo que habían visto en ella, lo que pondría a prueba la paciencia de Sartoris. Hacer preguntas irrelevantes era uno de los tics nerviosos del alcaide, que afloraba cuando se sentía presionado para tomar una decisión y…

—Oh, no —exclamó Greeley.

Sartoris levantó la vista.

—¿Qué pasa?

El ingeniero empezó a decir algo, dejó caer la caja, se llevó las manos al estómago y se retorció emitiendo un quejido ronco. Sartoris se dio cuenta de que estaba vomitando, los hombros se le encogían con fuertes espasmos. Blandings y los demás guardias se apartaron de él con cara de sorpresa y asco, pero en el túnel no había mucho espacio y en cuestión de segundos el olor impregnó el aire.

—Lo siento —se excusó Greeley mientras se limpiaba la boca—. Con esa bazofia que nos dan de comer uno no…

—Quédate ahí. —Sartoris levantó las manos—. Ya te limpiarás cuando lleguemos a la barcaza.

—Estoy bien, sólo… —El ingeniero tragó saliva e inspiró profundamente. Los ojos y la nariz le chorreaban, y Sartoris oyó el débil latir de su corazón mientras respiraba.

A su espalda Austin empezó a toser otra vez.

—Capitán —Blandings hablaba bajo y miraba en la dirección de la que venían—, ¿cree que ahí arriba podría haber algo…?

—Los análisis de contaminación dieron negativo —lo interrumpió Sartoris, demasiado rápido, le dio la impresión—. Eso dijiste, ¿no, Greeley?

Greeley asintió débilmente e intentó contestar, pero se lo pensó mejor. Su piel había adquirido un tono verdoso y una capa de sudor fina y grasienta la hacía brillar. Al cabo de

un momento se arrodilló junto a la caja de componentes electrónicos y agachó la cabeza hasta casi tocar el suelo.

Cuando llegaron a la barcaza, Vesek y Blandings también habían empezado a toser.

CAPÍTULO 10
CONSULTA

Espera, ya voy. —Zahara siguió al 2-1B por toda la enfermería hasta la cama en la que un guardia llamado Austin se retorcía de dolor con la cabeza entre las rodillas.

Había llegado con otro guardia y un par de ingenieros de mantenimiento. Basura había clasificado a los pacientes como un experto, les había asignado camas y había empezado a trabajar con Austin, que era el que parecía estar peor.

—Gracias —le dijo Zahara al 2-1B—. Ve a ver cómo están los otros. —Se sentó en la cama de al lado y no esperó a que el guardia le dijera nada—. ¿Cómo te encuentras?

La miró impasible.

—Quiero hablar con el droide.

—Mi droide médico está ocupado con tus compañeros —replicó Zahara—. ¿Qué os ocurrió ahí arriba?

—¿Y a ti qué te importa?

—Es mi trabajo. ¿Cuántas personas iban con vosotros?

Austin no contestó. Dos regueros de una mucosidad densa y amarilla le goteaban de la nariz y le resbalaban por encima del labio superior; se sonó con la manga y tosió con mucha fuerza con la mano sobre la boca.

—Mira —dijo Zahara—, tengo más pacientes que atender, así que ¿qué te parecería cambiar de actitud para que podamos centrarnos en curarte?

—Eres repugnante —la increpó Austin—, ¿lo sabías?

—Me han dicho cosas peores.

—Tú y tus presos enfermos. Te apuesto… —Tosió otra vez y Zahara se echó hacia atrás mientras el guardia impregnaba el aire de gotitas microscópicas; después se volvió para mirarla—. Te apuesto… que seguramente… —Más tos, y ahora más cargada—. No eres más que una…

—Vale, vale —lo cortó ella—, ya tendrás tiempo de sobra para llamarme lo que quieras, pero ahora quiero que te acuestes y que me dejes echarte un vistazo.

Austin negó con la cabeza.

—Llama al droide.

Aquello ya era demasiado. Zahara se puso en pie.

—Como quieras.

—El capitán Sartoris tenía toda la razón sobre ti —masculló mientras ella se alejaba.

—¿Perdona?

—Eres dulce con los presos. Te apuesto lo que quieras a que si yo fuese una escoria de rebelde cualquiera me tratarías como si fuese tu único paciente. Cuando te vienen lloriqueando por cualquier cosa, ahí estás tú para prestarles tu hombro.

—Vaya… —Casi se sintió obligada a contestarle con una demostración de ira en toda regla—. Tu capitán sí que me conoce bien, ¿verdad?

—Es un buen hombre.

—Claro —repuso tranquilamente—. Mata presos y le cuelgan medallas.

Austin explotó en un ataque de tos, luego carraspeó y exhaló con fuerza.

—No tenías que haber hecho esa llamada.

Zahara se dio la vuelta para mirarlo a la cara.

—Te voy a decir una cosa sobre tu heroico capitán. Ya tenía problemas mucho antes de lo que pasó con Von Longo, hasta el alcaide lo sabía. Independientemente de lo que fuera en su momento, ahora es un desecho humano, un sociópata claustrofobias con… —Se calló cuando se dio cuenta de que Austin estaba sonriendo, una sonrisa socarrona, maliciosa: sólo estaba confirmando todo lo que él sospechaba de ella—. Lo que el capitán Sartoris le hizo a Longo, aquí, en mi enfermería, sólo fue la gota que colmó el vaso.

—Y ahí fue cuando te empezó a gustar, ¿no? —preguntó Austin con la misma sonrisa en su cara enferma—. Te gustan los heridos y necesitados. Eso te pone, ¿verdad?

Notó que el cuello se le empezaba a poner rojo y se dio cuenta de que Austin también lo notaba.

—Si tú lo dices.

—No soy el único.

—¿Doctora Cody? —la llamó una voz sintetizada—. ¿Tiene un momento?

Se dio la vuelta y vio al 2-1B haciéndole señas desde la otra punta de la enfermería. En la cama junto a la que estaba, uno de los pacientes nuevos —creía que era Vesek, el otro guardia— parecía estar sufriendo un ataque. Los dos ingenieros y el soldado imperial que lo habían acompañado estaban sentados observando los hechos con una mezcla de consternación y asco.

—Ya voy.

Cuando llegó a su lado, Vesek había empezado a escurrirse de la cama pese a los esfuerzos del droide médico por sujetarlo. La cara del guardia se cubrió con una sombra pálida, casi translúcida. Ponía los ojos en blanco mientras el resto de su cuerpo se contorsionaba erráticamente, como si se estuviese electrocutando con una corriente eléctrica de alto voltaje. Entonces, sin previo aviso, cayó de espaldas y abrió la boca para emitir un sonido indescriptible seguido de un chorro de sangre arterial que salió disparado como un géiser.

—¡Cuidado! —Zahara levantó las manos para protegerse a sí misma y a los ingenieros que estaban sentados a su lado.

Al otro lado de la cama, el 2-1B seguía sujetando a Vesek. Cuando levantó la vista, Zahara vio que tenía la bata y los sensores visuales cubiertos de sangre. Vesek se desplomó sobre las sábanas manchadas, como si el simple hecho de vomitar lo hubiese dejado sin fuerzas.

—Mételo en la burbuja —dijo Zahara—. A todos, a los guardias, a los ingenieros, a todos los que subieron al destructor, aíslalos de los demás pacientes. Ahora.

Los sensores del 2-1B ya se habían autolimpiado y la miraban con atención.

—Sí, doctora Cody.

—Hazles pruebas a todos, quiero un examen de toxinas completo. Averigua a qué se expusieron ahí arriba.

—¿Algo más?

Se paró a pensar, repasando el protocolo mentalmente.

—Será mejor que informemos al alcaide de lo que está pasando. Querrá estar al tanto.

—Ahora mismo.

—Espera —dijo Zahara—, yo me encargaré de eso.

Se fue inmediatamente, mientras el droide médico empezaba a dar instrucciones a los ingenieros. Tenían la cara salpicada con la sangre de Vesek y parecían asustados, más asustados que enfermos.

—Tú —dijo leyendo su nombre en la placa—, Greeley, ¿cuántos hombres subieron al destructor estelar?

—Dos equipos de cinco —respondió Greeley—, pero…

—¿Dónde están los otros cinco?

—Volvieron antes que nosotros.

En la cama, Vesek emitió un gruñido gutural y cambió de postura, poniéndose de lado para darles la espalda. Los otros dos hombres lo miraron con pánico mientras el droide se los llevaba.

—Eh, doctora, ¿qué pasa?

Se dio la vuelta y vio que Gat, el devaroniano, se había levantado de la cama y se le acercaba. Miraba al guardia que estaba en la litera manchada de sangre y se toqueteaba el cuerno roto con la misma compulsión inconsciente con que alguien se toca un diente suelto con la lengua.

—Nada que deba preocuparte.

—He oído que decía algo de la burbuja.

—Sólo tomo precauciones —dijo Zahara—, hasta que lo tengamos todo bajo control.

El devaroniano ladeó la cabeza y asintió.

—Si puedo ayudar en algo, dígamelo, ¿de acuerdo?

—Gracias, Gat. Lo tendré en cuenta. —Sin pensarlo, le puso una mano en el hombro y sintió que un par de ojos la atravesaban desde la otra punta de la sala.

Austin la estaba observando.

Y sonreía.

Volvió al ordenador, activó la consola y observó cómo se materializaba la cara de Kloth en la pantalla que tenía enfrente. Había algún fallo en el contraste que hacía la imagen demasiado brillante, por lo que las cosas parecían blanqueadas y monocromáticas. Kloth estaba sentado a su mesa, y el ventanal que tenía a la espalda estaba parcialmente eclipsado por la mole del destructor estelar que tenían justo encima. Tapaba más estrellas de las que había imaginado y daba la impresión de que al fin habían llegado a su destino.

—¿Doctora Cody? ¿Qué ocurre?

—Tengo ahí abajo a cinco hombres de la partida de reconocimiento —dijo.

—¿Cómo se encuentran?

—No están bien. Voy a ponerlos en cuarentena. ¿Dónde está el capitán Sartoris?

—En sus dependencias, supongo. Pero, doctora Cody…

—Lo quiero aquí también —lo interrumpió—. ¿Qué hay de los otros cinco?

—No hay más. —Kloth negó con la cabeza y Zahara cayó en la cuenta de que la palidez de su rostro no tenía nada que ver con el contraste del monitor—. El segundo equipo no ha regresado.

CAPÍTULO 11
MAPA ROJO

Sartoris estaba soñando cuando lo despertó alguien llamando a su puerta.

En el sueño seguía deambulando por el destructor, solo. El resto de su equipo, Austin, Vesek, Armitage, los ingenieros y los soldados imperiales, había muerto. En el destructor había algo que había acabado con ellos uno a uno. A la muerte de cada hombre le precedía un grito seguido de un chasquido enfermizo que Sartoris creía sentir más que oír.

Sartoris siguió avanzando, intentando ignorar el molesto picor que se había extendido por la piel de su vientre como un sarpullido. Sabía que sólo era cuestión de tiempo que una bestia, fuese la que fuese, se abalanzase sobre él. No tardaría mucho en conocer su verdadera cara, si es que la tenía. Quizá no; quizá era sencillamente la peste personificada, un vacío irracional y voraz que se alimentaba de vida.

Ante él se extendía un laberinto de pasillos, y a medida que avanzaba el paso de Sartoris flaqueaba. Estaba perdido y lo sabía. Ni siquiera sabía a ciencia cierta si estaba alejándose o acercándose a aquella cosa. La piel del abdomen le escocía cada vez más, y al dejar de rascarse notó que tenía algo en la carne, como un tatuaje o un montón de arrugas. Su yo onírico se sacó la camisa de dentro de los pantalones, se miró la piel del costado y vio que, efectivamente, tenía algo escrito, una especie de mapa, el mapa del destructor estelar. Los diagramas desaparecieron en la carne y se dio cuenta de que tendría que abrirse para poder leerlo. Se hizo un corte, introdujo dos dedos de la mano derecha y los metió lo más adentro que pudo a través del músculo de la cadera, ignorando el dolor gélido y agudo que le producía y adentrándose cada vez más hasta atravesar la capa de tejido superficial. La sangre manaba, caliente y humeante, le corría por las piernas y le encharcaba las botas.

Cuando se despertó con un grito en los labios, el sonido de los nudillos llamando a la puerta se había convertido en un fuerte latido.

Se incorporó, se estremeció de lo empapado que estaba y durante un instante de confusión pensó que estaba sangrando. Pero el líquido caliente y pegajoso que manaba de su piel era sólo sudor, un sudor que le apelmazaba el pelo y hacía que la camisa del uniforme se le pegara a la espalda. La única parte de su cuerpo que no estaba mojada era el interior de su boca, que estaba completamente seca.

Al abrir la puerta vio a dos guardias con máscaras y trajes de protección ante amenaza biológica de color naranja que parecían refugiados del sueño del que lo habían despertado.

—¿Capitán Sartoris?

—¿Qué pasa? —Parpadeó.

—Señor, tenemos instrucciones de conducirlo a la enfermería.

—¿Por qué?

Una pausa y luego:

—Órdenes, señor.

—¿De quién? —preguntó Sartoris, y se lo puso fácil—: ¿Del alcaide o de la doctora Cody?

Los guardias se miraron. El resplandor de las viseras no le permitió ver cuál de ellos respondía.

—No estoy seguro, señor, pero…

—¿Quién os ordenó poneros el traje? —preguntó Sartoris, pero ya estaba pensando en la tos de Austin, los vómitos de Greeley y en todos ellos. Ya era demasiado tarde, pero deseó haber consultado con el alcaide Kloth el tema del otro equipo antes de volver a sus dependencias. Era un pequeño acto de rebeldía que le había explotado en la cara, otra lamentable decisión en una larga y autodestructiva cadena de elecciones cuestionables. Debería haber informado antes: pero ocultó su desasosiego y lo hizo sin más.

—Será mejor que nos acompañe, señor.

Sartoris dio un paso al frente para intentar identificar a los hombres que se ocultaban tras las máscaras.

—Me encuentro bien —dijo, y aunque era cierto, le sonó a mentira, quizá por la reacción de los guardias, que dieron un paso atrás cuando se les acercó—. ¿Cómo están Austin y el ingeniero Greeley?

—Austin ha muerto, señor. Hace una hora.

—¿Qué? —Sartoris se echó hacia atrás y notó un golpe en el estómago—. Eso es imposible. Acabo de hablar con él. —¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? Un nuevo pensamiento le vino a la mente: fue consciente de la situación a la que quizá tendría que enfrentarse antes de lo que creía—. ¿Qué hay de Vesek?

—No sabría decirle, señor. Están todos en cuarentena. Creo… —El guardia, que finalmente había identificado como un novato llamado Saltern, dio otro paso atrás—. Quizá lo mejor sea que venga con nosotros y hable personalmente con ella.

—Con la doctora Cody, supongo.

—Sí, señor.

Sartoris no hizo más preguntas. Salió y notó cómo los guardias se ponían detrás de él.

—Ya sé dónde está la enfermería, Saltern.

—Tenemos órdenes de acompañarlo, señor.

«Por si salgo corriendo —pensó Sartoris—. Y quizá debería hacerlo.»

Pero había dicho la verdad, se encontraba bien. Lo que fuera que les hubiera pasado a los demás en el destructor no lo había afectado. Se trataba de un fenómeno localizado y no iba a dejarse atrapar.

«No tendrás la oportunidad.»

—Llevadme arriba —dijo—. Necesito hablar con Vesek.

CAPÍTULO 12
LA GRAN MEDIANOCHE

Los rodianos estaban enfermos.

Trig los miraba desde la celda de enfrente. Yacían en las literas y cambiaban de postura esporádicamente. Aunque a Trig le ponía de los nervios que lo mirasen constantemente, el desarrollo de los acontecimientos le resultaba más inquietante todavía. Su respiración sonaba terrible, como un tubo obstruido. La tos era peor. De vez en cuando uno de ellos gruñía o emitía un gemido ahogado, desesperado.

—¿Ves algo? —preguntó Kale.

—Sí.

Un guardia pasó a toda prisa con un traje de riesgo biológico seguido de otros dos.

—¡Eh! —Trig golpeó los barrotes—. ¿Qué está pasando ahí?

Los guardias siguieron avanzando. Trig se dio la vuelta y miró a su hermano.

—¿De qué va todo esto?

Kale se encogió de hombros.

—Vete a saber. —Se tendió en la litera, cerró los ojos, y un momento después se quedó dormido. Trig estuvo un rato escuchando cómo roncaba.

—Eh, tú —susurró una voz.

Trig se inclinó hacia adelante. La voz venía de la celda contigua.

—Sí —contestó estirando al máximo el cuello, pero no podía ver qué había al otro lado—, ¿qué pasa?

—Te llamas Trig Longo, ¿verdad? —dijo la voz de la celda contigua.

—Sí.

—Y tu hermano… se llama Kale, ¿no?

—Exacto —respondió Trig—. ¿Cómo te llamas tú?

La voz ignoró la pregunta.

—Le han puesto un buen precio a vuestra cabeza —susurró—. Diez mil créditos.

Trig no contestó. Se apartó de los barrotes. Ya había empezado a notar un frío que se le asentaba en la boca del estómago. La voz siguió hablando.

—Diez mil créditos… Eso es mucho dinero. El problema es que nadie los va a cobrar.

—¿Por qué no? —preguntó Trig.

—Porque los he ofrecido yo —dijo la voz—, y voy a mataros a los dos con mis propias manos.

El cuerpo de Trig se quedó completamente rígido. De repente se dio cuenta de que conocía aquella forma melosa de hablar que ya no podía articular bien por las heridas que le había hecho Kale al arrancarle los aros.

—Solicité un traslado para poder estar más cerca de vosotros —dijo la voz de Aur Myss—. Podría decirse que pulsé las teclas adecuadas. En cuanto abran las puertas os voy a destrozar a los dos con mis propias manos. Y eso sólo para empezar.

—¿Por qué no te callas? —dijo Kale desde la litera para asombro de Trig. No sabía que su hermano estuviese escuchando, o que estuviese despierto siquiera.

Myss dejó escapar una risita. Trig se dio cuenta de que, con toda probabilidad, la risa que había escuchado antes, cuando Wembly había pasado gritando silencio, era la del líder de la banda.

—¿Qué preferís? —preguntó—. Algo rápido y sucio, supongo. Podemos hacerlo en un lugar privado. Los guardias encontrarán vuestros cuerpos después, aunque quizá les cueste un poco. Pero no creo que le importe a nadie, no más de lo que les importó el vejestorio de vuestro padre cuando Sartoris…

—¡Cállate! —masculló Kale entre dientes. Saltó de la litera, se puso al lado de Trig, junto a los barrotes, y sacó una mano palpando a ciegas en dirección a la voz como si de aquella forma pudiera agarrar a Myss para pegarle.

—¡Kale, no! —suplicó Trig, pero para cuando Kale se dio cuenta de lo que estaba haciendo e intentó volver a meter el brazo, ya era demasiado tarde. Myss se lo agarró desde la celda contigua, aplastando la cara contra los barrotes. Trig lo oía gemir y gruñir a la vez mientras agarraba a Kale. En la celda de enfrente, uno de los rodianos se había incorporado para observarlos, aturdido, con una vaga expresión de interés.

—¿Es que no puedes esperar? —preguntó la voz—. ¿Quieres que lo haga ya? ¿Es eso? ¿Quieres que…?

Se oyó un golpe y la voz emitió un quejido de dolor.

—Mete esas garras para dentro —le ordenó Wembly desde el exterior de la celda. Llevaba mono naranja y máscara y el BLX iba detrás de él, y cuando se volvió hacia la celda de los hermanos, Trig pudo ver la expresión de su propio rostro reflejada en la visera de Wembly—. ¿Aún tienes los cinco dedos?

—Sí —dijo Kale cogiéndose la mano con los dedos de la otra mano y flexionándolos—. Eso creo. Sólo estaba jugando conmigo.

—¿Por qué lleváis esos trajes? —preguntó Trig.

Por primera vez, el guardia pareció incómodo.

—Ha habido un… —dijo el droide BLX que tenía detrás.

—Por precaución —atajó Wembly—. No hay de qué preocuparse.

—¿Es algo malo?

—Nadie sabe nada. La doctora Cody está intentando averiguarlo. —Wembly miró a los rodianos, que ya habían vuelto a sus literas tosiendo y emitiendo el mismo sonido que Trig había oído antes—. Parece que a vuestros vecinos tampoco les va muy bien. Dos menos de los que preocuparos, supongo.

—¡Wembly…!

En el vestíbulo había gritado. Wembly se dio la vuelta con una agilidad sorprendente para un hombre de su talla y vio algo que no le gustó. Sin mediar palabra, echó a correr arrastrando los pies en dirección contraria a la que había mirado.

Trig no tuvo que esperar mucho para ver de qué se trataba.

El otro guardia que bajaba por el pasillo llevaba el mono naranja desgarrado e iba sin máscara. Aún gritaba cuando se dio de narices con los barrotes de su celda y los roció de sangre. A Trig le salpicó las mejillas y la nariz y la encontró sorprendentemente cálida y húmeda.

El guardia enfermo dejó de gritar y se quedó allí, con los ojos abiertos y totalmente desorientado. Se aferraba a los barrotes para mantenerse erguido. La fiebre le enrojecía la piel en oleadas que se apreciaban a simple vista. Su respiración era ronca y áspera, y cuando Trig vio cómo encogía el pecho y los hombros para forzar la tos se echó atrás instintivamente. Sólo cuando el guardia acabó de toser, un tiempo que a Trig se le hizo eterno, pareció darse cuenta al fin de dónde estaba.

—No podéis pararlo —dijo el guardia con una voz extrañamente rotunda: la voz de un hombre que habla en sueños—. Es imposible.

—¿El qué? —preguntó Trig.

—No se puede. —El guardia negó con la cabeza y el labio inferior le tembló ligeramente. Después se dio media vuelta y empezó a caminar arrastrándose en la dirección que había tomado Wembly.

Trig notó que se le agarrotaba la garganta. De repente tuvo la penosa certeza de que estaba a punto de llorar. Tenía miedo, en parte, pero también estaba pensando en su padre. De algún modo, el no saber qué hora era —podría ser medianoche— empeoraba las cosas. Unos meses antes estaban en casa sanos y salvos, desayunando los tres juntos. ¿Cómo les podía haber pasado todo aquello tan rápido?

—Eh —dijo Kale poniéndole la mano en el hombro—. Ven aquí. —Se levantó el dobladillo de la camisa y le limpió la cara a su hermano. Las primeras lágrimas se mezclaron con la sangre del guardia—. No pasa nada.

—Algo va mal —dijo Trig.

—Hemos salido de cosas peores.

Trig no pudo contestar. Apretó la cara contra el pecho de su hermano y lo abrazó con fuerza. Kale lo abrazó también.

—Shh… —susurró—. No pasa nada.

En la celda de al lado, Myss hacía ruidos imitando los sollozos y los gemidos de Trig. En la celda de los rodianos, uno de ellos había empezado a toser sin pausa; sólo paraba el tiempo suficiente para coger aire y seguir tosiendo.

—¿Kale? —dijo Trig.

—¿Sí?

—¿Te encuentras mal?

—¿Yo? No, estoy bien. —Su hermano lo miró a los ojos y preguntó—: ¿Y tú?

—No. —Trig también miró a Kale a los ojos—. Si te encuentras mal, tienes que decírmelo en seguida, ¿de acuerdo?

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Lo haré —le aseguró Kale—. Pero eso no va a pasar.

—Eso no lo sabes.

—Confía en mí, ¿vale?

Trig asintió. Pero sabía que tenía razón. Se sentó en la litera con la barbilla entre las manos y observó cómo tosían los rodianos.

En la celda contigua alguien inspiraba, se sentaba y dejaba escapar un suspiro paciente y casi inaudible.

—Ya te cogeré, chaval —susurró Aur Myss—. Cuando llegue la hora, estaré esperando.

CAPÍTULO 13
MOLÉCULAS

Zahara estaba ajustando el flujo de aire de su máscara de aislamiento cuando se dio cuenta de que el 2-1B se le acercaba por detrás.

—¿Doctora Cody?

—Ahora no.

—Es importante.

Apenas lo oyó. La tarde había sido como una mancha oscura y sangrienta. A su alrededor, la enfermería, normalmente sedada, estaba llena de presos y guardias enfermos que ocupaban todas las camas y muchos más que yacían en el suelo. La sala estaba inundada de toses, respiraciones entrecortadas, monitores que pitaban y constantes gritos pidiendo ayuda.

Lo que fuese que hubiera traído la partida de reconocimiento del destructor se había extendido tan rápido por la *Purga* que tanto ella como Basura ya habían perdido la cuenta de las nuevas admisiones.

El capitán Sartoris había llegado custodiado por sus propios guardias y el droide médico lo había puesto inmediatamente en cuarentena. Saber que Sartoris la esperaba para que lo examinase era la dosis de presión adicional que menos necesitaba en aquel momento.

El alcaide la había estado llamando constantemente desde su despacho para mantenerse informado. No entendía por qué no podía diagnosticar el mal, aunque no pudiera dar con la cura. Hasta el momento había estado demasiado ocupada intentando ocuparse de los presos, clasificándolos y tratando los síntomas que, dependiendo de la especie, iban de problemas respiratorios a fiebres y síntomas de ataques, alucinaciones, hemorragias y coma. Y ahora el 2-1B estaba a su lado esperando recibir su atención.

—Mira —dijo Zahara—, sea lo que sea, tendrá que…

—Es Gat —la interrumpió el droide—. Ha muerto.

—¿Qué? —Zahara se dio la vuelta con cara de sorpresa.

—Ha sufrido un ataque y una parada respiratoria. Siento interrumpirla. Creí que querría saberlo.

Zahara inspiró lenta y profundamente y asintió antes de espirar. Siguió al droide a través de la enfermería hasta la cama de Gat. El devaroniano yacía de lado, la piel pálida, los ojos abiertos y vidriosos. Miró el rostro vacío, el cuerno roto y la mandíbula desencajada. Todo lo bueno que había en él —su extraña decencia y el humor que lo había hecho destacar entre sus pacientes— había desaparecido por completo. Se inclinó y le cerró los ojos.

—Y el alcaide está esperando para hablar con usted otra vez —dijo Basura, intentando que su voz sonara pesarosa.

Zahara sabía qué le iba a preguntar Kloth.

—¿Cómo vamos? —le preguntó al droide.

—Doce muertes hasta el momento.

—¿Incluida toda la partida de reconocimiento?

—Menos el capitán Sartoris y el OCI Vesek —respondió el droide médico—, sí.

—¿Y siguen en la burbuja?

—Correcto. De lo contrario, el agente patógeno se habría extendido por toda la *Purga*. Estoy realizando el seguimiento de varios informes de síntomas por toda la zona de presos comunes: reclusos, guardias, personal de apoyo… La tasa de infección es casi del uno por ciento. La medicación y los suministros nos durarán otro par de semanas si todo sigue igual. Sin embargo… —el droide hizo una pausa y su voz adoptó un tono más confiado—, no he sido capaz de aislar la estructura molecular de esta cepa en concreto. ¿Doctora Cody?

—¿Sí?

—Como ya sabe, mi programación en lo que se refiere a enfermedades infecciosas es bastante amplia, pero aun así este contagio no se parece a nada que haya visto antes. —El droide bajó más la voz y emitió el equivalente sintetizado de un susurro—: Parece que los organismos individuales usan la autoinducción para comunicarse con los demás en el interior del huésped.

—¿Y eso significa que…?

—Que las células individuales no alcanzan su máxima virulencia hasta que se reproducen y llegan a un número que el huésped ya no puede combatir.

—En otras palabras —dijo Zahara—, hasta que es demasiado tarde.

—Correcto. En estos momentos, ni siquiera estoy convencido de que los trajes de aislamiento sean una barrera eficaz.

Zahara observó el mono naranja que se había puesto nada más enviar al equipo de reconocimiento a cuarentena. No le gustaba llevarlo, no le gustaba el mensaje que enviaba a los presos que ya se habían expuesto, pero no tenía elección. No podría ayudar a nadie si enfermaba o moría. Y el droide tenía razón, por supuesto. En aquel momento era imposible saber si los trajes y las máscaras servían de algo. Algunos guardias que se los habían puesto inmediatamente ya habían enfermado, pero ella no mostraba síntomas de infección.

«Al menos por ahora», apuntó una sombría voz en su interior.

Al otro lado de la enfermería se disparó la alarma, un pitido agudo indicaba que uno de los pacientes sufría una parada respiratoria. Zahara iba corriendo hacia allí cuando saltó otra alarma y luego otra. «Tiene que tratarse de algún fallo en el equipo», pensó en medio de la confusión, pero se dio cuenta de que no era así. Sus pacientes morían rápido a su alrededor y lo único que podía hacer era firmar el papeleo después.

—Yo me encargo de eso —dijo Basura—. Tiene que hablar con el alcaide.

—El alcaide puede esperar.

Sin embargo, cuando llegó a la cama ya era demasiado tarde. El preso había sufrido un colapso, los monitores emitían un aullido constante e impotente. Parecía venir de todas partes a la vez. El paciente de su derecha sufría un ataque y su alarma también se

activó. Por enésima vez aquel día, Zahara volvió a preguntarse con qué se habría encontrado la partida del capitán Sartoris a bordo del destructor.

Y sólo conocía una persona a quien pudiera preguntárselo.

CAPÍTULO 14
BURBUJA

La alarma se disparó en la burbuja de cuarentena justo antes de que ella entrara. Al mirar vio a Sartoris de pie junto a la cama de Vesek mientras éste lo miraba boquiabierto. La cara del joven guardia estaba tan pálida que Zahara podía verle las arterias que le recorrían la mandíbula y la barbilla y le subían por las mejillas. Echó a correr dejando que la puerta se sellase tras ella con un sonido apenas perceptible.

—¿Qué ha ocurrido?

—Usted es el médico —le espetó Sartoris—. Dígamelo usted.

—Parecía estable hace unos minutos. —Comprobó los monitores. Vesek no tenía pulso y la saturación de oxígeno y la presión sanguínea caían en picado—. ¿Le ha hecho algo?

Sartoris la miró.

—¿Yo?

—Páseme ese paquete de ahí… El otro. —Lo abrió, sacó un tubo respiratorio y lo untó con lubricante—. Échele la cabeza hacia atrás.

Sartoris se movió con frialdad y observó cómo ella introducía el tubo por la garganta de Vesek a ciegas. Chocó contra una obstrucción en alguna parte y, cuando intentó sobrepasarla, el pecho de Vesek se llenó de aire y emitió un sonido parecido a una arcada. Era un sonido con el que se había familiarizado en las últimas horas.

—Cuidado —advirtió mientras un denso fluido rojo empezaba a brotar por el tubo y le salía por la boca. Intentó succionarlo, pero no veía bien hasta dónde llegaba el tubo para moverlo. Durante todo aquel rato percibió la presencia de Sartoris detrás de su hombro, respirándole, literalmente, en la nuca. Tuvo que hacer un esfuerzo deliberado para ignorarlo. Haciendo las cosas prácticamente por intuición, recolocó el tubo y oyó los primeros sonidos entrecortados que emitía Vesek al absorber el oxígeno con ansia devoradora, después le limpió la cara y sujetó bien el tubo para evitar que le resbalase. Dio un paso atrás y procuró inspirar profundamente varias veces, aguantando cincos segundos cada bocanada hasta que volvió a sentirse segura otra vez.

—¿Sobrevivirá? —preguntó Sartoris.

—No mucho más. Así no. —Se volvió hacia él—. Tengo que hablar con usted.

—Ya me iba.

—¿Perdone? —Zahara lo miró con cara de asombro.

—Vine a hablar con Vesek. —Sartoris miró el tubo que salía de la boca del guardia—. Y ahora no creo que pueda.

—No puede marcharse.

—¿Y quién va a evitarlo? —Arqueó una ceja—. ¿Usted?

—Está en cuarentena porque es uno de los primeros portadores de la infección —dijo Zahara—. Tiene que quedarse aquí.

Sartoris la miró de arriba abajo, como tomándole las medidas. La fría indiferencia que se reflejaba en su rostro no se parecía a nada que conociera, como si estuviese permanentemente grabada en sus facciones, en todos y cada uno de los huesos de su cara.

—Quiero dejar una cosa clara —le advirtió—. No tiene autoridad sobre mí. Y no hay nada que pueda hacer por mí, por mis hombres o por cualquiera de estos presos. Es inútil, doctora Cody, y lo sabe. Si fuese uno de mis guardias ya se habría ido… en el mejor de los casos. De lo contrario estaría muerta.

—Mire… —iba a replicar, pero Sartoris la interrumpió.

—Ahórreselo para sus queridos presos —dijo. Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la escotilla sellada—. Ya he oído bastante.

—Jareth, espere.

Al oír su nombre se paró en seco, y cuando se dio la vuelta *y* vio la expresión en el rostro de la doctora, una sonrisa retorcida como un alambre de espino atravesó sus facciones.

—Está muerta de miedo, ¿verdad?

—Eso no tiene nada que ver.

—Pues debería. La recordarán por esto.

—¿Qué?

—Quizá crea que ha terminado con el Imperio, pero ellos no han acabado con usted. —Miró fuera de la burbuja, donde el 2-1B iba corriendo de cama en cama según iban sonando las alarmas indicando una parada respiratoria—. Todos los guardias *y* presos de esta barcaza que se hayan expuesto al virus morirán en las próximas horas mientras usted está ahí con su traje de aislamiento, sus aparatos y sus droides. Espero que disfrute respondiendo preguntas porque tendrá muchas esperándola. —Estiró el brazo y le puso el dedo suavemente sobre el esternón—. Se pasará el resto de su vida recordando esto.

—¿Qué vieron en el destructor? —preguntó.

—¿Qué vi yo? —Sartoris negó con la cabeza—. Nada… Nada de nada.

Suspirando, Zahara miró las pantallas de los monitores desde el interior de la membrana de la burbuja.

—Su análisis de sangre dice que está limpio. Parece que la infección no lo está afectando.

—Los beneficios de llevar una vida sana —dijo, y la empujó al avanzar—. Si cree que puede detenerme, la animo a intentarlo. De lo contrario, estaré en el despacho del alcaide. Estoy seguro de que estará interesado en saber cómo usted y su equipo están haciendo frente a esta crisis.

Antes de que pudiera dar un paso para detenerlo ya había salido de la burbuja y avanzaba y se abría camino por la enfermería. Había algo en su razonamiento que la molestaba. Era imposible que fuese a perder el tiempo hablando con Kloth sólo para informarlo de su ineficacia. Además, ¿podría soportar algún problema más en aquel momento?

Zahara empezó a seguirlo, pero se detuvo al sentirse momentáneamente mareada. Se paró y empezó a analizarse en busca de algún síntoma que hubiese observado en sus pacientes. Respiraba bien, no le dolía nada ni se sentía aletargada. ¿Quizá sólo se resentía de la tensión acumulada con toda aquella situación?

—¿Basura?

—¿Sí, doctora Cody? —El droide no levantó la vista del preso al que estaba atendiendo y al que administraba algún tipo de inyección intravenosa.

—Necesito que hagas unos análisis y unos cultivos.

—¿En qué paciente?

—En mí —dijo, y estiró el brazo.

El 2-1B la miró.

—Pero eso me obligaría a romper la barrera aislante del traje.

—Los trajes tampoco sirven para nada —dijo—. Tú mismo lo dijiste.

—Estaba especulando…

—Basta. —Se quitó la máscara y la dejó a un lado junto con los guantes. Se levantó la manga y le tendió el brazo desnudo. Desde las camas cercanas, los presos la miraban con ojos vacíos.

—Doctora Cody, por favor… —la voz sintetizada de Basura rozaba peligrosamente el pánico—. Mis teorías respecto a la eficacia de los equipos de aislamiento de la barcaza no son ni mucho menos concluyentes y, en cualquier caso, la primera directiva de mi programación dice claramente que estoy obligado a proteger la vida y a promover el bienestar en la medida de lo posible.

—Hazlo ya —dijo, y miró fijamente los sensores visuales del droide esperando la aguja.

CAPÍTULO 15
BVH

Sartoris recorrió el pasillo que conducía al despacho del alcaide con un par de rifles bláster E-11 con las culatas plegadas para poder sostener uno en cada mano. Se los había quitado a dos soldados imperiales que se había encontrado en el pasillo —uno de ellos había intentado dispararle a la entrada de la enfermería—. El guardia en cuestión, un hombre que Sartoris conocía desde hacía años, se acercó a él tambaleándose y tosiendo, con el casco en la mano *y* los ojos inyectados en sangre. Parecía no tener ni idea de dónde estaba pero insistía en que necesitaba un médico. Decía que tenía los pulmones encharcados y que no podía respirar. Se ahogaba por dentro, pero no lo dejaban entrar en la enfermería. Sartoris intentó esquivarlo, pero el guardia empuñó el bláster y le apuntó. Cuando al fin se dio cuenta de que estaba a punto de disparar, el soldado se detuvo y se dejó caer contra la pared.

—Capitán, lo siento, no sabía…

Sartoris le cogió el E-11, lo puso en modo de aturdimiento y le disparó. Veinte metros más adelante se le acercó otro soldado de asalto, pero en esta ocasión Sartoris fue más rápido y le disparó nada más verlo. Y todo el camino había sido igual. Guardias y soldados ataviados con trajes especiales que no servían de nada tropezándose unos con otros por todo el pasillo, tosiendo y escupiendo sangre a través de las mascarillas, pidiendo ayuda y rogándole que les explicara qué estaba pasando. Cuanto más avanzaba, más cuerpos dejaba a su paso. Sartoris los esquivaba cuando podía, pero pasaba por encima de ellos cuando era necesario. A cada paso que daba, el aire viciado de por sí estaba cada vez más cargado y resultaba más opresivo. Nunca había olido nada igual. Si las cosas estaban así en el nivel administrativo, no podía imaginar cómo estarían en el de los presos comunes. Aquello debía de ser una auténtica pesadilla. Se preguntó si el alcaide habría sacado a los guardias que quedaran en módulos de reclusión, sellado toda la zona y si ahora estaría esperando a que todos los presos murieran.

Al llegar al despacho de Kloth pulsó el timbre y esperó una respuesta, pero la voz del alcaide no contestó.

—Señor, soy el capitán Sartoris. Abra.

No obtuvo respuesta, pero Sartoris sabía que estaba allí. El alcaide siempre había hecho frente a todas las crisis, grandes y pequeñas, desde el santuario de su despacho, y aquella no iba a ser una excepción.

Y el alcaide tenía algo que Sartoris necesitaba.

Los códigos de acceso a las cápsulas de salvamento.

El mantenimiento de las cápsulas había formado parte de las funciones del OCI Vesek, y Sartoris sabía que tenía los códigos de lanzamiento para activarlas. Así que se había sentado junto a la cama de Vesek en la burbuja contemplando la expresión alucinada del guardia de ojos desorientados y le había preguntado una y otra vez por los códigos de lanzamiento. Pero Vesek no había estado muy comunicativo. Al final, Sartoris

había perdido la paciencia con el guardia —se le podía perdonar dadas las circunstancias, ¿no?—. ¿Acaso no era comprensible que al final hubiera tenido que presionar un poco más a Vesek para ayudarlo a centrarse en lo que le estaba preguntando?

No pretendía taparle la nariz tanto tiempo. Si Vesek hubiese cooperado, si le hubiera dado los códigos al momento, nada de aquello habría sido necesario. Lo único que quería Sartoris era información, de la misma forma que en su momento había querido información de Longo, aquel preso decrépito. Sin embargo, aquel vejestorio tampoco había sido muy comunicativo, y a fin de cuentas aquello era una barcaza prisión, ¿no?

A veces hay accidentes.

«Pero Vesek no era un preso —musitó una voz en la cabeza de Sartoris—. Vesek era uno de tus propios hombres, y tú…»

—De todas formas se estaba muriendo —murmuró Sartoris, y centró su atención en la tarea que tenía entre manos. El alcaide Kloth estaba allí y necesitaba hablar con él más que nunca. Sartoris quería convencer a Kloth de que tenían que abandonar la barcaza mientras hubiera alguna posibilidad de sobrevivir. En la cápsula de salvamento había sitio de sobra para los dos o sólo para él, en caso de que Kloth no compartiese su opinión.

—¿Alcaide? —gritó Sartoris.

Seguía sin oír nada al otro lado. Sartoris miró los blásters y luego la puerta. Seguramente estaría blindada y los disparos podrían rebotar e incluso matarlo, pero necesitaba los códigos de acceso lo antes posible, si…

Entonces la puerta se abrió, sola.

En aquel momento, Sartoris ya no se lo esperaba y dudó un momento. Miró el interior de la cámara desde fuera. El despacho de Kloth parecía vacío: el holomural del desierto, una consola abandonada, las vistas al exterior sin obstrucción alguna…

Sartoris entró y el olor fue como una bofetada. Era el mismo olor a amoníaco que se había acumulado en los pasillos, sólo que aquélla era una versión concentrada. Se echó una mano a la nariz y a la boca e intentó reprimir las náuseas.

—Capitán —gorgoteó alguien desde el otro lado de la consola—. Cuánto me alegro de verlo.

Sartoris dio otro paso y miró hacia adelante y luego hacia abajo. El alcaide Kloth estaba tendido en el suelo, bajo la consola, encogido de costado en posición fetal sobre un charco de color rojo grisáceo. Cuando vio a Sartoris de pie frente a él, se apoyó sobre los codos y tomó una temblorosa bocanada de aire. De la nariz y la barbilla le colgaban hilillos de un fluido pegajoso. La enfermedad había borrado cualquier signo de afectación, de dureza y de crueldad, dejando al descubierto aquella cosa enjuta y temblorosa que Sartoris siempre había sabido que llevaba dentro.

—He estado mirando los monitores —dijo—. La infección del destructor estelar… —tosió otra vez— se está extendiendo demasiado rápido como para detenerla. ¿No le parece?

—Sí, señor.

—Entonces sólo nos queda una opción… —Kloth inspiró otra vez con mucho esfuerzo—. Tenemos que abandonar la nave.

—Eso es justo lo que yo opino.

—Ayúdeme a llegar a la cápsula de salvamento —dijo sin parar de toser—. Es lo que ordena el procedimiento de operaciones estándar. Haré… un informe completo desde allí. Los guardias imperiales de prisiones no pondrán en duda mi decisión, podrán ver todos los datos de la enfermería… Se darán cuenta de que no tenía elección.

Sartoris tuvo que sonreír. Aún en una situación límite, aquel hombre seguía pensando en cómo cubrirse frente a sus superiores.

—¿Tiene los códigos de acceso para el lanzamiento? —preguntó.

Kloth tosió y asintió, y volvió a toser con más fuerza, tanta que las venas se le hincharon hasta parecer gusanos azules que le serpenteaban por las sienes.

—Creo —dijo Sartoris— que debería dármelos ahora.

El alcaide dejó de toser. Entornó los ojos y luego los abrió de par en par. Sartoris le estaba apuntando a la cara con los dos E-11. Estaba tan cerca que sabía que Kloth podría percibir el olor a ozono que aún manaba de los cañones, aunque ya había activado el modo letal.

—Es un animal —le espetó Kloth—. Debí relegarlo del cargo cuando tuve la oportunidad.

—Aún no es demasiado tarde —replicó Sartoris sujetando los blásters son firmeza—. Podría ser su última tarea como alcaide.

—Baje eso. Necesitará las dos manos para ayudarme a llegar a la cápsula.

—Creo que podré arreglármelas —dijo Sartoris—. Cuando me haya dado los códigos.

—No tengo elección, ¿verdad?

Sartoris lo miró sin inmutarse.

—Supongo que podría intentar mentirme, pero trato con mentirosos y estafadores a diario, así que, dadas las circunstancias, no se lo recomendaría.

—Los códigos están impresos aquí. No podría alterarlos aunque quisiera. —Kloth le tendió una tarjeta de datos. La mano le temblaba levemente mientras le aguantaba la mirada a Sartoris—. ¿Capitán?

—¿Sí?

—Hay una subsección del Examen de Perfil Psicológico para oficiales imperiales de prisiones conocida como Batería Veq-Headly. Está específicamente diseñada para mostrar cualquier indicio de actitudes psicopatológicas subyacentes en los aspirantes… con la intención de ponerlas al servicio del Imperio. —Se humedeció el labio superior con la lengua—. ¿Quiere saber qué puntuación obtuvo en la BVH, capitán Sartoris?

—Creo que ambos conocemos la respuesta, señor —dijo Sartoris, y apretó los dos gatillos.

El efecto que produjeron los blásters a corta distancia fue espectacular. Toda la bóveda craneal del alcaide Kloth se convirtió en una densa nube de sangre, cartílagos y huesos. El cuello y los hombros cayeron a los lados, contorsionándose sobre un eje

invisible tras recibir la potencia de los disparos, y luego su cuerpo se desplomó sobre un charco de sangre.

Sartoris se guardó la tarjeta de datos y miró hacia la puerta, que seguía abierta. Entonces vio a un guardia joven con mono naranja mirándolo con la boca abierta desde el pasillo. Había palidecido de repente y las gotas de sudor febril relucían en su cara como estrellas. Cuando el guardia se dio cuenta de que Sartoris lo estaba mirando, levantó las dos manos y retrocedió por el pasillo que tenía a su espalda mientras subía y bajaba la barbilla intentando balbucear algo.

—¿Capitán? A-a-acaba de dispararle al alcaide Kloth.

—Le he hecho un favor —dijo Sartoris fijándose en el guardia, al que le goteaba la nariz y le corría el sudor por los labios—. ¿Te hago otro a ti?

Parecía que el guardia hubiese perdido el control de la vejiga y el intestino a la vez.

—Largo de aquí. —Lo apuntó con uno de los blásters—. Vete.

El guardia asintió, dio media vuelta y se alejó trotando con las botas sobre la pasarela metálica y respirando con dificultad. Sartoris le deseó suerte. Miró en la otra dirección y empezó a abrirse paso hacia la cápsula de salvamento.

CAPÍTULO 16
EN LA JAULA

Aunque ya no quedaba nadie a quien pudiera monitorizar, el sistema de vigilancia de la barcaza prisión imperial *Purga* había hecho un excelente trabajo revelando la conversación entre Trig y Kale Longo en su celda del módulo de reclusión cinco. Las pantallas, que momentos antes habían mostrado una comitiva de cadáveres de guardias imperiales en la sala de vigilancia principal de la barcaza, mostraron las caras de los dos hermanos mirando entre los barrotes. Y aunque los sistemas de audio estaban perfectamente calibrados para capturar el susurro conspirador más imperceptible, poca cosa se oía a través de los altavoces. De hecho, todo el módulo de reclusión permanecía en absoluto silencio. Los últimos gritos y toses ya se habían acallado dando lugar a un silencio vacío que se prolongaba indefinidamente.

Entonces, suavemente, los sensores de audio captaron la voz de Trig.

—Están todos muertos, ¿verdad?

—No lo sé —respondió Kale, vacilante.

—Si ha sobrevivido alguien, ya se habrá marchado. Nos han dejado aquí. Nosotros también moriremos.

—Tienes que dejar de hablar así —dijo Kale—. Ahora mismo. ¿Entendido?

Trig no contestó. No hacía tanto que había visto agonizar a los rodianos en la celda de enfrente. Tosieron hasta morir, escupiendo trozos de sus extraños órganos grises hasta que al final se contorsionaron en el suelo de la celda, entre espasmos y gemidos *y,* tras lo que pareció una eternidad, se quedaron inmóviles. Los cuerpos ya empezaban a oler. Por descontado, ningún sistema de vigilancia podía percibir aquel aroma al igual que tampoco podía evitarlo nadie que estuviese allí.

Trig pensó que el proceso de descomposición no debería ser tan rápido, pero el olor seguía allí. Quizá era la forma que tenía la enfermedad de interactuar con la química alienígena. Estaba por todas partes, impregnaba los pasillos, se colaba entre las rejas. Imaginó las celdas llenas de cuerpos, brazos grisáceos colgando entre los barrotes a cientos, y el olor filtrándose por los pasillos de los distintos módulos. La barcaza se había convertido en una inmensa tumba flotante.

¿Y por qué Kale y él no estaban muertos… ni enfermos siquiera? Trig se preguntaba si estarían destinados a sobrevivir gracias a algún tipo de extraña inmunidad genética, pero condenados a morir de hambre y sed como animales olvidados en una jaula. Pensó en una cosa que le había dicho su padre. «El universo tiene sentido del humor, pero es macabro.»

—¿Y ahora qué?

Kale se acercó a los barrotes y puso las dos manos alrededor de la boca.

—¡Eh! —gritó—. ¿Hay alguien ahí? —Su voz sonó sorprendentemente fuerte y rebotó en el vacío—. ¡Hola! ¡Estamos vivos! ¡Eh! —Inspiró profundamente—. ¡Aquí hay gente viva! Estamos…

Se oyó un golpe fuerte y todas las puertas de las celdas del pasillo se abrieron a la vez. Kale se dio la vuelta y miró a su hermano.

—Alguien nos ha oído.

—¿Quién?

—No importa —dijo Kale—. Ahora mismo tenemos que… Se calló de golpe.

Trig lo miró.

—¿Qué pasa?

Kale levantó una mano indicándole que escuchara. Trig no estaba seguro de haber oído ruido en la celda contigua. Su imaginación, siempre encendida, volaba más que nunca para arrancarle algo al vacío del silencio.

—Quédate aquí —susurró Kale mientras salía de la celda y miraba a su alrededor. Después le indicó a Trig que lo siguiera.

Salieron juntos, Trig muy cerca de Kale, y entonces se acordó…

—¡Espera!

Demasiado tarde. La figura de la celda contigua se abalanzó sobre él con un aullido de ira. Trig vio a Aur Myss cayendo sobre su hermano mayor y empujándolo contra la pared opuesta, con las extremidades flácidas, intentando arrancarle los ojos a Kale.

Kale cayó al suelo. Lo había cogido completamente desprevenido, y por un instante el cuerpo de Myss, cuyo pecho buscaba aire desesperadamente, también cayó sobre él. El delfaniano parecía poner el mismo empeño en arrancarle los ojos a Kale que en tomar la siguiente bocanada de aire.

«Está enfermo —la idea cruzó la mente de Trig incluso antes de que pudiera reconocerlo—. Ahora es tu oportunidad. Quizá la única.»

Sin pensarlo siquiera, se abalanzó sobre la espalda de Myss y le agarró la garganta, se aferró a los dos pellejos de carne que le rodeaban el cuello y apretó. «Por favor, por favor, que pueda hacerlo.»

Sin embargo, el ataque infundió una fuerza repentina en el cuerpo del delfaniano. Myss se volvió bruscamente para liberarse y la fisura vertical de su boca esbozó una sonrisa.

—Ésta es la última vez que te pasas de la raya, chaval.

Cogió la cabeza de Trig entre sus manos escamosas y la apretó con todas sus fuerzas. Trig notó que una masa de oscuridad lo cubría y le eclipsaba la razón. Quería gritar, pero no podía abrir la boca.

De repente, las manos se quedaron sin fuerzas.

La visión de Trig se aclaró y vio a Myss mirándolo fijamente. Sin embargo, en la expresión de su cara la ira había dado paso al asombro. A través de la boca abierta de aquel ser asomó el brillo de un filo de acero como si fuese una afilada lengua metálica. Entonces Myss se derrumbó hacia adelante y Trig vio la empuñadura de la espada que su hermano había clavado en la nuca del delfaniano.

—Vino hacia mí con ella… —dijo, tembloroso.

—¿Estás seguro de que está…?

—Venga, vamos.

* * *

Caminaron a toda prisa por el largo pasillo que conducía a la salida principal, dejando atrás celdas llenas de cadáveres. Kale no dijo una palabra. Aunque Trig estaba deseando hablar sobre lo que había hecho su hermano —darle las gracias, decirle algo al respecto, para al menos confirmar qué había pasado—, no sabía por dónde empezar. Así que él también guardó silencio.

Al final del pasillo, Trig vio otra figura encorvada en la cabina de control; sólo que ésta llevaba un mono naranja.

—Wembly —dijo Kale.

El guardia estaba encogido junto al botón de apertura de las celdas que él mismo había pulsado para abrir el ala. Kale se metió en la cabina y le tocó el hombro.

—Eh, Wembly, gracias por…

El cadáver de Wembly cayó hacia adelante y luego de lado, dándose un fuerte golpe con la frente en el suelo. Los labios le colgaban abiertos, cubiertos de sangre seca y mucosidades, y tenía los ojos en blanco, vacíos. Al mirarlo, a Trig le pareció ver que se movía, un último espasmo que le recorría los hombros y el vientre, pero eso también debía de ser su imaginación.

—Nos dejó salir. Probablemente fue lo último que hizo.

—Lo fue —dijo una voz.

Miraron a su alrededor y vieron a la unidad BLX de Wembly en una esquina de la cabina. El droide estaba en pie con los brazos a los lados en una postura extraña y parecía completamente perdido sin su amo.

—Vamos —dijo Trig—. Puedes venir con nosotros.

El BLX pareció considerar la oferta, pero sólo por un instante.

—No, gracias. Mi sitio está aquí. Cuando nos rescaten…

Dejó que aquel pensamiento se desvaneciera, quizá porque era incapaz de convencerse a sí mismo de aquella posibilidad.

—¿Estás seguro?

—Olvídalo —dijo Kale—. Vámonos de aquí.

—¿Adónde vamos? —carraspeó Trig.

—Ahí arriba tiene que haber una cápsula de salvamento en alguna parte, puede que en el nivel administrativo.

—¿Y no crees que ya ha debido de cogerla alguien? ¿El alcaide o los guardias?

Kale lo miró y le agarró los hombros con tanta firmeza que incluso le hizo daño.

—Necesitamos un plan, y ahora mismo ése es el mejor que tenemos. Así que, a no ser que tengas una idea mejor, espero que me ayudes a encontrar el camino.

Trig se mordió el labio y asintió.

—De acuerdo —se obligó a decir.

* * *

Les llevó un buen rato encontrar los turboascensores del módulo principal. La mayor parte de los cuerpos que se encontraban estaban igual que los presos de su módulo, cadáveres en literas, cadáveres por el suelo, cadáveres encogidos en las esquinas, abrazados a las rodillas, como si aquella postura pudiese librarlos de la muerte. Había suicidas —un preso se había colgado de los barrotes, otro se había ahogado con una bolsa—. Los guardias y los soldados imperiales muertos yacían en el suelo, mientras los confusos droides de mantenimiento planeaban sobre ellos intentando encontrarle algún sentido a aquella carnicería, recogiéndolos y volviéndolos a dejar en el suelo. Kale cogió los blásters de dos soldados, pero Trig sabía, con sólo ver la forma en que los llevaba, que no se sentía del todo cómodo con aquellas armas, aunque se esforzaba en parecer natural.

También vieron cosas.

En el exterior de una celda, un guardia muerto yacía con la espalda contra los barrotes. Trig se dio cuenta de que los dos presos que ocupaban la celda lo habían atado por las muñecas y el cuello. Los presos habían muerto a causa de la enfermedad, pero la causa de la muerte del guardia era otra. Los convictos lo habían atraído lo suficiente para atarlo y luego lo torturaron hasta matarlo: lo apuñalaron, lo cortaron y lo mutilaron con las armas toscas y afiladas a las que aún se aferraban sus manos muertas.

Vieron a un preso de una raza alienígena que Trig no conocía compuesto por dos cuerpos siameses, uno el doble de grande que el otro. El cuerpo pequeño ya había muerto y colgaba inmóvil mientras el grande lo mecía suavemente como si fuera su propio hijo, sollozando e intentando respirar. Ni siquiera los miró cuando pasaron a su lado.

Vieron a un droide de mantenimiento que charlaba animadamente con un soldado imperial muerto.

Vieron a dos guardias imperiales desplomados sobre un tablero de dejarik mientras las piezas se movían sin rumbo esperando instrucciones.

Al final encontraron un turboascensor y esperaron a que se abriese la puerta. En su interior había un par de guardias muertos, ambos armados y colocados en esquinas opuestas, con el torso destrozado y quemado por impactos de bláster, como si en su agonía final se hubieran disparado mutuamente. Kale los cogió por el mono naranja y los arrastró hasta el pasillo. Trig se alegró de que su hermano no le pidiese ayuda. Mirar los cuerpos era una cosa, pero tocarlos, levantarlos… arrastrar aquel peso muerto… era algo para lo que no se sentía preparado.

¿Y si alguna de aquellas manos frías e inertes lo agarraba?

¿Sería capaz de gritar?

Oyeron un chasquido a sus espaldas y Trig miró atrás. Pensó en Myss en la celda contigua a la suya, la celda que estaba vacía cuando miró dentro. Myss debió de salir corriendo justo después de que Wembly abriese las puertas. ¿Significaba aquello que Myss también era inmune? Trig se preguntó si los estaría siguiendo. Sólo porque no viese algo no significaba que no estuviese allí.

En el módulo de reclusión más alto oyeron un débil maullido, algo parecido a un llanto. Era un quejido infantil que expresaba un abatimiento que Trig reconocía en su propio corazón. Se detuvo y miró en la dirección de la que provenía el ruido.

—¿Oyes eso?

Kale negó con la cabeza.

—No es asunto nuestro.

—¿Y si necesita ayuda?

Kale lo miró con cansancio, pero no discutió. Echaron a andar por el pasillo dejando atrás más celdas llenas de presos muertos, y Trig volvió a recordar a los animales abandonados por sus dueños. Kale mantenía los blásters a media altura. El maullido se intensificó hasta que Trig se paró y miró dentro de la última celda de la fila.

En su interior había un joven wookiee en cuclillas. Era mucho más pequeño que Trig, casi un bebé. Estaba agachado sobre los cuerpos de quienes habían sido su familia, dos adultos y una hermana mayor. Se cogía la cara con las manos y se rodeaba con los brazos como simulando un abrazo.

—Mira esto —murmuró Kale.

Trig miró lo que su hermano le señalaba. La enfermedad había afectado a los wookiees de forma diferente. La lengua se les había hinchado hasta alcanzar una proporción grotesca, como si fuera el fruto maduro de su boca, y la garganta se les había abierto por completo, dejando los músculos al descubierto. Cuando el pequeño wookiee alzó la vista y vio a Trig y a Kale en la entrada de la celda sus ojos azules se inundaron de miedo.

—No pasa nada —dijo Trig suavemente—. No vamos a hacerte daño. —Miró a Kale—. Debe de ser inmune, como nosotros.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Espera aquí.

Trig echó a correr por el pasillo hasta llegar al puesto de guardia. La puerta estaba abierta y parecía como si el guardia lo hubiera abandonado para arrastrarse y morir en privado. Nada más entrar en la cabina encontró el botón que abría las celdas, el mismo que Wembly había pulsado antes de morir para dejarlos salir de su módulo. Las puertas se abrieron y volvió junto a su hermano, que seguía mirando al joven wookiee.

—Vamos —le dijo Trig—. Ahora eres libre.

El wookiee se quedó allí mirándolos. Ya había dejado de sollozar, pero en cierto modo su silencio era aún peor. Aquélla era una lección que Trig ya había aprendido: el silencio siempre es peor.

—No puedes quedarte aquí. —Trig le tendió la mano—. Ven con nosotros.

—Cuidado —le advirtió Kale—, podría arrancártela si…

—No pasa nada —dijo Trig dejando la mano donde la tenía—. No te haremos daño.

—Mira… —suspiró Kale.

—Está solo.

—Y es obvio que quiere seguir estándolo, ¿no?

Durante un momento el wookiee los observó con cautela, como si al igual que el BLX de Wembly estuviese considerando la oferta. Trig esperó a ver si pasaba algo. Al final, sin embargo, el wookiee se echó hacia adelante, cogió los brazos muertos de sus padres y los apretó contra su pequeño cuerpo. No volvió a mirar a Kale ni a Trig, ni siquiera cuando dieron media vuelta y se marcharon.

Estaban en la otra punta del pasillo cuando lo oyeron gritar otra vez.

Trig se quedó helado y se le erizó todo el vello. Aquel simple sonido hizo que todo su cuerpo se cubriera de una capa de hielo medio derretido y resbaladizo. El aire se depositó en sus pulmones y quedó atrapado bajo su garganta. Los gritos del wookiee continuaron resonando, gritos ahogados y agónicos mezclados con el sonido horrible y babeante de alguien comiendo.

Los gritos cesaron, los gruñidos continuaron, ávidos y desalentados, sorbiendo y masticando. Su mente voló hacia Aur Myss en la celda de al lado, los susurros y las risas y la sensación de que los había estado siguiendo.

«Pero eso es imposible. Myss está muerto. Lo has visto con tus propios ojos.»

—¿Qué es eso? —susurró.

—No es asunto nuestro. —Kale le cogió la mano—. No te detengas.

CAPÍTULO 17
TISA

El último paciente de Zahara murió aquella misma noche. Al final todo había sido muy rápido. La mitad eran humanos, y el resto seres de distintas especies alienígenas, aunque aquel dato no había supuesto ninguna diferencia. En los últimos momentos algunos no humanos habían vuelto a utilizar sus lenguas maternas, algunos le habían cogido la mano y le habían hablado con pasión —quebradamente, entre la tos incontrolable—, como si ella fuese un miembro de su familia o alguien querido, y ella los escuchaba y asentía aunque no entendiese una sola palabra.

En Rhinnal le habían enseñado que la muerte era algo con lo que uno acababa familiarizándose. Había conocido a muchos médicos que afirmaban haberse acostumbrado a ella, pero en cierto modo Zahara los encontraba espeluznantes, más distantes y mecánicos que los droides que trabajaban con ellos. Intentaba evitar a esos médicos de mirada clínica y fría.

Basura le comunicó las últimas muertes con un tono neutro que nunca le había oído, una falta de empatía tan peculiar que se preguntó si lo habrían programado para los peores casos. Quizá aquello era lo que se entendía por compasión en el mundo de los droides.

Entonces, con una voz casi lastimera, el 2-1B añadió:

—También he finalizado con su análisis de sangre.

—¿Y?

—Obviamente es inmune al agente patógeno. Lo que quiero decir es que creo que he conseguido analizar y sintetizar el gen inmune de su estructura química.

Lo miró fijamente.

—¿Has encontrado la cura?

—No una cura necesariamente, sino una especie de antivirus, si es que nos enfrentamos a algo de naturaleza viral, algo que puede administrarse por vía intravenosa. —El droide mostró una jeringuilla llena de un fluido claro y miró la enfermería llena de camas en las que reposaban cuerpos inertes—. Si hay algún superviviente en la barcaza, debería inyectarse esto lo antes posible.

Zahara miró la aguja, de cuya punta manaba la salvación tardía. Debería sentirse aliviada. Y quizá lo haría más tarde. Pero su primera reacción a la noticia —«si hay algún superviviente en la barcaza»— fue una profunda sensación de fracaso personal, que se manifestó en forma de pesadez en las piernas y el estómago. La salud de la barcaza, de los presos y del personal, había sido responsabilidad suya. Lo que había ocurrido allí en las últimas horas era impensable, un fracaso de tal magnitud que sólo era capaz de ver a través de su propia culpabilidad. Sartoris se había burlado de ella, pero tenía razón. Nunca podría olvidarlo.

«No hay tiempo para la autocompasión —dijo una voz en su cabeza—. Tienes que encontrar a los supervivientes lo antes posible.»

Como de costumbre, la voz tenía razón. Se permitió el lujo de reconocerlo y enterró aquella oscura sensación en su estómago. Para su sorpresa, se acalló, o más bien explotó como una burbuja.

—Volveré en cuanto pueda.

—¿Doctora Cody? —Basura parecía alarmado—. ¿Adónde va?

—Al puesto de mando. Tengo que hacer un análisis biológico de la barcaza para localizar a los posibles supervivientes.

—La acompañaré.

—No —dijo—, tienes que quedarte aquí en caso de que alguien más necesite tratamiento. —Y al percibir la reticencia del droide añadió—: Es una orden, Basura, ¿lo entiendes?

—Sí, por supuesto, pero dadas las circunstancias me sentiría mucho más cómodo si simplemente me permitiese…

—No pasará nada.

—Sí, doctora.

—Busca supervivientes —dijo, y salió por la puerta.

* * *

No tuvo que ir muy lejos para darse cuenta de que la idea de encontrar supervivientes era más bien remota.

Pasaba sobre los cuerpos y los esquivaba, respirando por la boca cuando el olor se hacía insoportable. Casi inmediatamente deseó haber permitido a Basura acompañarla. El cotorreo del droide lo habría hecho todo más llevadero.

Llegó al puesto de mando, atravesó la puerta y se preparó para lo que allí pudiera encontrar. La tripulación de la *Purga* no había abandonado sus puestos ni siquiera para morir. Los cadáveres del piloto y del copiloto, dos condenados a muerte que no había llegado a conocer, yacían en sus asientos. Tenían la boca abierta y la carne gris verdosa empezaba a despegarse de los huesos. Cuando Zahara se acercó a ellos, el panel de mando de la barcaza la detectó inmediatamente. Empezó a parpadear y se oyó una voz computerizada que salía de algún altavoz oculto.

—Identificación, por favor. —La voz se había sintetizado para que sonase como la de una mujer, seria pero agradable, y Zahara intentó recordar cómo la llamaban los guardias. Entonces se acordó: Tisa. Corría el rumor de que en los vuelos más largos habían pillado a varios guardias hablando con ella a altas horas de la noche.

—Aquí la oficial médico jefe Zahara Cody.

—Gracias —dijo Tisa—. Procediendo al análisis de retina. —Hubo una pausa, quizá unos cinco segundos, y sonó un pitido de aprobación—. Identificación confirmada, doctora Cody. Esperando órdenes.

—Haz un análisis biológico de la barcaza —dijo.

—Recibido. Procediendo al análisis. —Se encendieron unas luces—. Análisis biológico finalizado. Barcaza prisión imperial *Purga*, último censo de presos y personal administrativo, quinientos veintidós según el…

—Dime sólo cuántos quedan.

—En este momento el censo de formas de vida activas asciende a seis.

—¿Seis?

—Correcto.

—Eso es imposible.

—¿Quiere que vuelva a calibrar las variables del sensor biológico?

Zahara guardó silencio y consideró las opciones.

—¿Cuáles son esas variables?

—La lectura positiva de formas de vida se basa en interpretaciones algorítmicas de las ondas cerebrales, la temperatura corporal, el movimiento y el ritmo cardíaco.

—¿Y qué hay de las especies alienígenas cuya temperatura corporal o pulso no encajan con esos parámetros? —preguntó Zahara—. No aparecerían en el análisis, ¿verdad?

—Negativo. Los parámetros del sensor se calibran constantemente para incorporar los rasgos fisiológicos de cada miembro de la población reclusa. De hecho, los estándares actuales reflejan de forma exacta el censo de formas de vida con un margen del cero coma cero, cero, uno por ciento de…

—¿Dónde están? —preguntó Zahara—. Los seis.

La holopantalla de Tisa se iluminó para trazar un diagrama transparente y tridimensional de la barcaza. Parecía mucho más limpia en miniatura, delineada con trazos finos y perfectos, el sueño de cualquier dibujante amante de la geometría. El puesto de mando ocupaba el nivel superior. En uno de los extremos, elevándose como un periscopio, se encontraba el pozo retráctil de acoplamiento que seguía conectándolos al destructor. En la otra punta del puesto de mando, una ancha pasarela conducía al nivel administrativo inferior, flanqueado a babor y estribor por las cápsulas de salvamento de la barcaza. El comedor, la enfermería y las dependencias de los guardias ocupaban el extremo más apartado del mismo nivel, y debajo se encontraban los seis estratos individuales que conformaban el complejo de presos comunes. Zahara sabía que si bajaba más se encontraría con una serie de escotillas biseladas que conducían a innumerables subniveles, incluyendo las celdas de aislamiento más profundas.

Localizó las seis luces parpadeantes distribuidas por el conjunto de la nave.

—El censo de formas de vida actual —informó Tisa— indica una lectura activa en el puesto de mando, una en el nivel administrativo, dos en la zona de presos comunes, módulo de detención uno, y dos en aislamiento.

Aislamiento. Ni siquiera lo había pensado hasta aquel momento. Reservado a los presos más peligrosos de la barcaza, un refugio para maníacos *y* peligros potenciales, era el único lugar en el que la enfermedad no había tenido la oportunidad de extenderse. La cuestión era si debería arriesgarse a ir allí abajo sola. Obviamente había armas de sobra

por todas partes, pero no le entusiasmaba la idea de liberar a dos de los peores presos del alcaide Kloth para luego dispararles en cuanto la atacaran.

Aun así, ¿qué opción le quedaba?

—Ponme con la enfermería.

—Recibido —dijo Tisa, y el monitor que se encontraba sobre el holograma se iluminó para mostrar el centro médico.

En una esquina de la pantalla Zahara vio a Basura caminando de una cama a otra, retirando los monitores al último» fallecido, extrayendo goteros y respiradores. Hablaba consigo mismo en voz muy baja, casi inaudible. Quizá repasase los datos del diagnóstico, pero de repente verlo de aquella forma le resultó inexplicablemente triste.

—Basura.

El 2-1B se paró y miró la pantalla.

—Ah, hola, doctora Cody. ¿Ha ido bien el análisis?

No estaba segura de cómo responder a aquello.

—Voy a bajar a la zona de aislamiento. ¿Puedes reunirte conmigo allí?

—Sí, por supuesto. —Hizo una pausa—. ¿Doctora Cody?

—¿Sí?

—¿Cuántas formas de vida quedan?

—Seis.

—Seis —repitió el droide en un tono carente de matices—. Ah. Entiendo. —Durante un momento observó la enfermería llena de cuerpos. Todos los pacientes habían muerto en su guardia, a pesar de todos los esfuerzos que habían hecho. Volvió la vista a la pantalla—. Bueno, supongo que nos veremos allí.

—Hasta luego —dijo, y cortó la comunicación.

CAPÍTULO 18
AISLAMIENTO

Zahara salió del puesto de mando, cogió el turboascensor y se dirigió directamente al nivel más bajo de la barcaza. Casi nunca descendía a las profundidades. Quizá una vez o dos desde que trabajaba allí, para tratar a presos que estaban demasiado enfermos o eran demasiado peligrosos para subirlos a la enfermería. Lo único que había debajo era el subnivel mecánico y el de mantenimiento, los estrechos dominios de los droides sin ojos que jamás veían la luz del día.

Las puertas del ascensor se abrieron y la dejaron en un pasillo desnudo donde los cables colgaban de las vigas metálicas superiores. Zahara entrecerró los ojos para apreciar mejor los detalles. Por lo que parecía, el circuito eléctrico principal no funcionaba muy bien allí abajo. Sobre su cabeza silbaba una rejilla de ventilación que dejaba escapar una corriente de vapor continua. El aire estaba cargado y olía como el aliento rancio de un paciente terminal. No vio indicios del 2-1B por ninguna parte y se preguntó si debería seguir avanzando sin él. Lo cierto era que poco importaba si no había más supervivientes que…

—¡Ah! —gritó en voz alta saliendo de su ensimismamiento. Tropezó y se apoyó en la pared húmeda del pasillo, pero la mano le resbaló y a punto estuvo de caer de bruces.

Había tropezado con los cadáveres de los guardias. Contó cinco, tendidos como en un retablo desgarrador. Todos llevaban trajes de aislamiento y mascarillas a excepción de uno, un guardia joven que Zahara reconoció porque un mes antes había pasado por la enfermería aquejado de una irritación cutánea leve. Le había caído bien y en seguida habían empezado a charlar. Recordaba que le había hablado de su mujer y de sus hijos, que vivían en Chandrila.

Al mirar su cuerpo, Zahara vio que sostenía en la mano una hoja de flimsiplast enrollada. Se arrodilló para cogerla y empezó a leer:

Kai:

Sé que os dije a ti y a los niños que después de este viaje volvería a casa. Pero eso no va a pasar. Siento deciros que algo va mal en la barcaza. Todo el mundo está enfermando y nadie sabe por qué. Ya han muerto casi todos. Al principio pensé que no me pasaría nada, pero ahora creo que yo también estoy enfermo.

Lo siento, Kai. Sé que esto será difícil para los niños. ¿Les dirás que su padre los quiere, por favor? Siento muchísimo que las cosas hayan acabado así, pero diles que fui un buen soldado, que no fui un cobarde y que nunca tuve miedo.

Y te quiero con todo mi corazón.

Al final el guardia había intentado escribir su nombre, pero su caligrafía era ya tan ilegible, probablemente porque le temblaba la mano, que la firma era poco más que un garabato.

Zahara dobló la nota y se la guardó en el bolsillo del pecho, junto al vial del antivirus. Cogió la tarjeta de acceso del uniforme del guardia y echó a andar hacia donde apuntaba una señal que rezaba aislamiento. Entonces se detuvo. ¿Dónde estaba Basura? Le había dado tiempo de sobra al 2-1B para bajar hasta allí y normalmente era muy…

«Le ha pasado algo.»

Era otra vez aquella voz, la que hablaba dentro de su cabeza, la que nunca se equivocaba. Se preguntó si debía continuar, si debía haber bajado allí, para empezar.

«Ya has llegado hasta aquí.»

Con muchos reparos se agachó para coger el bláster de las manos de un guardia muerto. Estaba frío y pesaba más de lo que recordaba. Zahara había recibido entrenamiento militar básico antes de embarcarse y era capaz de reconocer el mecanismo de seguridad para volver a poner el bláster en modo de aturdimiento.

Había tres celdas individuales.

Cada una de ellas tenía una puerta metálica maciza gris mate del tamaño de un ataúd. También había un teclado de control *y* una ranura para introducir la tarjeta arriba a la derecha.

Zahara se acercó a la primera puerta. Se dio cuenta de que había dejado de respirar. Sentía el cuerpo ingrávido, como si no tuviese piernas. Por un segundo pudo percibir el aroma cálido *y* cobrizo del miedo que rezumaba de su cuerpo, como para recordarle de una forma desagradable e innecesaria lo poco que disfrutaba de todo aquello.

«No tienes que hacerlo.»

«Sí», decidió, e introdujo la tarjeta de acceso en la ranura. Le temblaba la mano y le llevó un momento alinearla correctamente para deslizaría.

La puerta empezó a abrirse.

Levantó el bláster y apuntó hacia la penumbra. La luz exterior perfilaba su contorno en el interior de la celda como si fuera una silueta de tela negra meticulosamente recortada con unas tijeras muy afiladas. Entornó los ojos y vio un banco desocupado y una mesa, pero, por lo demás, el silencioso cubículo de dos por dos estaba completamente vacío.

Allí no había nadie.

Retrocedió y se dirigió hacia la segunda celda, introdujo la tarjeta y…

En el interior de la celda resonó un alarido de sorpresa e ira. Zahara se tambaleó hacia atrás; de repente el bláster se le soltó torpemente de la mano y fue incapaz de encontrar el gatillo mientras el ocupante de la celda avanzaba hacia ella. Aquella cosa era enorme, tan grande que tuvo que encoger y retorcer los hombros para pasar por la puerta de la celda, tenía dientes afilados y unos ojos que disparaban destellos de inteligencia.

Zahara fue dando tumbos hacia atrás e intentó decir «Espera», pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Era como intentar gritar en sueños, como intentar forzar las palabras usando unos pulmones sofocados.

La criatura se paró directamente frente a ella y levantó su cabeza greñuda, quizá al ver el bláster. Se dio cuenta de que era un wookiee, y al mismo tiempo se percató de que

en el interior de la celda quedaba alguien que daba golpes y gritaba al otro lado de la pared.

—Espera —dijo, esta vez claramente. Levantó el bláster—. No te muevas.

El wookiee gimió. Zahara levantó la tarjeta y se preguntó cómo iba a arreglárselas con dos convictos acorralados y un solo bláster. Pero ya era demasiado tarde.

La puerta de la última celda se abrió e inmediatamente vio que en su interior había alguien de pie. Zahara miró al wookiee, pero no se había movido de donde estaba. Al volver la vista al otro convicto se dio cuenta de que estaba mirando a un hombre de cabello oscuro que rondaba los treinta años vestido con el espantoso uniforme de la prisión. La miraba con ojos oscuros e interrogadores.

—¿Qué está pasando aquí?

—Soy la doctora Cody —dijo—, oficial médico jefe. Ha habido…

—Entonces ¿no nos traes la cena?

—¿Qué? No. —Esperaba hostilidad, confusión o desdén, pero la actitud arrogante del preso la puso de los nervios—. Me temo que se ha producido un incidente. —Levantó el bláster. El wookiee echó la cabeza hacia atrás y emitió un bramido profundo e inquieto que pareció sacudir el aire que la rodeaba.

—Vale, vale —dijo el hombre—. Baja el bláster, ¿de acuerdo? Estás poniendo nervioso a Chewie.

—¿Chewie?

—Chewbacca, mi copiloto —aclaró el hombre de cabello oscuro mientras avanzaba para que ella pudiese verle mejor la cara y su media sonrisa ladeada—. Soy Han Solo.

CAPÍTULO 19
CÁPSULA

Cuando encontraron la cápsula de salvamento, Trig estaba seguro de que los seguían.

Oía a alguien respirar detrás de ellos y, ocasionalmente, el ruido de los pasos torpes de algo que los seguía por el pasillo central del ala administrativa sin preocuparse lo más mínimo por ser sigiloso. A veces se oían pequeños arañazos. Otras veces sólo era una respiración.

Ni siquiera tuvo que decirle nada a Kale. El también lo sabía. Y más que reconfortarlo, aquella certeza común y tácita tenía el paradójico efecto de acelerar el pánico que empezaba a apoderarse del sistema nervioso de Trig; era como si no sólo tuviese que enfrentarse a su propia aprensión, sino también a la de su hermano.

Al fin vieron la cápsula de salvamento, justo frente a ellos, en la pared exterior.

—Aquí está. —Kale no se molestó en disimular su alivio al levantar la escotilla de la cápsula—. Vamos, adentro.

Trig obedeció.

—No hay mucho espacio.

—Para nosotros hay de sobra. —Kale entró detrás de él y miró los controles—. Ahora tenemos que averiguar cómo salir de aquí.

—¿Puedes activarla?

—Claro.

—No tienes ni idea de lo que estás haciendo, ¿verdad?

—¿Puedes dejarme pensar un segundo? —Kale cerró el puño y se mordió los nudillos mientras observaba el panel de controles—. Creía que estas cosas eran automáticas, pero…

—¿Qué tenemos aquí? —dijo una voz detrás de ellos.

* * *

Era Sartoris.

Estaba allí, de pie, con un bláster en cada mano y mirándolos con la misma cara de desagrado que había puesto Trig al verlo. Por su postura, Trig comprendió intuitivamente que había algo entre ellos y aquel hombre, algo que Sartoris sabía sobre ellos y su padre y que él aún desconocía. Sin embargo, percibió una inquietud profundamente personal que afloraba en la cara del guardia y que se desvanecía igual de rápido, como un aliento exhalado contra un cristal.

—Fuera —dijo Sartoris con sequedad.

—¿Qué? —Kale frunció el ceño y negó con la cabeza en señal de incredulidad.

—Ya me has oído. Andando. —Sartoris giró el cañón de uno de los blásters hacia Trig—. Tú también.

—Hay sitio de sobra para los tres.

—Claro. —Sartoris esbozó una sonrisa sin rastro de humor alguno que no mejoró la hosquedad de su expresión—. Y estoy seguro de que estaríamos muy cómodos los tres juntitos. Pero ése no es el plan. Así que largo de aquí. —Seguía apuntándolos con los blásters—. ¿A qué estáis esperando?

—¿Vas a dejarnos morir aquí? —preguntó Kale.

—Mira, chaval, por lo que a mí respecta puedes correr desnudo por el comedor. La única razón por la que no os he disparado es porque tendría que cargar vuestros cadáveres para sacarlos de la cápsula de salvamento, así que ¿por qué no me ahorráis ese trabajo?

—No lo entiendes —insistió Trig—. Hay algo dentro de la barcaza y aún está vivo. Nos ha estado siguiendo. Si nos dejas aquí…

—Hijo, ya estoy más que aburrido de oírte hablar.

Sartoris le apuntó a la cara. La boca del cañón se veía enorme, negra e interminable, y Trig se sintió como si todo su cuerpo fuera a desaparecer. Tras lo que parecieron años luz, notó cómo su hermano le ponía una mano en el hombro y lo arrastraba con él.

—Vamos —dijo la voz de Kale.

Trig todavía se sentía ingrávido y se dejó llevar hacia el exterior de la cápsula. Mientras salía dando tumbos, vio que Sartoris se sacaba un objeto negro del bolsillo y lo deslizaba en el sistema de navegación de la cápsula. Ya se había olvidado de ellos. Eran un problema que ya no le concernía.

La escotilla se selló con un silbido prácticamente imperceptible. Después se oyeron los golpes sordos de los pernos soltándose y la cápsula desapareció, eyectada, dejando a Trig y a Kale observando el vacío que había ahora en su lugar.

Kale carraspeó. Tras una larga pausa pareció recordar que Trig estaba a su lado.

—Eh, todo saldrá bien —intentó animarlo.

Trig lo miró. No sólo se sentía ingrávido, sino transparente, como si apenas estuviese allí. Era como si alguien le hubiese aspirado el alma y le hubiera absorbido toda la esperanza.

—Vamos —dijo Kale—. Tengo una idea.

CAPÍTULO 20
EL DÍA DE LA VIDA

Zahara no tardó más de un minuto en darse cuenta de que Han Solo, quienquiera que fuese, era uno de los presos más inusuales que había conocido. Y acabó de convencerse cuando intentó explicarle qué había pasado a bordo de la barcaza y en qué medida tanto él como el wookiee necesitaban su ayuda si querían seguir con vida.

—A ver, a ver, a ver… —dijo Han haciendo aspavientos con una mano delante de la cara de la doctora—. ¿Estás diciendo que en este cubo de basura ha muerto todo el mundo menos nosotros? —Miró al wookiee como para confirmar lo que había oído—. ¿Tú te lo tragas?

El wookiee emitió un rugido grave y lastimero. Zahara no sabía mucho shyriiwook, pero gran parte de lo que había entendido tenía que ver con el tono de voz, y el de Chewbacca reflejaba, simple y llanamente, incredulidad.

—Ya —asintió Han—, yo tampoco. —Volvió a mirar a Zahara—. ¿Es lo mejor que se te ha ocurrido, doctora, o quieres probar con otro cuento?

—En seguida lo descubriréis por vosotros mismos. La infección, un tipo de virus, tiene una tasa de mortalidad estimada del noventa y nueve coma siete por ciento.

—Parece que un droide le ha soplado las estadísticas a alguien. —Han dio un paso atrás para mirarla bien por primera vez y esbozó una amplia sonrisa de aprobación—. Aunque debo decir, doctora, que, bien mirado, pareces estar en plena forma.

Zahara notó cómo se ruborizaba.

—Soy… inmune.

—Bueno, supongo que nosotros también, ¿no?

—Es posible, pero lo dudo.

—Entonces ¿cómo es que seguimos vivos?

—Habéis estado completamente aislados. Sin embargo, ahora que habéis salido y os habéis expuesto tengo que inyectaros el antivirus. —Sacó la jeringuilla del bolsillo y el kit médico básico que llevaba con ella a todas partes—. Será sólo un segundo. Necesito que extendáis el brazo y…

Al ver la aguja, el wookiee gruñó. Aquel sonido penetró directamente en la cavidad torácica de Zahara y por segunda vez vio el destello de sus dientes, unos incisivos brillantes, y captó un olor animal procedente de su pelo o de su aliento. Dio un paso atrás.

—Lo necesitas —insistió y se volvió hacia Han—. Los dos lo necesitáis.

Han negó con la cabeza.

—Por grandes que sean, a los wookiees no les gustan las agujas. Y a mí tampoco.

—Soy médico.

—Sí, bueno, quizá deberías mejorar tu trato con los pacientes. —Echó una ojeada al arma que aún empuñaba—. ¿O es que la medicina a punta de bláster se ha convertido en el procedimiento estándar del Imperio?

—Era sólo por precaución. No podemos quedarnos aquí discutiendo. Ya ha muerto demasiada gente.

—Mira, doctora, yo… —Han empezó la frase y se calló de repente. Al mirar hacia atrás para seguir el recorrido de sus ojos, Zahara se dio cuenta de que observaba fijamente una pierna que asomaba por la esquina, la de uno de los guardias sobre cuyos cuerpos había pasado para llegar hasta allí. Han estiró el cuello un poco más y Zahara se dio cuenta de que también había visto el resto de los cadáveres.

Cuando volvió la vista hacia ella, su expresión desafiante había desaparecido y la había sustituido otra cosa, no necesariamente miedo, sino una clara conciencia de lo que lo rodeaba. Miró a Chewbacca, y el wookiee olfateó el aire y emitió un alarido de impaciencia desde las profundidades de su garganta.

—Sí —murmuró Han—. Yo también. —Y después le dijo a Zahara a regañadientes—: No es que me entusiasmen las opciones que tengo, doctora.

—Por favor —dijo aguantándole la mirada—. Lo necesitáis.

Han se levantó la manga de la camisa. Zahara se dio cuenta de que no sería capaz de sujetar el rifle bláster mientras lo inyectaba. Lo dejó en el suelo y le dio una patada para sacarlo de la celda, hacia el pasillo; después cogió el brazo de Han, se lo desinfectó y lo pinchó con la aguja. Han se estremeció cuando ella apretó el émbolo.

—Lo habrás probado, ¿verdad?

—La verdad es que eres el primero.

—¿Qué? —Los ojos de Han se abrieron como platos.

—Tranquilo —dijo Zahara—. ¿Qué tal respiras?

—Te lo diré dentro de un minuto —respondió—, si no me muero antes.

Zahara intentó en vano evitar que la preocupación se reflejara en su rostro. Había confiado instintivamente en los análisis del antivirus de Basura, pero eso no quería decir que no existiese un margen de error, y quién sabía cómo interactuaría con la estructura química única de cada individuo y cómo funcionaría con una especie completamente diferente, una no humana.

Sin embargo, la alternativa era dejar que Chewbacca se infectara, y no estaba completamente segura de que el antivirus pudiera suponer alguna diferencia en aquel momento.

Se volvió hacia el wookiee.

—Te toca.

Chewbacca estiró el brazo. Encontrar una vena en un wookiee siempre era un reto, pero detectó una bajo la espesa mata de pelo e introdujo la aguja. Rugió, pero no se movió.

—Ya está —dijo—, ahora podemos…

El wookiee gritó.

Lo primero que notó Chewbacca fue el dolor de los jóvenes. Se apoderó de él desde todas partes a la vez, como un treno de voces heridas que lo asediaban por todos lados. No sabía qué significaba, excepto que algo malo había ocurrido a bordo de la barcaza y

que ahora también lo estaba afectando a él. Sintió con horror que formaba parte de él, que era cómplice de aquellos crímenes atroces, debido a la inyección que le había puesto aquella mujer. La enfermedad que le había implantado bajo la piel estaba viva y reptaba en su interior como una mancha gris que le subía por el brazo hasta el hombro y la garganta para asomarse en su boca y susurrar: «Sí, hiciste esas cosas, sí, eres esas cosas».

¿Las había hecho? ¿Les había hecho daño?

Pero no podía ser cierto. La doctora no lo había envenenado; le había inyectado una cura. Entonces, ¿por qué sentía tanto dolor y por qué seguía oyendo gritar a los jóvenes?

Tuvo la sensación de que el cráneo se le llenaba de líquido y bloqueaba su sentido del olfato. Pero su oído era más agudo que nunca. Las voces le gritaban, pero ya no le suplicaban, sino que lo acusaban de atrocidades indescriptibles, y cuando se miró las manos vio que las tenía llenas de sangre y notó en la boca un sabor salado y desagradable.

La enfermedad estaba dentro de él.

Y la enfermedad quería comer.

Rugió más alto y se puso a dar golpes para intentar alejarla, pero ya estaba anclada en su interior, adentrándose en su memoria, reviviendo detalles que no había recordado en casi doscientos años.

Oyó los antiguos cánticos del Día de la Vida que se entonaban en Kashyyyk, vio caras: la del viejo Attichitcuk, la de Kallabow, la de su amada Malla… Sólo que sus rostros estaban cambiados, se derretían y se estiraban, la boca les colgaba de una forma rara esbozando una sonrisa despectiva. Los ojos de su padre destellaron al ver toda la vergüenza que había intentado ocultar. Sabía que ahora llevaba la enfermedad en su interior y qué le obligaría a hacer a los pequeños. Sabían que él los masacraría en sus celdas para luego darse un festín con sus húmedas entrañas, engulléndolas sin molestarse en masticarlas, sometido a la enfermedad y a su apetito. Vieron que la enfermedad no podía saciarse, que quería seguir matando y comiendo hasta que no quedase nada más que la sangre que lamería directamente de los suelos de frío duracero. Dijeron: «Éstos son los auténticos cánticos del Día de la Vida, estos cánticos son comer y matar, comer y matar».

«No, no es cierto. No.»

Gritó más fuerte, un rugido ensordecedor, al menos en su propia mente, y notó que el olvido de la enfermedad se abalanzaba sobre él, y se sintió aliviado porque tenía una oportunidad para esconderse, para alejarse de todo aquello que estaba experimentando. No intentó escapar; corrió hacia ella con impaciencia.

* * *

Zahara saltó hacia atrás poniendo instintivamente las manos delante para protegerse. El brazo de Chewbacca dio un golpe a ciegas con la jeringuilla aún colgada y la aguja salió disparada a través de la celda como un dardo mal lanzado, impactó en la pared y

desapareció en la penumbra. Si no se hubiera agachado, el brazo del wookiee le habría roto el cuello.

—Eh, colega, tranquilo —dijo Han acercándose a él—. Chewie, sólo es…

Chewbacca se volvió contra él con un fuerte alarido y Han retrocedió, frunció el ceño y miró a Zahara.

—¿Qué le has hecho?

—Nada, le he puesto lo mismo que a ti.

—A lo mejor no funciona igual en su especie, ¿no lo habías pensado? —Volvió la vista a Chewbacca, pero la expresión de wookiee ya era totalmente extraña, hostil, y sus ojos resultaban irreconocibles. Parecía confuso, asustado y listo para enfrentarse a cualquier amenaza que percibiese cerca. Zahara volvió a sentir el aroma animal que había percibido antes, sólo que ahora era más intenso, casi sobrecogedor, como si una de las glándulas de su metabolismo hubiese empezado a segregar hormonas de violencia en su cerebro. Rugía sin parar.

Entonces Zahara vio la tumefacción. Le afectaba a la garganta, haciendo que se le hinchase, y lo que ella había clasificado como rugidos eran en realidad una serie de inspiraciones sofocadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Han—. ¿Qué le está pasando en el cuello?

Zahara no contestó. No era capaz de ordenar sus pensamientos de forma coherente y sólo tenía claro que se las había arreglado para encontrar a los últimos supervivientes de la barcaza y ayudar a la enfermedad a hacer su trabajo de forma más efectiva.

Se concentró y barajó las opciones: o bien el antivirus había debilitado la inmunidad del wookiee al patógeno o la misma enfermedad se había hecho más agresiva en las últimas horas, acortando su período de incubación de horas a minutos. En cualquier caso…

Chewbacca cayó de rodillas mientras se agarraba la cabeza con las manos y se balanceaba adelante y atrás emitiendo una serie de espeluznantes alaridos apagados y gorgoteantes. Cuando volvió a levantar la cabeza tras un esfuerzo monumental, Zahara vio que la ira se borraba de su rostro. Pero sólo fue un efecto secundario del oxígeno. Su mirada se mantenía firme, aunque sus enormes hombros cayeron hacia adelante, abandonando el cuerpo entero a la gravedad hasta que se desplomó.

Zahara se agachó.

—Ayúdame a darle la vuelta.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hazlo.

Han cogió el hombro de Chewbacca y Zahara le levantó la cadera para dar la vuelta al gran cuerpo del wookiee y ponerlo boca arriba. Puso la mano detrás de la peluda cabeza, bajo el cuello, y se la levantó.

—Busca la jeringuilla.

—Ni hablar. —Han negó con la cabeza—. No le vas a poner ni una gota más de eso.

—¿Quieres salvar a tu amigo? ¡Pues busca la maldita jeringuilla!

Han se paró un momento para asimilar todo aquello y a continuación se dirigió a una de las esquinas de la celda refunfuñando entre dientes. Zahara entendió que si quería salvar al wookiee tendría que conseguir que Han la creyera. Si no lo hacía, si intentaba interferir, no podría hacer otra cosa que procurar que Chewbacca estuviese cómodo hasta su muerte.

Han volvió poco después con la jeringuilla en la mano.

—Espero que…

Zahara la cogió, vació el antivirus que quedaba y echó la cabeza de Chewbacca hacia atrás para buscar la vía respiratoria atascada. Con cuidado de no tocar las arterias, introdujo la jeringuilla vacía, notó un «pop» al tocar la bolsa de fluido y la absorbió. «Los droides no pueden hacer esto —pensó—. No hay un solo droide en el mundo que se atreva a intentar algo así.»

«Y seguramente por un buen motivo.»

Un líquido gris rosado empezó a llenar la jeringuilla. Han no dijo nada, pero Zahara lo oía tragar saliva con dificultad. Vació la jeringuilla, la volvió a introducir y siguió absorbiendo el fluido.

Tras tres jeringuillas, la hinchazón empezó a disminuir.

* * *

Los gritos se intensificaron en la cabeza de Chewie.

«¿Cuáles son los auténticos cánticos del Día de la Vida?»

«Estoy dentro de ti —susurró la enfermedad—. Cantarás la canción que te enseñe y esos cánticos son matar y comer. Y los entonarás mientras esté dentro de ti. Mientras siga hambrienta, y siempre estoy hambrienta, y siempre cantarás mis canciones.»

«Sí —le dijo Chewbacca, y sus pensamientos fluyeron de la misma forma extraña en la que fluían cuando pensaba las cosas muy detenidamente—. Sí, estás dentro de mí. Entraste en mí cuando respiré nada más abrirse la puerta de la celda, como te respiró Han, que empezó a toser y a asfixiarse. Pero entonces la doctora nos dio la medicina.»

La enfermedad le gritó y se enfureció, pero no oyó nada más.

Notó que la presión de su pecho disminuía. Volvía a respirar, la hinchazón de su garganta había disminuido y permitía el paso del aire. La vista también se le aclaró y se estabilizó, permitiéndole ver a Han y a la doctora a su lado, con cara de preocupación.

«…son los auténticos cánticos del Día de la Vida…»

La fuerza que lo inundaba en aquel momento era la fuerza de su familia y de su hogar. Se sentó, pero no dijo nada. Todavía no se fiaba de su voz. Se miró las manos. Estaban limpias. Una oleada de alivio se apoderó de él y se sintió como cuando volvía a casa y se encontraba con rostros que lo reconocían y le daban la bienvenida. Los gritos se habían acallado. En el interior de la casa en la que había nacido alguien tocaba una canción.

* * *

—Con cuidado. —Zahara abrió un paquete de vendas y adhesivo e intentó taparle lo mejor que pudo el diminuto agujero que le había dejado en la garganta. No veía nada a través de tanto pelo, pero sus dedos sabían instintivamente dónde estaba—. Habrá que limpiarlo cuanto antes. ¿Cómo te encuentras?

Emitió un gruñido ronco y luego uno más intenso.

—¿Estás bien, colega? —preguntó Han, y cuando Chewie asintió miró a Zahara—. Has tenido mucha suerte —le dijo.

—Creo que la hemos tenido todos —respondió ella—. Si el antivirus funciona, los dos deberíais estar protegidos.

Ayudaron a Chewbacca a levantarse, lo que exigió toda la fuerza de los dos. Han lo miraba atentamente, preparándose para una recaída, pero el wookiee parecía aguantarse perfectamente en pie.

—¿Crees que puedes caminar, amigo? —preguntó Han.

Chewie emitió otro gruñido.

—Vale, de acuerdo —dijo Han—. Olvida que lo he preguntado.

* * *

—El turboascensor está por allí —dijo Zahara señalando en dirección a la esquina—. Podemos volver por ahí, pero tened cuidado de no pisar los…

Los tres se detuvieron.

—¿Qué ha pasado con los cuerpos? —preguntó Han—. ¿Y los guardias muertos?

Zahara pestañeó mientras miraba el suelo en el que habían yacido los cadáveres de los guardias. Los había visto con sus propios ojos.

Pero ya no estaban.

—A lo mejor no estaban muertos —dijo Han con reservas.

—Los examiné yo misma.

—Pues alguien se los habrá llevado. No sé. Droides de mantenimiento o algo así. —La miró—. ¿Tenemos que hablar de esto aquí?

Zahara se paró a pensar. Imaginó que quizá el 2-1B había bajado para reunirse con ella y había movido los cuerpos. Pero eso no tenía sentido. Se dio cuenta de que los blásters tampoco estaban, incluido el que ella había sacado de la habitación de una patada.

Le pareció oír un crujido en algún lugar de la penumbra, una especie de servo automático que cobraba vida en el interior de las paredes. De repente se dio cuenta de que Han tenía razón. Tenían que salir de allí lo antes posible.

—El turboascensor está por aquí —dijo.

Han y Chewie la siguieron y las puertas se cerraron para conducirlos a los niveles superiores.

—¿Adónde vamos?

—A la enfermería. Tengo que hablar con Basura.

—¿Quién es Basura?

—Mi droide médico.

—¿Y lo llamas Basura? ¿Como si fuese un desperdicio?

—Un desperdicio de espacio, un desperdicio de programación… —Se encogió de hombros. Lejos de aquel pasillo húmedo y plagado de sombras se sentía más relajada—. Empezó como una broma, pero al final se le ha quedado.

—¿Y no le molesta?

—Lo ve como un apelativo cariñoso —dijo, y al verbalizarlo se dio cuenta de que era cierto.

Han gruñó cuando el ascensor alcanzó el nivel de la enfermería y se paró. Zahara recordaba el pasillo con todo detalle. Estaba cubierto de cadáveres hinchados de guardias y soldados imperiales que habían muerto mientras esperaban para entrar en la enfermería; muchos de ellos se habían quedado pegados unos a otros con el fluido que habían segregado cuando finalmente cayeron derrumbados. Esperaba que Han dijese algo, quizá que se tapase la boca y se quedara allí parado un momento asimilándolo todo, como había hecho ella cuando lo había visto por primera vez.

El turboascensor se paró y las puertas se abrieron en el pasillo. Zahara se preparó para lo que les esperaba, pero una sensación distinta se apoderó de ella de una forma rápida e impactante que le hizo sentir las piernas pesadas y débiles al mismo tiempo.

Todos los cuerpos habían desaparecido.

CAPÍTULO 21
DESPERTARON

Han y Chewie siguieron a Zahara por el pasillo sin mediar palabra. A Han no le hacía ninguna gracia que Zahara los mirase continuamente por encima del hombro. Era muy guapa, lo reconocía, pero el miedo no le sentaba nada bien. Y ocultaba algo. En su experiencia, las mujeres y los secretos se mezclaban para dar lugar a algo de una volatilidad sólo ligeramente inferior a la de un reactor de fusión inestable.

—¿Está muy lejos? —preguntó.

No respondió y ni siquiera lo miró; sólo levantó la mano para darle a entender que se callara, que se pararan, o quizá ambas cosas. Han volvió hacia Chewie preguntándose cuánto tiempo se suponía que iban a seguir con aquello.

Ya llevaban mucho tiempo encerrados —meses, suponía— desde que los soldados imperiales habían abordado el *Halcón Milenario* para incautarse de la nave y su carga. Una lanzadera los había transportado hasta la barcaza: otro par de contrabandistas anónimos que no podían importarle menos a la galaxia.

Y aquello habría acabado allí si Han no se hubiera impacientado y no hubiese intentado escapar una semana antes durante una revuelta en el comedor perfectamente coreografiada. Había golpeado a un guardia de la prisión, Chewie había lanzado a un soldado imperial sobre una mesa y lo siguiente que recordaba era que todo estaba oscuro.

Muy oscuro.

Se había pasado la mayor parte del tiempo en el agujero especulando con lo que ocurriría después, si alguien iría a rescatarlos a Chewie y a él. Los contrabandistas eran gente de pocos amigos y estaba claro que los que podrían dar la cara por tipos como Han no existían. Por primera vez había empezado a preguntarse si Chewie y él estaban destinados a pasar lo que les quedara de vida en las angostas y oscuras mazmorras de una prisión.

Frente a él, la doctora se paró otra vez, se volvió y miró a través de una puerta abierta. Aunque nunca había estado allí arriba, Han supuso que sería la enfermería. Entró con ella, recorrió el interior con la mirada y luego volvió la vista a la doctora. Por la expresión de la cara de Zahara, Han se dio cuenta de que las cosas no estaban como las había dejado.

Todas las camas estaban vacías.

Todo el equipo médico, los monitores y las bombas de medicación seguían activos, parpadeando para sí mismos, pero los goteros, los tubos y los cables colgaban, y algunos goteaban y formaban charcos de medicamentos líquidos del tamaño de pequeños lagos. Las sábanas y las mantas estaban revueltas sobre las camas, manchadas de sudor y sangre, o tiradas por el suelo. Han se dio cuenta de que aquel silencio le agarrotaba los hombros y de que su mano derecha se sentía especialmente vacía sin el bláster que solía empuñar.

—No cabe un alfiler —ironizó.

Zahara negó con la cabeza.

—Estaba llena cuando me fui.

—No te ofendas, doctora, pero quizá la enfermedad también te esté afectando a ti.

—No lo entiendes —replicó—. Estaban todos muertos. Eran veinte o treinta, entre guardias y presos y los que estaban por el suelo. No los habría dejado aquí si aún hubiera podido hacer algo por ayudarlos.

—¿Dónde está el droide?

—No lo sé. —Levantó la voz—: ¿Basura?

El 2-1B no contestó. Han y Chewie la flanquearon y observaron las filas de camas vacías. Chewie gruñó y Han murmuró:

—Sí, yo también —Pisó una bata de hospital llena de sangre que parecía rota por la mitad y miró a Zahara—. Supongamos que tienes razón y que no queda nadie con vida. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Hay un destructor estelar.

Han estaba convencido de que había oído mal.

—¿Cómo dices?

—Lo tenemos encima. Por lo visto está abandonado. La barcaza se acopló a él para buscar piezas para reparar los propulsores y a partir de ahí todo empezó a ir mal. Ni siquiera sé si consiguieron arreglar los motores antes de que muriese el equipo de mantenimiento. Si no…

—Entonces, ¿esta enfermedad contagiosa procede del destructor?

Asintió.

—Pues será mejor que no nos acerquemos a él.

Zahara no le contestó. Se había agachado para examinar una extraña mancha de sangre de debajo de una de las camas. Al agacharse tocó algo —Han no sabía qué era— y lo sacó a la luz lentamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Han, y de repente se dio cuenta.

La mano era humana, la habían arrancado de cuajo, los huesos del antebrazo estaban rotos y parecía que los hubiese cortado un objeto romo. Le faltaban dos dedos, arrancados también de los nudillos. Zahara la observó sin mostrar ninguna emoción concreta.

—Era de un guardia —dijo Zahara.

—¿Cómo lo sabes?

Señaló un sello que llevaba en un dedo, «ACADEMIA OCI». La soltó y cayó al suelo con un ruido sordo.

A su espalda, al otro lado de aquella fila, Han oyó el rugido de Chewbacca.

—¿Doctora? —dijo Han—. Creo que hemos encontrado a tu droide.

* * *

Zahara dirigió la vista hacia donde estaba el wookiee, y en cuanto lo hizo se dio cuenta de que una lúgubre y pequeña parte de sí misma había esperado ese desenlace

desde el momento en que había bajado a la zona de aislamiento y no había encontrado a Basura allí.

El 2-1B yacía en el suelo hecho pedazos detrás de las últimas camas. Los brazos, las piernas y la cabeza habían sido desmontados y aplastados sistemáticamente. Le habían golpeado el torso y el panel de instrumentación parpadeaba, lánguido y errático, bajo la cogulla. Aún intentaba hablar y emitía sonidos incomprensibles a través del vocalizador.

—¿Doctora Cody? —dijo.

—Basura, ¿qué ha pasado?

—Lo siento. Ese modelo de prueba escrito en la pared búho. Era maravilloso. ¿Le gustaría volver a probarlo?

—Basura, escúchame —dijo agachándose junto a él—. Los pacientes, los cuerpos, ¿dónde están?

—Oye —intervino Han desde atrás—, será mejor que nos larguemos, ¿no? Este sitio…

—Shh… —susurró Zahara sin mirarlo y centrando su atención en el droide—. Los cadáveres, Basura —le urgió—, ¿se los ha llevado alguien?

—Lo siento. Ya no queda. No camina sin tres y dos lugares. Lo siento. Se ha hecho lo que se ha podido. —El 2-1B chasqueó y en el interior de sus procesadores inferiores saltó una chispa y se soltó una pieza—. Hemos de guardar el sagrado juramento de… —Se calló, le dio una especie de hipo y pareció recordar el sentido de lo que le habían preguntado—. Algo asombroso. Un milagro, en realidad. Maravilloso. —Y entonces brilló con más intensidad y dijo—: ¡Despertaron! —Se oyó un último chasquido interno aunque éste sonó más discordante, roto, y cuando volvió a hablar su voz sonaba densa y lenta—. Sólo… comían.

—¿Qué?

Los componentes del torso del droide parpadearon otra vez, pero no dijo nada más.

—Eh —dijo Zahara volviéndose hacia Han y Chewbacca—, ¿alguno de vosotros sabe algo de droides?

Pero Han y Chewie habían desaparecido.

CAPÍTULO 22
MAMPARO

La pintada del mamparo interior estaba escrita en delfaniano, pero Trig podía imaginar lo que decía. «Facción delfaniana. No pasar. Peaje de sangre.»

—¿Te quieres tranquilizar? —dijo Kale—. Myss está muerto. Todos están muertos.

Trig no sintió alivio. Al principio los cadáveres lo habían asustado, pero ahora era mucho peor no verlos. No habían visto ningún muerto más desde que Sartoris los había echado de la cápsula de salvamento.

Ahora, según el plano de Kale, atravesaban transversalmente el nivel administrativo. Inicialmente, Trig había pensado que se debía a la ruta oculta que estaban siguiendo, que descendía por unos estrechos pasadizos entre los conductos de las paredes, pero ahora se preguntaba por qué no habían visto ni un solo cuerpo.

—Aguántame esto. —Kale le tendió los rifles bláster—. Vamos allá. —Movió un panel suelto de la pared, se metió dentro y sacó un par de cargadores—. Justo donde papá los había dejado. —Metió la mano más adentro, tanteó un momento y sacó una pistola bláster—. Ten, tú lleva ésta.

—No la quiero.

—¿Te he preguntado si la querías?

Trig comprendió que su hermano tenía razón. Los siguiera algo o no iba a necesitar un arma. Insertó el cargador en el bláster, le puso el seguro e intentó buscar una forma de llevarlo en la que no se sintiera raro o incómodo antes de darse cuenta de que era imposible. La voz de su padre resonó en su cabeza: «Cuando empuñas un bláster, cualquier otra cosa que hagas es secundaria».

Kale le indicó que avanzasen por el pasillo.

—Vamos a buscar la otra cápsula de salvamento.

—¿Cómo sabes que hay otra cápsula de salvamento?

—La habrá porque nosotros la necesitamos.

Trig negó con la cabeza. Lógica circular: su padre estaría orgulloso.

—Lo digo en serio.

—¿En serio? —dijo Kale—. En el Imperio utilizan la simetría para todo. No tienen la creatividad suficiente como para hacer las cosas de otra forma. Así que si hay una, tiene que haber otra, en el mismo sitio, en el lado contrario. —Se encogió de hombros—. No sé, ¿qué quieres que te diga?

Trig asintió sin más. Le había gustado más la primera explicación.

* * *

Quince minutos después, Kale dejaba escapar un gritito de alegría, breve pero intenso. Habían llegado al otro lado del nivel administrativo de la barcaza.

—¿Qué te dije?

La cápsula era exactamente igual a la que se había llevado Sartoris. Trig se preguntó cómo iban a activarla sin los códigos de lanzamiento, pero no quiso aguarle la fiesta a Kale. Le gustaba ver sonreír otra vez a su hermano. Fue hacia la escotilla de la cápsula, acercó la cara a la ventanilla y vio una cámara oscura en la que brillaban suavemente unas lucecitas.

Notó que una oleada de frío se abalanzaba sobre él y se dio la vuelta rápidamente.

Alguien venía pasillo arriba.

Aquella vez no era su imaginación, ni hablar; Kale también lo oyó, y Trig se dio cuenta por la cara que puso. Los dos se habían dado cuenta de que el profundo alarido se iba intensificando y de que alguien estaba a punto de asomarse por una esquina.

—Quédate detrás de mí —murmuró Kale levantando los dos blásters a nivel del pecho—. Si pasa algo, primero dispara y luego corre, ¿entendido?

—Espera —dijo Trig toqueteando la pistola—. ¿Cuál es el modo de aturdimiento?

Kale dijo algo entre dientes, pero Trig apenas pudo oírlo con el latido de su corazón. Se dio cuenta de que estaba a punto de disparar un bláster por primera vez y de que su vida dependía de cómo lo hiciera. Si era otro guardia, quizá tendrían que matarlo. Por eso al principio se había negado a llevar el bláster, pero eso tampoco parecía solucionar nada porque…

Un hombre con uniforme de preso de color naranja dobló la esquina con un wookiee al lado.

—¡Alto! —gritó Kale.

Cuando el hombre y el wookiee los vieron, se pararon; sin embargo, ninguno de ellos pareció especialmente sorprendido. El hombre levantó las manos, pero el wookiee rugió más alto, subiendo los hombros y mirándolos como si aún no hubiera considerado el ataque como una posible respuesta.

—Tranquilo, chaval, baja los blásters.

—Ni hablar. —Kale negó con la cabeza—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Los ojos de Han se fijaron en la cápsula de salvamento.

—Parece que todos hemos venido buscando lo mismo.

—No hay sitio suficiente —dijo Kale—. Así que ¿por qué no coges a tu amigo y os vais por donde habéis venido?

—¿Sois hermanos? —Han no se movió, pero centró su atención en Trig. Esbozó una extraña sonrisa, torcida pero auténtica—. ¿Has usado alguna vez una de ésas?

Trig no sabía si se refería a la pistola o a la cápsula, así que asintió de todos modos.

—Claro.

—Sí, seguro. Vamos, chico, suelta eso, ¿eh?

Estiró las dos manos con aquella despreocupada sonrisa ladeada y empezó a avanzar hacia ellos, como si ya hubiera resuelto la situación y sólo hubiese que esperar a que los demás se diesen cuenta de ello.

—¡Un paso más y disparo! —gritó Kale y su voz sonó aguda hacia el final, pero para entonces ya era demasiado tarde. Tanto Trig como él habían estado mirando al hombre cuando deberían haber vigilado a su compañero.

El wookiee lo hizo con soltura, acercándose a ellos en lo que pareció un segundo. Cayó sobre Kale y lo derribó haciendo que soltara los blásters. Una de las piernas peludas del wookiee impactó contra Trig, que hizo algo como «¡uff!» y notó que todo el aire abandonaba su cuerpo como si se lo hubiesen aspirado. Él también cayó al suelo, con la mano delante de la cara, y se dio cuenta de que había soltado el bláster, que de alguna forma había ido a parar a manos del hombre.

El wookiee los apuntaba con los rifles, y Trig sintió que su última esperanza desaparecía como el agua sucia de una bañera. ¿Cómo habían podido imaginar que podrían detener a un par de criminales profesionales sin nada que perder?

El hombre, mientras tanto, avanzaba hacia la cápsula de lanzamiento.

—Bueno, chicos, nos encantaría llevaros con nosotros, pero como bien habéis dicho, el espacio escasea, así que…

—No lo conseguiréis —dijo una voz.

Trig miró a su alrededor y vio a una mujer. Le llevó un momento darse cuenta de que era la doctora Cody, el oficial médico de la *Purga*. No la había visto desde el día de la muerte de su padre, pero ahora su preciosa cara —que normalmente sonreía divertida por una cosa u otra— tenía un aspecto macilento y extrañamente falto de vida. Era como si hubiese envejecido veinte años desde la última vez que la había visto. Hasta le había cambiado la voz. Carecía de aquel punto de ironía relajada y simpática que le había oído otras veces, aquel tono de «trabajo en una barcaza prisión imperial, ¿puede haber algo peor?». Pero ahora su voz sonaba cansada y resignada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Han.

—Adelante —dijo la doctora Cody con la misma voz extrañamente inerte e indiferente—, intenta entrar.

El hombre tiró de la escotilla de la cápsula de salvamento, pero no se abrió.

—¿Qué? ¿Está cerrada? ¿Cómo lo sabías?

Zahara señaló la luz roja que había junto a la señal de sistema de seguridad activado de la escotilla de la cápsula. Trig tampoco la había visto hasta entonces.

—Está bloqueada.

—¿Y cómo entramos?

—Hay un sistema manual en el puesto de mando. —La doctora Cody se volvió hacia el wookiee—. Y basta de blásters, ¿de acuerdo? No se me ocurre ninguna razón por la que tengáis que temer a un par de timadores adolescentes.

—Eh, ellos nos apuntaron con esto —protestó Han, y el wookiee rugió dándole la razón, aunque ambos bajaron las armas.

—El puesto de mando está justo encima —dijo la doctora Cody—. Subiré para ver si puedo desbloquear la cápsula.

—Chewie y yo iremos contigo para echar un vistazo a los propulsores. —Han miró a Kale y a Trig—. ¿Nos acompañáis, chicos?

—Nos quedaremos aquí —dijo Kale—; ya sabes, para vigilar.

Han se encogió de hombros.

—Tú mismo.

—¿Qué…? —Trig miró a su hermano mayor con inseguridad, pero notó que Kale le apretaba el brazo suavemente aunque con firmeza.

—Toma. —La doctora Cody le dio un comunicador a Trig—. Llamaré en cuanto la active para que podáis comprobar el interior antes de que volvamos.

—Dejadnos los blásters —dijo Kale.

—Sí, claro —gruñó Han.

—Venga —dijo Zahara—, os sobra uno.

Han miró a Chewie con expectación.

—¿Qué? No voy a darle mi pistola. —Pero el wookiee le aguantó la mirada—. Genial —murmuró Han devolviéndole el arma a Kale—. Toma, chaval. Intenta no dispararte en un pie.

Kale la cogió y asintió, y Han, Chewbacca y la doctora Cody se pusieron en marcha.

—¿Doctora Cody? —dijo Trig.

Se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Queda alguien aparte de nosotros?

—No creo —respondió, y por su expresión Trig intuyó que había anticipado una pregunta diferente. Hasta que se marcharon no se dio cuenta de cuál era la que debía haberle hecho.

«¿Qué ha pasado con todos los cadáveres?»

CAPÍTULO 23
DENTRO

Llevaban cinco minutos esperando cuando sonó la primera alarma.

Kale le había estado explicando por qué había preferido que los dos se quedaran allí.

—Cuando la doctora Cody llegue a la cubierta de vuelo y desbloquee la cápsula, entramos y le decimos por el comunicador que pide los códigos de lanzamiento, como los que tenía Sartoris. Nos los dará y podremos salir de aquí.

—No es tonta —dijo Trig—. Además, no podemos dejarla aquí.

—El Imperio enviará una nave a rescatarla.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene contactos —replicó Kale gesticulando—. Ya sabes, en las altas esferas.

—Eso no quiere decir que vayan a venir a buscarla.

—No vas a rendirte, ¿verdad?

—Ayudó a papá al final —dijo Trig—. Eso significa algo.

—Mira —Kale lo miró con una sonrisa exasperante—, sé que te gusta, pero…

—¿Qué? —Trig notó que la cara y las puntas de las orejas se le calentaban de golpe—. Sí, ya.

Kale se encogió de hombros. Era la indiferencia fraternal personificada.

—Lo que tú digas. Aunque es bastante obvio. Sólo por cómo la miras… Y no te culpo, porque no está nada mal. —Su expresión se ensombreció—. Pero no olvides para quién trabaja.

—¿Qué significa eso?

Kale empezó a decir algo y en ese momento un chirrido agudo y estridente atravesó el pasillo desde el otro lado de la puerta sellada. Parecía un sistema de alarma localizado. Ambos se sobresaltaron. Kale levantó el rifle bláster con total soltura y Trig pensó que ya se estaba acostumbrando a llevar un arma.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Espera aquí —dijo Kale—. Ahora vuelvo.

Antes de que Trig pudiese protestar, su hermano ya avanzaba hacia el pasillo con el bláster a la altura del pecho. La puerta sellada que tenía enfrente se abrió con un suave silbido hidráulico y Kale entró, se paró, y se volvió para echarle un último vistazo a Trig.

—Quédate donde estás —dijo, y las puertas se cerraron tras él.

Un momento después la alarma se silenció. Era como si en el fondo del pasillo hubiese algo que se había despertado gritando, se había comido a Kale y se había vuelto a dormir. Trig se estremeció ante aquella idea e intentó sacársela de la cabeza, pero no pudo. Se quedó allí quieto, con los oídos pitándole, preguntándose qué se suponía que debía hacer, cómo iba a calcular siquiera el tiempo que tardarían en volver.

Estaba impaciente, y para intentar mantener la mente ocupada se volvió hacia la cápsula de salvamento. La lucecita roja aún estaba encendida, pero intentó abrir la escotilla de todas formas, por si la doctora Cody ya la había desbloqueado. No se abrió.

¿Qué esperaba? Volvió a pegar la nariz a la ventanilla, hizo visera con las manos y entrecerró los ojos intentando ver si se había producido algún cambio en los parpadeos del panel de instrumentos, pero no veía nada con claridad.

Entonces, en el interior de la cápsula algo se movió.

Trig echó la cabeza hacia atrás, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y las piernas le flaquearon cuando intentó retroceder. Fue como si le hubiesen sustituido las terminaciones nerviosas por hilos de cobre caliente, y el pulso se le aceleró de tal forma que lo sentía palpitar en la garganta. «No he visto eso —susurró su cerebro—, las luces de dentro han hecho que pareciera algo, pero…»

Aguantó la respiración y escuchó.

En el interior de la cápsula se oían unos débiles arañazos.

Trig dio otro paso atrás hasta que notó que sus hombros chocaban con la pared. Su mirada se dirigió a la puerta por la que Kale había desaparecido minutos antes, pero Kale no había vuelto, no había señales de él. Y los arañazos del interior de la cápsula eran cada vez más fuertes: unos dedos, o garras, que rascaban la escotilla de forma irregular pero insistente. Al escuchar atentamente, Trig se dio cuenta de que el sonido era cada vez más rápido, más fuerte y más ávido, como si quienquiera que fuese supiese que estaba allí y quisiese salir a por él.

Trig se dio cuenta de que apretaba el comunicador tan fuerte que le estaban dando calambres en la mano. Lo levantó y lo activó.

—¿Doctora Cody?

Se hizo una larga pausa y luego su voz respondió alto y claro.

—¿Trig?

—Sí.

—Ya estamos en el puente. Seguimos buscando el control manual para abrir la cápsula. No creo que tardemos mucho más.

—Espere —dijo Trig—. No lo haga. Hay algo dentro de la cápsula.

—¿Cómo dices?

—Hay algo dentro. Lo oigo arañar la escotilla.

—Espera, Trig. —Se hizo otro largo silencio que se prolongó tanto que Trig creyó haber perdido la señal. Pero al fin la voz de la doctora Cody dijo—: ¿Trig? ¿Estás ahí?

—Sigo aquí.

—He hecho un análisis biológico de toda la barcaza.

—¿Sí?

—No recibimos ninguna lectura de forma de vida dentro de la cápsula.

Trig miró la escotilla, donde los arañazos se habían convertido en un movimiento maníaco, y oyó algo más: un sonido ávido, húmedo y babeante, como si lo que hubiese dentro intentase roer la puerta.

«Debí preguntarle por los cadáveres —pensó otra vez con nerviosismo—. Sí, eso habría sido una buena idea.»

Las palabras salieron de su boca a la deriva, como si fueran humo:

—Ahí dentro hay algo.

—No te he oído, Trig.

—He dicho…

—Bien —dijo la voz de la doctora Cody—, vamos allá, he encontrado el control manual.

—No, espere, no la…

Se oyó un clic y la escotilla se abrió.

CAPÍTULO 24
CONDUCTO

Cuando Kale volvió, Trig había desaparecido. La escotilla de la cápsula de salvamento estaba abierta. Se acercó y las luces verdes del panel de control le iluminaron la cara.

—¿Trig?

Su hermano tampoco estaba allí, pero aquel hedor gaseoso que salía de la cápsula era tan intenso que Kale tampoco se paró a mirar más de cerca. Le recordó la guarida de un depredador, una de ésas en las que se encuentran los huesos roídos de la última comida. Imaginó que tendría que soportarlo si la lanzadera era la única forma de salir de allí, pero antes tenía que encontrar a su hermano.

Al bajarse tropezó con un pequeño objeto plano que emitía un gorjeo electrónico. Bajó la vista y se dio cuenta de que era el comunicador que Zahara le había dado a Trig. Kale frunció el ceño. No era propio de Trig dejar las cosas así, como tampoco era propio de él irse sin motivo aparente.

Recogió el comunicador y lo activó.

—¿Doctora Cody?

—Te escucho, Kale —respondió.

—Oiga, a mi hermano le ha pasado algo.

—¿Puedes repetirlo?

—Se disparó una alarma y fui a comprobar qué pasaba. Cuando volví, había desaparecido. La escotilla de la cápsula está abierta, pero aquí no hay nadie.

—Un segundo, Kale. Voy a comprobar una cosa.

Kale esperó y volvió a mirar la pared interior de la escotilla de la cápsula. Estaba llena de arañazos, algunos de ellos tan profundos que casi atravesaban el metal. Se acercó para tocarlos y descubrió que estaban húmedos. Cuando apartó los dedos, goteaban sangre y algo pegajoso y caliente. Se limpió en la pernera del pantalón con un escalofrío de repugnancia.

—Kale, el rastreo muestra una forma de vida a quince metros del pasillo que se encuentra a tu derecha. ¿Lo ves?

Se volvió, pero no vio nada. Aunque las paredes le resultaron asquerosamente familiares, así como la luz tenue y los techos bajos, amarillentos y deslucidos, como si el lúgubre y desesperado aliento de los miles de presos que habían pasado por allí a lo largo de los años los hubieran ensuciado.

—No —respondió—, aquí no hay nada.

—¿Estás seguro? La señal es fuerte.

—No, sólo hay un pasillo vacío… Espere.

Bajó el comunicador y levantó el bláster mientras avanzaba por el pasillo para ver mejor. Frente a él, a la altura de los hombros, vio que uno de los paneles de la pared era diferente del resto y rezaba: CONDUCTO DE MANTENIMIENTO ACCESO 223.

Kale apoyó el cañón del bláster contra el resorte del panel y lo abrió. Un hedor nauseabundo le penetró la nariz y gruñó. Casi sentía arcadas, se tapó la nariz y la boca con la mano que tenía libre y se adentró en la oscuridad mirando hacia abajo.

—¿Trig?

Su voz resonó deformada en el vacío metálico. Kale recordó lo que había visto cuando había atravesado la puerta para investigar por qué había saltado la alarma. No había ocurrido nada especial, nada en realidad, probablemente un mero fallo en algún sistema, aunque algo le había llamado la atención: la huella de una mano ensangrentada en la pared que aún estaba tan fresca que goteaba. Cuando la vio, se dio cuenta de que no había sido buena idea dejar a Trig solo, aunque fuesen apenas unos segundos, y cuando volvió se había encontrado aquello.

Resolvió intentarlo otra vez adentrándose más en el conducto.

—Trig, ¿estás ahí?

Su hermano apareció sobresaltado y salió del conducto gritando. Se dio de narices con Kale y lo hizo caer de rodillas con una velocidad y una fuerza que probablemente le salvaron la vida. Si lo hubiera hecho más despacio y le hubiese dado a Kale tiempo de volver a levantar el bláster, probablemente éste habría disparado a su hermano en un acto reflejo. Sin embargo, Trig ya estaba encima de él y seguía chillando, dando golpes con pies y manos e inspirando rápidas bocanadas de aire. También lloraba, por lo que veía Kale, y su voz desesperadamente asustada se atragantaba con los sollozos y lo hacía parecer mucho más niño de lo que era.

—Tranquilo —le dijo Kale abrazándolo y observando que el uniforme de Trig estaba hecho jirones, como si lo hubiera despedazado un animal: el cuello arrancado mostraba parte del pecho lampiño de Trig y una de las mangas había desaparecido y dejaba al descubierto su brazo flacucho. Partes del tejido barato estaban húmedas y frías, igual que el interior de la escotilla de la cápsula de salvamento. Kale abrazó a Trig contra su pecho con fuerza hasta que empezó a notar, aunque no dejase de luchar, que la fatiga lo iba tranquilizando poco a poco, y siguió abrazándolo hasta que Trig se calló y sólo se oía su respiración entrecortada.

—No pasa nada —lo tranquilizó Kale, y a continuación se echó hacia atrás para mirar la cara de Trig por primera vez—. ¿Qué ha pasado?

Trig lo miró con los ojos inyectados en sangre. Si hubiese estado un poco más pálido su piel habría sido translúcida. En su rostro no se movía nada a excepción de la mandíbula, que temblaba suavemente.

—¿Te ha atacado alguien? —preguntó Kale—. Dentro de la cápsula, ¿había…?

Esperó, dejó que la pregunta flotase en el aire para que Trig pudiese comprender y contestar, pero no lo hizo. Cuanto más miraba a Kale más se preguntaba éste si su hermano lo veía. Lo rodeó con los brazos y lo estrechó.

—Escucha —dijo—, todo va a salir bien. No permitiré que nos pase nada, ¿de acuerdo? Te lo prometo.

Pero la imagen de la huella de una mano ensangrentada le volvió a la mente y se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, le había hecho una promesa a su hermano que sabía que no podría cumplir.

CAPÍTULO 25
LUCES MUERTAS

Los propulsores están hechos polvo —dijo Han mientras salía de detrás de un panel del suelo situado en el centro del puesto de mando, limpiándose las manos del polvo y la grasa del reactor—. Fuese lo que fuese lo que intentaban hacer los ingenieros allí abajo, no llegaron muy lejos. Con este montón de chatarra no iremos a ningún sitio.

—He abierto la cápsula de salvamento —lo puso al corriente Zahara—. Los códigos de lanzamiento son…

—¿Doctora Cody? —resonó la voz de Tisa—. Recibo nuevas lecturas de formas de vida en los sensores.

—¿Nuevas lecturas? —Han miró a Zahara frunciendo el ceño—. Creía que habías dicho que estaban todos muertos.

—Y lo están. —Zahara miró el panel electrónico—. Tisa, muestra todas las lecturas positivas.

—Sí, doctora.

Frente a ellos empezó a titilar una serie de líneas finas para trazar una vez más un plano de la barcaza en miniatura.

—Pero ¿qué…? —dijo Han.

El trazado tridimensional de los niveles de la nave —previamente una elegante intersección de líneas y espacios limpios y digitalizados— estaba ahora plagado de puntitos de luz rojos como la sangre. Se movían juntos, formando grupos y avanzando como enjambres desde los módulos de detención más bajos hacia la zona administrativa. En el holograma, al menos, parecían moverse a una velocidad desproporcionada, más propia de los insectos.

—Espera un segundo —dijo Han—. ¿Qué son esas cosas?

Zahara negó con la cabeza estupefacta.

—Formas de vida.

—Gracias, doctora —replicó con sorna—. ¿Puede ser más específica o se supone que tenemos que rellenar los huecos?

Zahara observó los grupos de luces diminutas. Cada una de ellas era un organismo independiente. Se movían más rápido de lo que uno pudiera imaginar, subían por el hueco de las escaleras, por los conductos de ventilación y por los de mantenimiento.

—Es imposible. Antes no estaban ahí. Tisa, ¿por qué no las detectaste antes?

—Antes no había lecturas positivas, doctora Cody.

—¿De dónde han salido?

Mientras observaba, empezaron a aparecer más luces rojas en los niveles inferiores. Parecían surgir de la nada de forma espontánea. Recordó lo que había dicho Basura acerca del comportamiento molecular del virus, que se reproducía y enmascaraba su letalidad hasta que llegaba a un punto en el que el huésped ya no podía combatirlo. «Autoinducción» lo había llamado. De repente se sintió como si dos barras de hierro la

aprisionaran, una bloqueándole la garganta y otra apretándole el pecho, congelándole el aliento.

—¿Cuántas vías de salida tenemos? —preguntó Han, y Zahara se dio cuenta de que la estaba zarandeando—. Eh, doctora, te estoy hablando.

—Sólo… —Señaló la puerta y el hueco de la escalera por la que habían subido desde el nivel administrativo—. Sólo la que hemos usado para venir hasta aquí.

—¿Hay más cápsulas de salvamento?

—Sólo la que hemos visto.

Zahara estiró una mano y señaló el nivel inferior, en el ala administrativa oeste, que ya estaba colonizada por las luces rojas. Era el último sitio en el que había visto a Trig y a Kale. No quería imaginar dónde estarían ahora.

El diagrama de la barcaza mostró una amplia escalera que conducía al puente desde el módulo administrativo. Y ahora las luces rojas —«luces muertas», farfullaba la mente de Zahara frenéticamente— se movían en esa dirección.

—Estupendo —murmuró Han al tiempo que levantaba el bláster y se volvía hacia la puerta—. Parece que tendremos que abrirnos paso disparando. Otra vez.

Chewbacca rugió, asintió con su gran cabeza y blandió el rifle con una mirada que reflejaba su inquietud respecto a sus posibilidades.

—Espera —dijo Zahara señalando la torre que sobresalía en la parte superior del holograma—. A unos veinte metros a nuestra espalda, en la otra punta de la cubierta de vuelo, hay un pozo de acoplamiento que conduce directamente arriba.

—¿Qué? ¿Al destructor estelar? —Han la miró incrédulo.

—Es nuestra única posibilidad.

—Sí, bueno, en mi mundo hay un dicho: «Salir de la guarida del nexu para caer en sus fauces».

—Sean lo que sean esas cosas, las hay a cientos. ¿Cuánto crees que aguantarán los cargadores?

Entonces Zahara los oyó acercarse.

Emitían un alarido atronador y amenazador cargado de ira y hambre y condensado en una pared maciza de sonidos inhumanos. La sangre se le heló en las venas. Subían desde el nivel administrativo con paso firme. Zahara miró en la dirección que llevaba al pozo de acoplamiento. Al darse la vuelta para gritarles a Han y Chewbacca, que tenían que salir de allí, vio a Kale Longo entrando de golpe a través de la puerta entreabierta llevando el cuerpo de su hermano en los brazos.

—¡Corred! —gritó Kale, y él mismo corría a tanta velocidad, de una forma tan frenética, que parecía que sus pies apenas tocasen el suelo. Giraba la cabeza para mirar en todas direcciones a la vez y el terror hacía que sus ojos parecieran completamente redondos. Trig daba tumbos en sus brazos. Zahara pensó que nunca había visto a nadie tan aterrorizado.

—¿Dónde está el otro bláster, chaval? —gritó Han.

—Tuve que dejarlo para coger a mi hermano…

—¡Pues cierra la puerta! —ordenó Han, pero Kale ya estaba lejos de ella, en mitad el puente. Han se dirigió a cerrar él mismo la puerta corredera—. Chewie, échame una mano, ¿quieres?

El wookiee se acercó a ayudar a Han y ambos empujaron para volver a cerrar el panel.

—¡Por aquí! —gritó Zahara, y echó a correr con Kale por el puente en dirección al pozo de acoplamiento. Los bancos de paneles de instrumentos no le permitían ver nada de lo que tenía delante, salvo una escotilla abierta.

«Más nos vale que esté ahí —pensó—. Por favor, que esté donde dice Tisa.»

Al mirar atrás, vio a Han y a Chewbacca apresurándose para alcanzarlos. Al atravesar la escotilla, Zahara vio la entrada de torre de acoplamiento frente a ellos, con el turboascensor abierto y preparado.

«Vamos a conseguirlo», pensó.

Y en ese momento la puerta corredera que acababan de cerrar Han y Chewbacca se abrió de repente.

CAPÍTULO 26
EL EJÉRCITO DE LAS ÚLTIMAS COSAS

Kale saltó al interior de la torre de acoplamiento con Trig todavía en brazos, seguido de la doctora Cody. Miró atrás y vio a Han Solo y a Chewbacca, que aún no había salido del puesto de mando. El wookiee le disparaba a todo lo que se ponía en su camino. Kale no vio qué era, y tampoco le apetecía. Aunque lo oía, y aquello era más que suficiente.

—¡Rápido! —les gritó la doctora Cody a Han y a Chewie—. ¡Tengo que cerrar el pozo!

Kale estaba acuclillado con su hermano pequeño en brazos y desde allí sólo veía a la doctora estirándose para sellar las puertas del ascensor, y entonces Solo y el wookiee se colaron dentro. Chewbacca seguía disparando y las descargas del bláster le pitaban en los oídos.

De repente, Trig se incorporó con los ojos completamente abiertos.

—¿Papá?

Kale lo miró fijamente.

—Trig, ¿qué…?

«Es él.» El muchacho se había soltado de sus brazos, se había colado entre Han y Chewbacca y avanzaba por el turboascensor hacia el puesto de mando.

—¡Papá está ahí fuera! —gritó—. ¡Lo he visto! Está…

Kale saltó tras él. Estiró un brazo todo lo que pudo para agarrar a Trig por la pernera del pantalón y cerró los dedos con fuerza. Trig cayó al suelo con un ruido sordo, y Kale lo agarró por la cintura con la mano que tenía libre y empezó a arrastrarlo al interior del pozo de acoplamiento.

Entonces alzó la vista.

Y vio a su padre.

* * *

Von Longo se tambaleaba hacia ellos arrastrando los pies en un medio trote, como si le hubieran desmontado las caderas y los hombros. Estaba rodeado de un grupo de presos y de guardias.

Aunque, para su horror, Kale comprendió que ya no eran presos ni guardias, no exactamente, y aquél tampoco era su padre. Su piel mortecina y amarillenta estaba veteada con la podredumbre de dos semanas en el depósito de cadáveres, el cráneo se le había hinchado de forma grotesca y estaba parcialmente descarnado en un lado, así que Kale veía perfectamente cómo se le movía el hueso de la mandíbula.

No era capaz de moverse. Durante lo que pareció una eternidad, observó cómo su padre se tambaleaba hacia él con aquel andar tan horrible y la cara encendida con una impaciencia que le resultó familiar.

Al final Kale salió de su parálisis y gritó. Se puso en pie y echó a correr hacia atrás en dirección al pozo. Vio a Solo y al wookiee ayudando a Trig a entrar, pero miraban detrás de él, hacia el pasillo del que procedía el ruido. Como si estuviese soñando, vio la cara de la doctora palidecer de miedo. Kale vio cómo le tapaba los ojos a Trig.

Entonces notó que algo le agarraba una pierna.

Ni siquiera pudo oír su propio grito.

CAPÍTULO 27
DILO TRES VECES

Cuando Kale despertó estaba tumbado de espaldas y la doctora Cody estaba de rodillas junto a él. Parecía que había mucho movimiento a su alrededor, pero no sabía qué pasaba. Las manos de Zahara se movían con resolución y le envolvían la pierna con un jirón de tela ensangrentado, una vuelta, otra vuelta, la ceñía y la anudaba. Kale susurró entre dientes; el aire era frío y extraño y sabía a virutas metálicas. Se le revolvió el estómago.

«¿Dónde estamos?»

—No pasa nada —decía la voz de la doctora a una gran distancia—. Lo hemos conseguido. Estamos en el hangar del destructor.

Kale se puso de lado e intentó mirar a su alrededor. El dolor de la pantorrilla era insoportable, lo bastante intenso como para que, por un momento, creyese que no podría hablar. Tomó aire y lo aguantó hasta que pensó que probablemente no iba a ponerse enfermo; después volvió a mirar a la doctora Cody e intentó ampliar un poco más su campo de visión. Detrás de ella Han y Chewie estaban de pie junto a la escotilla de acoplamiento sellada.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Kale con voz ronca.

—Está aquí mismo —respondió la doctora Cody—. Está bien. Procura no moverte.

Kale levantó el cuello y vio a Trig sentado en el suelo y apoyado contra la pared exterior del pozo de acoplamiento, hecho un ovillo, con la barbilla entre las rodillas, meciéndose de atrás hacia adelante, mirando al vacío. No tenía buen aspecto. Kale recordó la voz incrédula de Trig. «Papá está ahí fuera», había dicho al ver a aquel ser ansioso que había ido a por él, y se preguntó si su hermano pequeño conseguiría superarlo.

«Dilo —se dijo a sí mismo al recordar una antigua superstición que había oído siendo muy pequeño—. Dilo tres veces y hazlo realidad.»

—Me ha mordido —dijo Kale—, ¿verdad?

Le apretó el vendaje.

—¿Está demasiado apretado? Tengo que detener la hemorragia.

—Me ha mordido.

—Están subiendo por el pozo —murmuró Han Solo dando un paso atrás, y miró a la doctora Cody y a Kale—. ¿Cuándo podremos irnos?

Kale oyó… los arañazos. Venían del interior de la torre de acoplamiento. Al otro lado del pozo, un sinfín de manos golpeaban y arañaban. Sonidos aterradores. Comprendió que aquellos seres habían trepado por la torre tras ellos. En aquel momento estaban hundiendo sus frágiles uñas y dientes en el tubo metálico, intentando entrar. Pensó en lo que había visto cuando había mirado atrás en el puesto de mando. No era posible, pero era cierto. El sonido de su hambre y de su ira junto con el intenso dolor de su pierna hacían el recuerdo más real.

Los cadáveres de la barcaza prisión habían vuelto a la vida y su padre se encontraba entre ellos.

Su padre lo había mordido.

Kale notó que la boca se le llenaba de una saliva de sabor cobrizo y se echó hacia adelante separando los labios para vomitar, pero no salió nada. Sin embargo, su estómago no dejaría de intentarlo, no diría «muere», como habría dicho su querido padre. «Difunto padre», balbuceó su cerebro, y el diafragma dejó de sacudírsele espasmódicamente con la horrible insistencia de un tic muscular involuntario.

—Mira, chaval —oyó decir a Solo. Su impaciencia penetró en la espesa nube de horror que se había acumulado alrededor de sus pensamientos—. Tenemos que irnos.

—¿Qué camino sugieres? —preguntó la doctora Cody.

—Si encontramos la forma de llegar al puente de mando del destructor, quizá consigamos mover esta cosa.

Chewie emitió un gruñido de duda.

—Es una nave, ¿no? —dijo Han—. Pilotada una, pilotadas todas. Sólo tenemos que atravesar… —Gesticuló vagamente—. Todo esto.

Kale se frotó los ojos y miró por primera vez hacia donde Han señalaba. El hangar que los rodeaba era un desierto infinito de duracero cuyo perímetro se extendía tanto que engañaba a la vista. Incluso en un momento como aquél, la idea de cruzarlo era más de lo que podía imaginar. Pero…

—Ayúdeme a levantarme —pidió.

La doctora Cody se agachó. Kale le cogió las manos y se incorporó enderezando la espalda según ella lo guiaba. Al principio pensó que funcionaría, que sería capaz de apoyar su peso en la otra pierna.

—Con cuidado —dijo Zahara—. No hay prisa.

El dolor era muy fuerte y Kale cayó al suelo con un grito ahogado que sonó más bien como un gemido. Miró hacia abajo. La sangre manaba de la pierna herida empapando el torniquete y tiñéndolo de rojo oscuro. Vio a Trig mirándolo, pero no sabía si su hermano estaba preocupado por él o por lo que había visto abajo. ¿Acaso importaba? En aquel momento lo único que importaba era que podían acabar envueltos en sangre.

—No puedes avanzar así —dijo la doctora Cody.

—Déme un segundo.

—Te desangrarás antes de que consigamos cruzar el hangar.

—No me pasará nada.

Lo miró fijamente, luego se agachó para susurrarle al oído.

—Escúchame. Quiero que lo entiendas. Si intentas moverte ahora, morirás. —Sin mover la cabeza, señaló a Trig, que estaba hecho un ovillo no lejos de ellos—. Y él tendrá que verlo. ¿Es eso lo que quieres?

Kale negó con la cabeza.

—Me quedaré aquí contigo —dijo en alto para que los demás también lo oyeran—. Han, tú y Chewie podéis llevaros a Trig e ir yendo hacia el puente de mando.

Al oír mencionar su nombre, el muchacho se sobresaltó y se enderezó negando con la cabeza.

—No. —Miró a su hermano—. Quiero quedarme con Kale.

—Ven aquí —dijo Kale.

El muchacho se levantó y se acercó.

—Te dije que no permitiría que te pasara nada —le recordó Kale—, y no lo haré. Pero para mantener esa promesa necesito que te vayas con los demás, ahora mismo.

Trig volvió a negar con la cabeza, pero esta vez con más violencia, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Tengo miedo —susurró—. La cara de papá…

—Escúchame —dijo Kale—. Aquél no era papá.

Trig lo miró fijamente.

—Aquello era otra cosa. Sabemos cómo era papá. Lo recordamos, y ése no era él. —Hizo una pausa—. ¿Verdad?

—Pero…

—¿Lo era?

Trig negó con la cabeza.

—Tienes que irte. Nos vemos luego.

—¿Qué va a pasar contigo? —preguntó Trig.

—La doctora Cody y yo os alcanzaremos en cuanto podamos.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo —le aseguró Kale, y se alegró de que la doctora Cody pusiera las manos sobre los hombros de Trig para darle la vuelta hacia Solo y el wookiee.

Contemplar la expresión descorazonada y aterrada de su hermano le estaba resultando casi imposible, pero Kale se obligó a mirarlo un segundo más.

—¿Trig? —Los ojos del niño brillaron sobre él—. Te quiero —dijo Kale.

—Entonces no dejes que me vaya.

—Doc, ¿quieres el bláster? —preguntó Han.

Zahara lo miró sorprendida.

—¿De verdad vas a darme el último bláster?

—Bueno —dijo Han mirando hacia otro lado—, ya sabes, si esas cosas empiezan a salir del pozo…

—Tranquilo.

—¿Seguro?

Asintió.

—No estaremos aquí tanto tiempo. —Miró a Trig—. Nos veremos pronto, ¿de acuerdo?

Kale observó la expresión de su hermano, pero Trig no dijo nada, ni siquiera asintió, mientras Han y Chewbacca se lo llevaban con ellos.

CAPÍTULO 28
COSAS QUE NO SE OLVIDAN

Empezaron a cruzar el hangar sin decir una palabra.

Han iba primero con el único bláster que tenían. Chewbacca y él parecían saber adónde iban, y Trig los seguía arrastrándose con paso perezoso. De vez en cuando el wookiee giraba la cabeza y gruñía como si olfatease el aire y no le gustase el aroma que percibía, y Han decía: «Sí, ya lo sé», pero siguieron avanzando.

El silencio era como una nube negra suspendida sobre ellos. El único ruido que se oía era el eco de sus botas contra el vasto suelo de acero, y en el exterior, los chirridos del destructor estelar flotando en el vacío del espacio. De no ser por eso, el silencio sería total. Sólo acentuaba el tamaño de la nave y el vacío infinito que los rodeaba.

Trig lo odiaba.

Con semejante silencio su mente vagaba —aunque «vagar» era una palabra demasiado suave—. Su mente corría desbocada, daba saltos en su cráneo como un lunático que ha matado a toda su familia, parándose aquí y allá para rumiar un crimen truculento u otro.

«¿Por qué estoy pensando así?»

Pero sabía exactamente por qué.

Recordó la cosa que lo había embestido al salir de la cápsula de salvamento, la cosa de la que aún no había podido hablarle a nadie, ni siquiera a su hermano. Aquella cosa de la cápsula era un preso, un humano, y llevaba uniforme de preso, pero las circunstancias lo habían convertido en algo totalmente diferente. Su cara mortecina e hinchada y sus ojos negros y hundidos aún eran vagamente humanos, pero saltó de la cápsula con un grito que definitivamente no era humano. Se abalanzó sobre su cuello y los reflejos de Trig fueron lo único que se lo impidió.

Se había dado media vuelta para adentrarse en el pasillo colándose en un conducto de mantenimiento y se había pegado a la pared interior mientras la cosa caía al vacío con un grito frenético y ensordecedor. Y entonces, agarrado al interior del conducto y mientras se le entumecían los dedos, Trig oyó cómo impactaba en el fondo del conducto con un crujido, la respiración entrecortada y aún hambriento, intentado incorporarse para atraparlo.

Pensaba en aquel preso, con lo horrible que resultaba, una y otra vez, y se convenció de que era mejor que pensar en la otra cosa.

La cosa que se tambaleaba por el puesto de mando hacia el pozo de acoplamiento.

La cosa con la cara de su padre.

Aquella cara hinchada y hendida que colgaba del cráneo de la cosa como una máscara mal puesta que quedaba tirante en los ojos. La mente de Trig se negó a eliminar aquella imagen. Siguió pensando en la forma en que le había sonreído, como si lo reconociera. Al igual que el resto de guardias y presos.

«No era papá —se dijo—. Kale dijo que no era él y tú también lo viste. Papá está muerto, le dijiste adiós. Fuese lo que fuese aquella cosa, no era papá.»

Y casi se lo creyó.

Casi.

Pero los ojos…

Los ojos de su padre siempre habían sido su rasgo más destacable, aquellos iris azules, apagados y sembrados de motitas doradas, las pupilas negras e inquisitivas, su viveza y claridad, cómo te analizaban, haciéndote sentir la única persona de la habitación. A Trig siempre le había gustado hablar con su padre, él siempre lo hacía reír con sólo mirarlo.

Aquella cosa tenía los ojos de su padre.

Tras él Trig creyó oír algo moviéndose por el hangar principal del destructor y se dio rápidamente la vuelta para observar. Notaba la sangre latiéndole en las puntas de los dedos. Allí no había nada, pero habían recorrido un largo trecho de duracero y a lo lejos, al otro lado, casi imperceptibles, se veían las siluetas acurrucadas de su hermano y de la doctora Cody.

«Voy a volverme loco», pensó, y la idea no lo atemorizó en absoluto; en realidad era casi un alivio. Durante los últimos días había perdido el control de las cosas, y lo que había visto sólo lo había hecho más palpable. Estaba loco, estaba claro, ¿y por qué no? ¿Qué otra cosa podía pasarte cuando los muertos volvían a la vida e intentaban lanzarse sobre tu cuello?

¿Y si el hombre muerto fuese tu padre?

«Pero Kale dijo…»

—Kale se equivoca —murmuró—, se equivoca. —Y asintió al son de sus propias palabras, porque estar loco implicaba decir la verdad. No tienes que fingir que estás bien, y eso es bueno.

Volvió a oír aquel correteo furtivo detrás de él y se volvió, pero allí seguía sin haber nadie. Ni siquiera veía a su hermano y a la doctora Cody al otro lado del hangar. La distancia y la falta de luz habían absorbido sus siluetas. O quizá la cosa que los estaba siguiendo ya se los hubiese comido y estuviesen muertos también, lo que significaba que Trig volvería a verlos pronto, ¿no?

Al final, la enfermedad los resucitaría. Al final, la enfermedad podría acabar despertando a todo el mundo.

Trig empezó a sentir que se hundía en una bañera caliente y profunda. El oído se le iba apagando, la vista distorsionaba los contornos de las cosas hasta que parecían sombras en el hangar. No era de extrañar que el Imperio hubiera abandonado aquel destructor estelar en aquel remoto rincón de la galaxia, aquella enfermedad era peor que cualquier otra cosa; hacía que Darth Vader y sus vastos ejércitos pareciesen casi inocentes. Pensarlo le dio ganas de vomitar y de reír al mismo tiempo, porque eso era lo que hacían los locos cuando sus padres volvían de la muerte e intentaban atacarlos.

—¿Chaval? Eh, chaval, ¿estás…?

Se dio cuenta de que había dejado de caminar. Han Solo estaba frente a él, mirándolo a través de lo que parecía una densa bolsa de aire inmóvil. Trig lo veía mover la boca, fruncir el ceño, hacer una pregunta…

—… ¿vas a…?

Pero no podía saber qué estaba diciendo Han. Era como si hablara un idioma distinto. Ahora el hombre había empezado a sacudirlo por los hombros, y la suave cera que había bloqueado los oídos de Trig empezaba a derretirse y volvía a oír.

—¿… bien? —preguntó Han.

Al oír su voz, Trig notó que el aire inmóvil que lo rodeaba se agitaba y se hacía menos sofocante, como si hubiera salido de una crisálida invisible y hubiese inspirado su primera bocanada de aire fresco. Se le clavó en la nariz y le dolió en la garganta, como si hubiese intentado tragar un bocado demasiado grande, y se dio cuenta de que estaba a punto de llorar otra vez. Aunque ya no tuviese más lágrimas.

Han se quedó allí, mirándolo extrañado.

—Mi padre… —empezó a decir Trig, y aquello fue todo.

Han abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. A su izquierda, Chewbacca rodeó a Trig con sus brazos. Era como estar envuelto en una manta cálida que olía ligeramente a humedad. Trig sintió los latidos del corazón del wookiee y un rugido suave y reconfortante que salía de las profundidades de su cavernoso pecho. Lentamente se fue separando de él.

—Bueno —dijo Han con un carraspeo—. ¿Estás bien?

Trig asintió. Era mentira, no estaba bien en absoluto, pero estaba mejor… un poco.

Miró a su alrededor y vio que estaban rodeados de varias naves más pequeñas, las que habían visto al principio desde el otro lado del hangar: naves viejas y oxidadas, cápsulas de salvamento anticuadas, naves y lanzaderas rebeldes capturadas, un pequeño carguero corelliano. Estaban apiladas a su alrededor y constituían un modesto surtido de naves ruinosas.

El wookiee gruñó una pregunta.

—No —respondió Han—, lo dudo mucho. —Señaló en una dirección—. Podemos ir por la vía principal, seguirla hasta allí.

—Sí —asintió Trig, porque sabía que se esperaba alguna respuesta por su parte.

—Nos llevará un rato llegar al puente de mando. Estas cosas miden un kilómetro. Pero si tiene motor, podemos pilotarlo.

Trig asintió otra vez y siguieron caminando.

Tras él, a lo lejos, volvió a oír algo.

Gritos.

CAPÍTULO 29
SENO

Zahara se volvió bruscamente y miró hacia el pozo de acoplamiento. El griterío que procedía de su interior era inhumano. Era agudo, estridente y odioso, y aglutinaba unas cien voces que gritaban al unísono «EEEEEEEEEE». Oscilaba en una onda que la parte matemática de su mente insistía en recrear, cobraba intensidad hasta casi reventarle los tímpanos, la perdía hasta casi silenciarse y volvía a subir hasta alcanzar la misma frecuencia.

Kale gruñía. Estaba murmurando algo. Se agachó para escuchar lo que decía.

—…témela…

Lo miró, sobresaltada por lo que había creído entender. Y en caso de que no hubiese oído bien, Kale estaba perfectamente consciente, la miraba fijamente y se señalaba la pierna vendada.

—Doctora, por favor. Tiene que hacerlo.

—eeeEEEEeee. —El grito volvía a cambiar de frecuencia, y Zahara esperó a que se acallase.

—¿Qué?

—eeeEEEEeee…

—Córtemela.

—eeeEEEEeee…

—No es necesario —dijo Zahara—. Todavía no.

—eeeEEEEeee…

—Noto cómo sube. Tiene que hacerlo. —Sus ojos brillaban con un miedo y una lucidez absolutos—. Por favor, no me importa lo que duela, hágalo, córtemela.

—eeeEEEEeee…

—No puedo hacerlo.

—Entonces máteme.

El grito volvió a cobrar intensidad, mucha más que antes. Ascendía sin parar siguiendo el mismo patrón. Continuó mientras hablaban, y Zahara tuvo que gritar para que Kale pudiera oírla.

—Tu hermano se ha ido con Han y Chewbacca, van a buscar un sistema de comunicación y suministros médicos. Saldrás de ésta, confía en mí. ¿Tanto te duele?

—No me duele.

—¿Qué?

—No me duele. Lo noto donde mi p… donde me mordió. —Tenía los ojos muy abiertos y le brillaban como un cristal roto, y Zahara oyó cómo le silbaba el aire por la nariz a medida que perdía la batalla contra el pánico—. Al menos quíteme la venda para que lo vea. Se lo enseñaré.

—Hay que mantener la presión en…

—¡Está subiendo!

—¡Kale, no!

Se incorporó, echó las manos a los torniquetes ensangrentados y se los arrancó. Zahara intentó detenerlo, pero él la hizo retroceder con la mirada y siguió retirando las tiras de loneta que Zahara había arrancado de su propia chaqueta. La última estaba completamente empapada de sangre.

—¿Lo ve? —La cara de Kale se puso roja ante su horrible triunfo—. Se lo dije.

Zahara clavó los ojos en la pierna. En la pantorrilla le faltaba un trozo de carne del tamaño de un puño y la tibia se veía perfectamente a través de una red de venas y músculos desgarrados. La carne arrugada que rodeaba la herida había adquirido el color morado y gris propio de la gangrena. Se sorprendió observándola con horror y fascinación mientras la mancha grisácea le iba trepando por la pierna, pasaba de la rodilla al muslo y latía visiblemente con una viscosidad gelatinosa. Era como si una mano lo acariciase bajo la piel, ansiosa por llegar al torso.

—¡Sáquemelo! —gritó Kale con una voz aguda y chillona que se solapaba con los gritos del pozo—. ¡Córtemela, sáqueme esto, sáquemelo!

Zahara notó que el tiempo se paraba. Su mente recordó a uno de sus profesores de Rhinnal, que un día les había dicho en clase: «Llegará un día en el que tendréis que enfrentaros a una situación para la que no estéis preparados en absoluto, ni física ni emocionalmente. Ese día averiguaréis qué clase de médico sois por la medida en que cedáis al miedo y por lo que recordéis de vuestra formación».

Metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó el kit médico y lo abrió. En su interior había escalpelos, gasas, esparadrapo: las herramientas más rudimentarias de su oficio. Frente a ella, Kale seguía gritando. La mancha gris y abultada que había visto antes ya reptaba sobre la línea de la cintura y se extendía por el abdomen tiñendo la piel rosada de un color metálico y apagado. Ver aquello le daba náuseas; era como mirar un trozo de carne podrida desde dentro.

«Se está muriendo. O algo peor. Haz algo.»

Cogió el escalpelo y hendió la punta en la carne viva justo debajo del ombligo. Durante un momento los gritos aterrorizados de Kale se convirtieron en alaridos de dolor. La miraba boquiabierto y completamente confuso mientras Zahara abría la incisión metiendo los dedos a través de una capa de grasa para llegar a los músculos abdominales que se encogían al tocarlos. Un sudor frío se le había empezado a acumular en la frente y el labio superior. Intentó obviarlo e ignorar cualquier cosa que no fuese lo que tenía delante.

Las fibras musculares se le deslizaban entre los dedos como hilos tirantes y húmedos. Su mente los recreaba al sentir el extraño calor que yacía bajo ellos, aquella presencia intrusa, aquella cosa que se abría paso con tanta habilidad. Un leve movimiento le recorrió los dedos. Lo atrapó y apretó. De repente, algo soltó un chorro de líquido, y debajo de la capa de músculo ese algo se abalanzó sobre ella como una pústula densa y viscosa de color nacarado que le empapó las manos hasta las muñecas.

Los gritos del interior del pozo sobrepasaban ya los límites de lo ensordecedor.

Zahara sacó las manos y se las miró detenidamente, observando cómo aquel fluido parecía coagularse, pero a continuación se movió y pareció reptar por su carne como si de un guante viviente se tratase, buscando una abertura, una herida por la que colarse en su interior. Cada segundo que permanecía expuesto al exterior dolía más. Se limpió las manos en los pantalones e intentó calmarse, convenciéndose de que si perdía la calma no habría vuelta atrás.

Abajo, en el suelo, la cara de Kale estaba pálida como la ceniza y la miraba en estado de shock. Zahara esperaba que se desmayase, pero todavía no lo había hecho, aunque al menos había dejado de gritar.

—Tengo que volver a hacerlo —le dijo—. Tengo que asegurarme de que lo tengo.

Antes de que Kale pudiese decir nada volvió a introducir la mano en la incisión, la deslizó hasta el fondo y tanteó, esperando que aquel coágulo reptante le rozase la mano, pero no sintió nada. Cuando miró hacia abajo vio que aquel color gris putrefacto seguía allí, sobre la cintura, pero no se había extendido más.

—Creo que ya está.

Inspiró profundamente y miró a Kale. Al final se había desmayado y tenía los ojos entreabiertos, vueltos hacia un lado. Cogió el trozo de camisa que le había arrancado y empezó a vendarlo con ella, presionando la herida para detener la hemorragia que ella misma había producido. Se sentó, aguantó la presión, inspirando y espirando, y deseó que su corazón latiese a un ritmo que se acercase al normal. No estaba segura de si le había hecho más mal que bien, pero Kale estaba vivo y respiraba y si ella no hubiera hecho nada, no sería así.

No fue hasta más tarde, cuando al fin se tranquilizó un poco, cuando se dio cuenta de que el pozo de acoplamiento se había quedado en absoluto silencio.

Los gritos del pozo habían cesado.

Y entonces, desde una gran distancia, oyó otro ruido, una especie de rugido.

Al otro lado del destructor algo respondía gritando.

CAPÍTULO 30
TANQUES NEGROS

Chewbacca estaba preocupado por el chico. Trig no hablaba. Han tampoco, pero ya estaba acostumbrado a eso, dependiendo de las circunstancias. Al chico, sin embargo… le pasaba algo. Los jóvenes sentían la necesidad de expresarse. En el breve período de tiempo que el wookiee había pasado con él lo había visto enfrentarse a cosas que no se correspondían con su edad, y si seguía guardándoselas dentro todos saldrían perdiendo.

Había empezado cuando oyeron gritar a Kale al otro lado del hangar. Trig quiso volver con él y Han tuvo que sujetarlo para evitar que se marchara.

—No le pasará nada —le había dicho Han, aunque Chewie sabía que no era cierto, pero comprendía qué pretendía su amigo: mantener al chico lo más lejos posible del pozo de acoplamiento antes de que aquellas cosas entrasen. Trig hizo cuanto pudo por escapar, se revolvió y dio patadas y puñetazos intentando escabullirse, hasta que Chewie intervino y sujetó al muchacho. Y aquello no se había parecido a un abrazo ni remotamente. El chico era más fuerte de lo que parecía. Chewie acabó llevándolo en brazos los siguientes veinte minutos hasta que Trig murmuró en voz baja:

—Ya puedes bajarme.

Aquello fue lo último que dijo.

Aunque comprendía que tenían que alejarse del pozo, a Chewbacca no le gustaba la idea de tener que aventurarse demasiado en el destructor. Los largos pasillos, los espacios desiertos que se iban encontrando al doblar las esquinas y donde no veían más que algunos droides, conformaban un vacío que no acababa de parecerlo. ¿Quién había diseñado todo aquello y quién lo había abandonado allí? ¿Habían muerto todos? Y, si habían muerto, ¿qué había pasado con los cuerpos? Parte de la aviónica aún funcionaba, y ocasionalmente se encontraban con salas completamente vacías en las que parpadeaban luces y sistemas atmosféricos y de navegación que se mantenían activos indefinidamente sin la intervención de ningún ser vivo.

Al final de un pasillo se toparon con el casco de un soldado imperial que yacía de lado, como un cráneo roto. Otro colgaba de una cadena sobre el primero, con la visera manchada de sangre seca. Han le dio una patada al primer casco y Chewie percibió el hedor dulce y putrefacto que manaba de él: la placa facial de plastiacero había sido cuidadosamente arrancada para dejar al descubierto la mandíbula inferior del soldado. Parecía una reliquia de una civilización ancestral, de un culto caníbal. ¿Quién podría hacer algo así?

Parecía que llevaban mucho rato caminando y tampoco sabían qué distancia tendrían que recorrer. ¿Y qué pasaría cuando llegasen al puente de mando? A pesar de la bravuconería de su compañero, Chewie se preguntaba si serían realmente capaces de pilotar el destructor estelar.

Habían encontrado otro bláster —lo único útil que habían descubierto hasta el momento— y Chewie se alegraba de poder llevarlo, aunque sólo fuese para proteger al chico.

—¿Qué es esto? —dijo Han un poco más adelante—. Chewie, échame una mano, ¿quieres?

Chewbacca miró hacia atrás para asegurarse de que el chico seguía caminando hacia ellos —y lo hacía, aunque sin levantar la vista del suelo— y se acercó a Han, que señalaba una pila de cajas de cartón que bloqueaba el pasillo. Parecía que alguien las hubiese dejado allí para hacer otras cosas más urgentes. Chewie observó la inscripción del lateral de una de las cajas.

DEPARTAMENTO IMPERIAL DE ARMAS BIOLÓGICAS

Cuando volvió a levantar la vista, Han ya estaba poniendo cajas a un lado para intentar abrir paso. Una caja grande cayó desde lo alto y Chewbacca vio salir de su interior un depósito de acero pintado de rojo. Impacto en la pared con un ruido hueco, rebotó y se detuvo bajo la bota de Han.

—¿Qué estarían haciendo aquí estos chalados? —dijo Han, más para sí mismo que para que Chewie lo oyera.

Pero el wookiee opinó de todas formas, y dio a entender que todo aquello le daba mala espina.

—A éste le ha reventado la válvula de presión —observó Han mientras inspeccionaba el tanque—. No tiene ni una sola marca, es como si se hubieran limitado a pintarlo completamente de rojo. ¿Ves alguno más por ahí?

—Aquí —dijo Trig. Mientras Han hablaba, Trig se había subido al siguiente montón de cajas, veinte o treinta al menos, apiladas en grupos de dos y de tres. El chaval era ágil. Chewbacca tardó casi el doble en subir hasta donde estaba él y asomarse para mirar.

Las cajas estaban llenas de cilindros, cientos, colocados en hileras perfectamente ordenadas. En la parte superior había unos cuantos botes rojos sueltos, pero el resto —los que se habían vuelto a embalar con precisión militar— se habían pintado de negro azabache. Chewbacca levantó uno de los negros y sintió que algo se agitaba en su interior.

Lo mostró para que Han pudiera verlo y dijo en shyriiwook:

—Está lleno.

—Será una fórmula diferente —dijo Han—. Con una combustión distinta o algo así… ¿Quién sabe? —Se oyó un golpe cuando el cilindro resbaló de la mano de Chewbacca y cayó sobre los que estaban dentro de la caja—. Eh, ten cuidado con eso, ¿vale?

Chewie devolvió el bote negro a la caja y se fijó en que la lectura del indicador marcaba presión máxima. Se preguntó cuánto tardarían aquellos tanques en empezar a tener fugas igual que los rojos, y qué ocurriría cuando su contenido se filtrase a la atmósfera del destructor.

No le dijo a Han que el tanque se le había caído porque lo había notado bullir. Algo chapoteaba dentro y se movía de atrás hacia adelante, y la verdad era que parecía moverse solo. Como si algo se agitase arrastrándose por sus paredes internas para intentar salir. Algo vivo.

—Y por cierto, ¿quién tuvo la brillante idea de venir aquí? —preguntó Han, indignado, sin esperar una respuesta. Ya había subido la barricada de cajas improvisada para seguir a Chewbacca y a Trig hacia el otro lado. De los tres, Chewbacca era el que tenía mejor oído, y podría haber jurado que mientras caminaba empezó a oír un siseo.

Han se paró en seco.

—¿Qué es eso?

Chewie se detuvo, levantó la cabeza y, al mirar hacia arriba, emitió un alarido de aprensión. Oía algo sobre ellos, y se dio cuenta de que era un grito que se iba intensificando. Iba acompañado de un ruido sordo, como si una inmensa criatura de muchas patas caminase lenta y pesadamente justo sobre el techo de paneles de duracero.

Han señaló hacia donde se dirigían.

—Viene de allí.

Chewbacca vio que el muchacho se había quedado boquiabierto de la impresión. Las luces empezaron a fallar y el wookiee oyó los crujidos del metal sobrecargado con el peso de lo que fuese que se acercaba.

—Atrás, chico —dijo Han echando a Trig a un lado mientras apuntaba con el bláster hacia arriba—. Creo que va a…

El techo se combó, se retorció y se abrió. A través del hueco, Chewbacca vio una masa sólida de rostros de ojos negros y brazos y piernas que intentaban abrirse paso. Algunos llevaban uniformes imperiales; otros vestían armaduras de soldado de asalto, una pernera aquí, una hombrera allá, o llevaban cascos rotos. Sólo entonces se dio cuenta de cuántos podían ser, quizá cientos, o incluso más, un auténtico ejército de muertos. Intentaban alcanzarlo.

Alcanzar al chico.

Chewie no sabía quién había disparado primero. Uno de los dos, Han o él, o quizá ambos a la vez, descargaron los blásters contra aquella masa intrincada de cuerpos convulsos. Después de aquello cedió alguna pieza clave de la infraestructura del techo.

Fue como si se hubiese abierto de par en par un agujero entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Los cuerpos empezaron a caer frente a ellos: una avalancha de carne amarillenta y maloliente y armaduras rotas, manos ávidas y bocas que chillaban. Algunos aterrizaron de pie; otros se golpearon contra el suelo y se quedaron así, como animales, sonriéndoles, mostrándoles los dientes. Su mirada era vacía, falta de vida y parecía espantosamente hambrienta.

—¡Ponte detrás de mí! —gritó Han.

Trig no se movió. Chewbacca se dio cuenta de que se había quedado paralizado. Lo cogió por el brazo y se lo puso detrás mientras Han y él se daban la vuelta y abrían fuego.

Las cosas muertas retrocedían como si no esperasen los disparos. Chewie disparaba a quemarropa y veía cómo los cascos de los soldados imperiales estallaban y dejaban al descubierto rostros hinchados y putrefactos que sólo expresaban ira. A su lado, Han gritaba algo, pero Chewbacca no lo oía con los disparos. El pasillo que tenían enfrente se estaba llenando de humo. A lo lejos, desde lo que parecía el otro lado del espacio, sentía cómo Trig se agarraba a él con todas sus fuerzas. Los dedos del muchacho se le hundían en el brazo, aferrándose a la vida.

Desde el techo iban apareciendo más de aquellas cosas, unas caían, otras saltaban, los nuevos cadáveres se apilaban sobre los que ya estaban allí. Chewie comprendió que aquellos cuerpos no dejarían de acudir por mucho que disparasen. Rugió con fuerza.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —Han lo cogió por el brazo—. Vamos, te cubro.

Vio que Han señalaba otra puerta al final del pasillo. Chewie cogió al chico, se dio la vuelta y se lanzó hacia la puerta sin mirar atrás. Un instante después, Han saltó tras él, pulsó la consola al otro lado, cerró la puerta y disparó contra el mando de apertura. Chewbacca se dio cuenta de que los oía al otro lado, abalanzándose sobre la puerta, gritando.

Han y él se miraron, y Chewbacca vio en la cara de su amigo algo que no había visto en mucho tiempo: auténtico miedo. Durante un momento Han se puso tan pálido que la cicatriz de su barbilla resaltaba más que nunca. Era como verlo envejecer de forma prematura veinte años en un momento.

Han abrió la boca para hablar, y entonces algo golpeó la puerta con un peso y una fuerza inimaginables. Era como si todo lo inevitable de su futuro, independientemente de lo breve que pudiese llegar a ser, se hubiese concentrado al otro lado de la puerta con una boca llena de dientes brillantes y amarillos.

Echaron a correr.

CAPÍTULO 31
JINETES DE ATAÚDES

Cuando Jareth Sartoris abrió los ojos, seguía atrapado en la cápsula de salvamento. Le dolía la cabeza como si la hubieran partido por la mitad con un bastón gaffi, y tenía la pierna derecha retorcida y parcialmente atrapada bajo el panel frontal, que se había desprendido.

Con cuidado y gran esfuerzo consiguió sacarla, deslizando la rodilla y rotando el tobillo lentamente, obviando el agudo dolor que sentía.

«Nada roto.»

Inspiró, espiró con alivio y fue recobrando los sentidos poco a poco. ¿Estaba en el espacio? ¿Cuánto tiempo había permanecido inconsciente?

Miró la pantalla de navegación de la cápsula y vio que el contador seguía marcando los minutos y segundos tras el despegue de la lanzadera. Según la lectura se había eyectado hacía casi cuatro horas, lo que significaba que llevaba inconsciente…

Volvió la cabeza y miró a través del ventanal roto.

Entonces lo recordó.

* * *

La lanzadera había salido de la *Purga* según lo previsto, dejando a los hermanos Longo con idéntica expresión de angustia estampada en sus rostros. La ligera punzada que Sartoris había sentido en aquel momento lo había cogido por sorpresa. ¿Realmente esperaban que los fuese a llevar con él?

No, claro que no. Entre los Imperiales de prisiones había un dicho: «Aquí no hay niños». Había internos, convictos, sólo enemigos del Imperio, y lo que les había ocurrido a ellos y a su padre —Sartoris ya había empezado a pensar en la muerte de Longo con extrema vaguedad— no tenía nada que ver con lo que estaba ocurriendo ahora.

Aun así, aquella voz le hablaba en su interior, casi imperceptible pero implacable: «Mataste a su padre y ahora los abandonas a su suerte».

De acuerdo. ¿Y qué? La galaxia era un lugar hostil para los críos. El mismísimo padre de Sartoris, ladrón de poca monta y adicto a los palitos de muerte, lo había golpeado salvajemente durante toda su infancia, y a veces sólo paraba cuando temía haber matado al chico. Una noche, cuando Jareth tenía dieciséis años, su padre fue tras él para pegarle con una porra de torsión oxidada; por primera vez el muchacho se quedó quieto, le arrebató el arma de las manos y golpeó a su padre en la cabeza. Nunca olvidaría su cara al morir, con una expresión de desconcierto absoluto, como si no entendiese por qué su hijo se había vuelto contra él. A continuación, Jareth arrastró el cuerpo fuera de la casucha que compartían y lo abandonó en un callejón. Las autoridades locales darían por hecho que el viejo había sido víctima de la última de sus incontables malas decisiones. Al día siguiente, Jareth mintió sobre su edad, se unió al Imperio y no volvió a mirar atrás.

Hasta la fecha Sartoris no había tenido hijos —ninguno que él supiera, claro—, y aquello era una bendición. Durante su vida adulta apenas había pensado en la criatura caótica y estruendosa a la que una vez había llamado padre, mucho menos en la idea de su propia paternidad. Pero mientras la cápsula se alejaba de la barcaza prisión dejando atrás a Trig y a Kale Longo, Sartoris se dio cuenta de que había recordado a su padre de forma más vivida que nunca. Aunque «recordar» era un término demasiado sentimental para describirlo. Era casi como si Gilíes Sartoris estuviese sentado a su lado, contemplando con aprobación la forma en la que su hijo —tras una vida de fechorías— había conseguido cumplir su destino. Que Jareth Sartoris no tuviese descendencia no había evitado que relegase a los hijos de otro hombre a la oscuridad absoluta.

Había pensado en todo eso cuatro horas antes, cuando había caído en la cuenta de que algo iba mal, antes de que las alarmas de la cápsula de salvamento empezasen a sonar. Se trataba de un fallo muy grave en el sistema de orientación. Más que dar vueltas en el espacio, había notado que la trayectoria se curvaba hacia atrás y hacia arriba, y luego recorría la barcaza a lo largo. Miró a través del ventanal…

Y entonces vio delante de él las fauces abiertas del hangar del destructor estelar mientras la cápsula descendía.

«Un rayo tractor —pensó mientras lo engullían las sombras del hangar—. Por eso no pudimos reanudar la marcha después de reparar los propulsores: el rayo tractor estaba activado.» Recordó haber pensado aquello a unos doscientos metros de altura: la barcaza prisión era demasiado grande para entrar en el hangar, pero el destructor pudo atraparlos cuando se acoplaron, sujetándolos por la torre que los conectaba. Para cuando los ingenieros descubriesen lo que pasaba, probablemente ya sería demasiado tarde.

Mientras la cápsula recorría el hangar, sintió que una fuerza lo obligaba a girarse y luego un golpe seco y aparatoso. La cápsula se hundió un poco y el metal chirrió contra el metal, como si hubiese quedado atrapada entre dos objetos más grandes. A continuación los laterales se abollaron. La pierna de Sartoris había quedado atrapada bajo el panel de navegación. Por segunda vez todo volvió a sacudirse. Cayó de cabeza y se golpeó contra algo.

Lo último que había visto antes de desmayarse había sido la imagen de su padre, que sonreía a su lado.

* * *

Ahora que había recuperado la consciencia, Sartoris se soltó las correas de los hombros e inspiró profundamente para salir de dudas. Estaba vivo y eso era lo único que importaba. Cambió el sistema de cierre interno a modo manual, flexionó la pierna y le dio una patada a la puerta para abrirla. La puerta salió disparada y desapareció. Un momento después la oyó repiquetear en el suelo a lo lejos.

Sacó la cabeza y echó un vistazo. La cápsula había aterrizado entre otras dos naves, un viejo ala-X de combate y un caza TIE volcado que se sostenía sobre uno de los paneles solares. Por suerte, su cápsula había aterrizado con la escotilla hacia arriba, de

otro modo habría quedado encerrado allí para siempre, atrapado entre dos iconos de la lucha por el poder de la galaxia. La idea de morir de hambre en la lanzadera golpeando la escotilla hasta que estuviera demasiado débil para moverse no le permitió apreciar la ironía de semejante muerte.

Salió, puso un pie sobre el ala-X y se paró un momento a echar un vistazo al hangar antes de saltar al suelo.

Seguía justo como lo recordaba: en su mayoría desierto, con un puñado de naves capturadas esparcidas por su superficie aquí y allá. Sartoris avanzó, pendiente del dolor del tobillo, tomándose su tiempo para no resbalar y empeorar las cosas. La última vez que había estado allí había ordenado al resto de la partida de reconocimiento que se pusiera en marcha sin pararse a realizar una inspección detallada, pero ahora merodeaba entre las naves con la aguda mirada de un hombre que evalúa sus recursos. En sus buenos tiempos hacían bromas sobre los pilotos de aquellos cazas TIE por la alta mortalidad de sus misiones y los llamaban jinetes de ataúdes. Sartoris miró hacia arriba y vio que alguien había arrancado las puertas y las cubiertas, en ocasiones con tanta fuerza que habían quedado colgadas por las bisagras. Se preguntó si habrían sido los jinetes intentando salir o algún depredador del exterior intentando entrar.

«¿Qué clase de depredador? Esto está desierto, ¿recuerdas?»

Como si de una respuesta se tratara, un coro de gritos frenéticos resonó en el hangar taladrando el silencio. Fue tan inesperado que Sartoris se sobresaltó y sintió cómo se le erizaba la piel de la espalda y de los brazos. De repente notó una fuerte presión en la cabeza. Durante un instante se quedó completamente quieto, con la plomiza sensación de un profundo terror irracional acumulándosele en la boca del estómago. Miró por todo el hangar, pero no vio nada.

Los gritos volvieron a sonar, esta vez más fuerte.

Directamente de su infancia, otra visión de su padre le cruzó la mente, y no era ni mucho menos agradable: el viejo lamiéndose los labios, los palitos de muerte siempre le dejaban la boca seca. Sartoris nunca había olvidado aquel ruido suave y húmedo que hacía su padre al mojarse los labios cuando entraba en su habitación para darle la paliza de la noche.

—Contrólate —murmuró. El corazón le rebotaba contra las costillas, no era consciente de estar hablando en voz alta—. Ahora mismo. Tengo que…

Entonces volvió a oír los gritos y aquella vez le pareció que provenían de todas partes a la vez. Subían y bajaban, rebotaban en las paredes del hangar como un animal en busca de comida.

Sartoris se volvió y a punto estuvo de gritar también. No veía nada. Los gritos —eran cada vez más y conformaban un alarido iracundo y ciclónico— siguieron aumentando, llenando el hangar vacío con un estruendo ensordecedor. Deseó poder convencerse de que era una especie de alarma a causa de alguna grieta en los conductos del aire o cualquier otra cosa que no fuese lo que en realidad parecía: una cacofonía de voces humanas.

Abrió los ojos aún más, deseando ver algo en vano. El gris crepuscular del suelo del hangar se extendía hasta el infinito, una ecuación para la que no había resultado. Recordó que no habían averiguado qué le había ocurrido a la otra partida de reconocimiento, a los que habían desaparecido allí arriba. Los gritos que sonaban ahora eran distintos de cualquier otra cosa que hubiera oído, excepto quizá en las peores pesadillas de su infancia. Era el griterío de los muertos, balbuceó su mente, cadáveres que no quisieron quedarse enterrados.

Y parecían enfadados.

De repente quiso echar a correr.

«¿Adónde?»

Entonces fue cuando empezaron los disparos.

CAPÍTULO 32
VIAJE HACIA EL ODIO

La primera vez que oyó los blásters, Zahara se apartó del pozo de un salto, en un movimiento reflejo. Cuando volvió a pensar con claridad, regresó y cogió a Kale por las axilas para arrastrarlo y alejarlo también de allí. Mientras tiraba de él por el suelo del hangar, el peso de su cuerpo herido caía muerto en sus manos y la cabeza le colgaba, pero vio que tenía los ojos parcialmente abiertos y percibió un atisbo de lucidez enterrada en algún lugar de su interior.

—Disparan… —balbuceó Kale—. ¿Por qué dis…?

Levantó un poco los párpados. La conciencia de lo que ocurría se reflejó en sus rasgos y frunció el ceño. Abría y cerraba la boca intentando decir algo, una pregunta que ella no pudo oír con el ruido.

Lo arrastró más rápido, corriendo hacia atrás para no perder de vista el pozo. En aquel momento el primer disparo de bláster atravesó la puerta del pozo de acoplamiento. Al mismo tiempo, oyó y sintió un crujido chisporroteante que retrocedía por los suelos de duracero y que dejó un corte negro en la pared de la torre, como una sonrisa boba y torcida. Entonces se produjo otra explosión, y otra, y el olor a metal caliente lo inundó todo, el olor a ozono y a humo acre que Zahara asociaba con la maquinaria estropeada. Hubo otra ráfaga de disparos aún mayor, con artillería más pesada, seguida de una lluvia de metralla que cruzó el aire junto a su cara.

Siguió avanzando hacia atrás, sin mirar.

El agujero del pozo ya era bastante grande y los veía detrás, lanzándole miradas lascivas mientras se agarraban al duracero retorcido y caliente e intentaban arrancarlo. Habían llenado el pozo con sus cuerpos, presos que aún llevaban el uniforme, humanos y otras razas, guardias, administrativos, ya no estaban segregados, sino que se mantenían unidos con un ansia y una urgencia que no habían tenido en vida. Ya casi les veía la cara. Labios hendidos. Narices arrugadas. Ojos muertos y amarillos iluminados por la malicia de un animal estúpido. Un brazo verde y escamoso levantó un rifle bláster y empezó a disparar a ciegas hacia el hangar; los rayos rojos se perdían en la distancia e impactaban en algo demasiado lejano como para distinguirlo. En el interior del tubo dispararon más blásters y el agujero fue creciendo, ensanchándose a lo largo y a lo ancho.

«Ten cuidado, no ves por dónde vas, si vas demasiado rápido…»

A pesar de pensarlo, sus pies tropezaron, cayó al suelo y el cuerpo de Kale quedó sobre ella.

«¡Vamos, vamos, arriba, ahora!»

Saltó hacia atrás, buscando a Kale a tientas, esforzándose por levantarlo del suelo, y cometió el error de mirar una vez más.

Habían empezado a salir.

El agujero irregular que habían abierto con los blásters estaba lleno de aristas y se cortaban al pasar. Aquellas agujas de duracero rasgaban los uniformes y se clavaban

profundamente en los sacos de carne podrida que tenían por cuerpo. Uno de ellos —un guardia cuya cara reconoció vagamente de sus visitas a la enfermería— quedó instantáneamente empalado con los brazos colgando mientras los demás pasaban sobre él.

En sus brazos, Kale gruñó, intentó estirar el cuerpo, se retorció de dolor para mirarla y volvió a convertirse en un peso muerto. Se dio cuenta de que intentaba hablar con ella; a pesar de sus heridas había reunido fuerzas para gritar, pero seguía sin poder oírlo con los disparos de los blásters.

Tiró de él más rápido, moviéndose a ciegas, dando pasos más cortos y rápidos. Su peso la ralentizaba y ahora las primeras cosas empezaban a acercarse a ella. Una de ellas era Gat. La que había sido una cara familiar se contorsionó hasta esbozar una espantosa sonrisa famélica. «Te voy a devorar —decía la sonrisa—, y tu carne me sabrá muy bien.»

Se produjo un breve momento de silencio, una calma incidental, y aunque a Zahara le pitaban los oídos, se dio cuenta de que Kale estaba gritando.

—¡Suélteme!

—No —dijo ella sin preocuparse de que él la oyese. Lo importante era que lo había dicho para sí misma: no iba a dejarlo allí. Frente a ella, quizá a seis metros, tres guardias muertos y unos doce presos se pararon como para aclimatarse al ambiente. A continuación echaron a correr directamente hacia ella desmadejadamente y con la boca abierta, contoneando los brazos, bamboleando las piernas, disparando sin parar. Y estaban afinando la puntería. Los disparos les pasaban cada vez más cerca.

—¡Suélteme! —gritó Kale—. ¡Váyase! ¡Corra!

«Cállate», pensó. Tenía la adrenalina desatada, estallándole en la base del cráneo, y su carrera marcha atrás se aceleró más todavía. Ya ni siquiera sentía las piernas como una parte de su cuerpo y corría a una velocidad cegadora. Las cosas se alejaban, intentaban correr, pero no conseguían igualar su velocidad. Podía dejarlos a todos atrás, incluso arrastrando a Kale y…

Se oyó otro golpe metálico y Kale se sacudió violentamente en sus brazos y luego se quedó inmóvil.

Zahara dejó de correr al sentir un calor húmedo que se le extendía por el torso y las piernas. De cintura para abajo estaba completamente empapada en sangre.

Miró hacia abajo.

La mitad derecha de la cara de Kale había desaparecido y ahora era como una media luna carnosa. El cráneo reventado sobresalía a través del cuero cabelludo como terracota agrietada; el hueso de la mandíbula colgaba torcido de un solo lado. Había recibido el disparo que podía haber atravesado el abdomen de Zahara. El ojo que le quedaba miró hacia arriba y se empañó. Ya olía el terrible y dulce aroma del cabello y la piel cauterizados.

Cuando la cabeza cayó a un lado, Zahara vio que la parte izquierda de su cara estaba casi completamente intacta, a excepción de una única mota escarlata que tenía bajo el ojo.

Se oyó un gruñido apagado y Zahara volvió a levantar la mirada.

Frente a ella, las cosas avanzaban rápidamente, motivadas por la sangre fresca.

Zahara lo dejó allí y echó a correr.

CAPÍTULO 33
PASARELA

Se habían perdido… Trig lo sabía.

Todo había empezado mientras corrían a ciegas al otro lado de la puerta que Han había bloqueado. Nadie había dicho nada acerca de qué camino tomar; simplemente habían echado a correr lo más rápido que habían podido, alejándose de los golpes y los gritos de las cosas que habían dejado atrás. Habían corrido lo que parecían kilómetros —imposible, lo sabía, pero con la subjetividad no se podía discutir—. Al final, cuando ya estaban exhaustos, bajaron el ritmo para coger aire, pero tampoco hablaron.

Aquélla fue la primera vez que Trig pensó que Han había dado la vuelta de alguna forma y ahora los conducía en la dirección equivocada.

«Quizá volvamos hacia esas cosas del techo, quizá…»

Trig borró aquel pensamiento de su cabeza, negándose a dedicarle un segundo más. Era mejor concentrarse en el lugar al que se dirigían. Los largos pasillos y los conductos de paso principales parecían todos iguales, los conductos de ventilación y los colectores también empezaban a parecerse, y cuando llegaron a otro grupo de turboascensores, que parecía exactamente igual que el último que habían visto, Trig no pudo callárselo más.

—Estamos caminando en círculos —dijo.

Han no dijo nada, ni siquiera lo miró. Miraba atrás y adelante en las intersecciones, considerando las opciones mentalmente.

Trig carraspeó.

—¿Me habéis oído? He dicho…

—¿Crees que puedes llevarnos al puente de mando, chaval? —le espetó Han. Tenía los ojos hundidos y apagados—. Tú mismo.

—Sólo digo… —señaló el camino por el que Han parecía decantarse— que me da mala espina.

—Sí, bueno, estamos en un destructor estelar y nos persiguen muertos vivientes. Aquí nada da buena espina. —Han se frotó la cara, y cuando bajó la mano y miró a Chewbacca vio que tenía una expresión de profunda duda—. Hemos venido por allí, ¿no?

El wookiee emitió un gruñido vacilante y lastimero.

—Estupendo. Se supone que tú tienes el sentido de la orientación más desarrollado.

—Creo que si cogemos un turboascensor, bueno, y subimos… —empezó a decir Trig.

—Casi hemos llegado a la torre de control. —Han se agachó y tocó la cubierta que pisaban con las puntas de los dedos—. ¿Notas cómo vibra el suelo?

Trig asintió con indecisión.

—Probablemente estemos justo encima del generador principal. —Han estiró un pulgar y señaló a la derecha—. Es por aquí, todo recto, lo presiento. Casi hemos llegado. Por esta puerta.

Accionó un botón de la pared. Se oyó un zumbido, toda la plataforma resonó todavía más bajo sus pies, y un gran espacio vacío se abrió ante ellos.

Casi simultáneamente, los tres dieron un paso atrás y lo contemplaron.

Unas enfermizas luces amarillas y verdes iluminaban la estancia desde arriba, y Trig se inclinó ligeramente hacia adelante, estirando el cuello todo lo que pudo para hacerse una idea de sus dimensiones. Cuando su vista se adaptó a la luz, vio que se encontraban al borde de un precipicio que dominaba una cámara profunda y cavernosa que por un momento les pareció el mismísimo vacío del espacio. Se dio cuenta de que los pulmones le pedían aire a gritos, y se permitió el lujo de tomar un tembloroso aliento.

—¿Lo ves? —dijo Han con una voz un tanto débil—. Te dije que estábamos arriba.

Trig miró hacia abajo para contemplar la gran forma cilíndrica, de la que sólo se alcanzaba a ver la mitad, y sus voces sonaron muy pequeñas frente a aquel abismo.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó.

—La turbina del motor principal, seguramente.

—Es grande.

—Es una nave grande, chaval, de las que le gustan al Imperio. —Han señaló al otro lado y su voz se fortaleció con una especie de confianza prefabricada—. ¿Ves ese conducto cuadrado de servicio? Probablemente sea la plataforma elevadora que conduce al puente.

Trig entornó los ojos. No sabía cómo cruzar, y dudó que Han lo supiera. Su atención se centró en dirección a la turbina silenciosa. ¿Cómo sería caer desde semejante altura? Tendría mucho tiempo para gritar, eso seguro… Un grito decreciente e interminable, que se prolongaría mientras la oscuridad lo engullía. Se preguntó qué podría pasar si la parte más baja del destructor estelar estuviese abierta y cayera a través de ella… ¿Sería posible caer directamente sobre la fría y hostil galaxia?

—¿Cómo cruzamos?

Han señaló algo.

—Lo estás viendo.

Trig frunció el ceño. La pasarela que tenían enfrente era tan estrecha que al principio pensó que era una moldura más de la pared. Recorría todo el borde y se extendía hasta donde le alcanzaba la vista, supuestamente hasta el otro lado.

—No hay barandilla.

—Sí, ya, pero a buen hambre no hay pan duro.

—Tiene que haber una forma más fácil de pasar.

—Seguro que la hay —dijo Han—. Pero no quiero quedarme aquí más de la cuenta.

Trig volvió a pensar en el turboascensor que había sugerido que cogieran un poco antes. No cabía duda de que era el camino más habitual para llegar al puente. Pero ¿quería volver allí solo? ¿Podría volver a encontrarlo en aquel momento?

Miró a Chewbacca, pero el gran wookiee no parecía preocupado, y Han ya había empezado a avanzar estirando los brazos a los lados para mantener el equilibrio.

—Mantén la cabeza erguida, no mires abajo y no pasará nada. —Miró al wookiee y le dijo—: Venga, ¿a qué estás esperando?

Con un rugido de desgana, Chewbacca se puso detrás de él, y Trig comprendió que era su turno. Pensó que probablemente Han tendría razón acerca de la torre de control —aunque fuese engreído y testarudo, parecía estar asombrosamente bien informado sobre la estructura general del destructor—, pero al acercarse y poner los pies en la pasarela, Trig sintió que las tripas se le aflojaban y se convertían en agua. Notaba las piernas tan ligeras que las rodillas le temblaban hasta los muslos, y cuando las palmas de las manos le empezaron a sudar, de repente supo que iba a morir así, cayendo al vacío. Todo su sentido del equilibrio se esfumó.

—No puedo —murmuró.

Han se dio la vuelta y lo miró. Trig notó cómo le clavaba la mirada y se puso colorado.

—Vamos, no tenemos tiempo para levantarte la moral.

Trig intentó tragar, pero tenía la garganta demasiado pegajosa. Forzó las palabras.

—Tiene que haber otra forma. A lo mejor vuelvo al turboascensor.

—¿Solo? —preguntó Han.

—Entonces os esperaré aquí. Cuando reactivéis los motores… —Asentía con la cabeza como para convencerse a sí mismo—. Nos veremos aquí, ¿de acuerdo?

Han lo miró otra vez. La distancia que los separaba ya era considerable y Trig no pudo distinguir la expresión de su cara, pero una pequeña y avergonzada parte de él supuso que probablemente fuese una mezcla de exasperación y quizá algo de desprecio.

Pero si sentía desprecio no se le notaba en la voz.

—De acuerdo —dijo—. Volveremos a buscarte.

Entonces Chewbacca y él se dieron la vuelta en dirección contraria y siguieron avanzando por la pasarela.

Trig se quedó mirando aquellas dos sombras que se abrían paso en la oscuridad hasta que ya no estuvo seguro de verlos. Entonces desaparecieron y se quedó allí, solo.

Nunca se había odiado a sí mismo tanto como en aquel momento. Pensó que Kale lo habría hecho sin pensárselo dos veces. Sin embargo, su vida siempre había estado llena de momentos en los que los nervios lo traicionaban en mayor o menor medida, y aquél era probablemente el último de los muchos que vendrían.

Se quedó plantado al borde del abismo durante lo que pareció un rato largo, esperando oír a Han gritar en la distancia: «¡Ya estamos aquí!» o «¡Hemos llegado!», pero no oyó nada parecido.

«A lo mejor se han caído», le susurró una voz agorera. Pero si se hubieran caído, ¿no los habría oído gritar?

Se sentó junto a la puerta abierta, a una distancia prudente del borde, y miró hacia abajo, escuchando el sonido de su propia respiración, el ruido sordo de los latidos del corazón.

Al final empezó a oír ruidos que provenían del fondo de la cámara. Crujidos que venían de más abajo de donde le alcanzaba la vista.

«Son ellos. Están ahí abajo.»

Se puso en pie inmediatamente, más sobresaltado por la idea que por el crujido de sus rodillas, e intentó ver más allá. Había oído que los destructores estelares llevaban una tripulación de ocho mil individuos o más. ¿Y si se habían infectado todos? Tendrían que anidar en algún sitio, ¿verdad? ¿En algún lugar oscuro donde cupiesen todos? Quizá los que habían aparecido por el conducto de ventilación viniesen de allí, quizá aquél fuese el sitio en el que esperaban. Y se habían dirigido hacia el hangar principal, como si los llamase un…

Se dio la vuelta, sobresaltado por la sensación de que algo lo vigilaba.

No fue sólo una sensación.

En el extremo del conducto, a unos diez metros, una cara lo miraba de reojo desde la penumbra. Aún desde esa distancia, Trig la reconoció al momento, aunque su nombre tardó un rato en salir de sus labios entumecidos.

—¿Kale?

Su hermano lo miró de perfil, sin volver la cabeza, como si estuviera en trance. Entonces echó a andar, pulsó un botón de la pared y una puerta se abrió ante él.

—¡Kale, espera! No…

Kale salió por la puerta y desapareció.

Trig corrió tras él por el pasillo que había recorrido antes, tambaleándose, notando pinchazos en las piernas por todo el tiempo que había permanecido sentado e inmóvil. ¿Tanto tiempo había estado esperando? Tenía la impresión de que las rodillas le temblaban y se le retorcían, y se preguntó si aguantarían su peso.

Llegó a la puerta que había abierto su hermano y pulsó el interruptor. La puerta, que silbó al abrirse, no era tan grande como la que Han había descubierto sobre la turbina. Era una puerta normal, y en cierto modo aquello le hizo sentirse mejor.

Entró.

—¿Kale? Soy…

Su voz se ahogó.

Aquella cámara aún estaba más oscura que el pasillo que había dejado atrás. A primera vista parecía igual de grande que el abismo que se había negado a cruzar, pero aquello era una especie de depósito de residuos. Una montaña de basura se alzaba hasta el techo, y el hedor fétido, marrón y excremental que manaba de ella sobrepasaba los límites de lo nauseabundo.

Trig se tapó la boca con la mano y miró a su alrededor con los ojos encharcados, intentando no vomitar. No veía a su hermano por ninguna parte, pero Kale había entrado unos segundos antes que él.

—Kale —dijo otra vez, con cierto temor a alzar la voz allí dentro—. Soy yo. ¿Qué estás haciendo aquí?

Detrás de él, la puerta se cerró.

CAPÍTULO 34
COLINA DE PIEL

No era basura.

Trig se dio cuenta en cuanto dio otro paso hacia la montaña con la esperanza de ver algún rastro de Kale al otro lado. En aquel momento su pie chocó contra algo blando, y cuando miró hacia abajo, vio que se trataba de una pierna humana.

Alzó la vista lentamente.

La pierna estaba unida a un torso, cubierto por otro, y otro. La pila se levantaba frente a él amontonando cientos de cuerpos desmembrados: cabezas, brazos, piernas y cuerpos enteros, huesos al descubierto, mucho de ellos aún vestidos con uniformes imperiales y armaduras incompletas de soldados de asalto. La pila llegaba hasta el techo. Los detalles saltaban sobre él desde todas partes. Los cuerpos estaban destrozados, como si los hubiesen despiezado en un matadero. Algunos llevaban esposas y grilletes, otros yacían en pedazos, otros parecían estar parcialmente devorados, como porciones de carne roída. Muchos de los miembros estaban tan hinchados que la piel se había abierto como si fueran salchichas, y Trig se dio cuenta de que estaba pisando un charco pegajoso de una sustancia que segregaban los cuerpos y que inundaba el suelo.

Sintió que la sala empezaba a dar vueltas a su alrededor. Un grito nació y murió en su garganta, ahogado por su incapacidad para abrir la boca y dejarlo salir. En su lugar, retrocedió torpemente, intentando no mirar lo que tenía delante, a su alrededor, deseando que no estuviese allí pero incapaz de alejarse. Detrás de él estaba la puerta por la que había entrado, la escotilla que lo sacaría de allí, pero no logró encontrar el botón que la activaba. Empezó a golpear las paredes al azar, pero nada.

Al final, el sello que tenía en la garganta se abrió y dejó escapar un grito, una combinación de «ayuda» y «Kale», y entonces oyó aquellos ruidos, un susurro húmedo y suave que procedía del interior de la montaña. Desde dentro, algo hizo que los cuerpos se movieran, cayeran y cambiaran de sitio.

Y entonces vio que ese algo salía al exterior.

Primero una cabeza blanca, como la de un gusano, y después el resto del cuerpo, que se fue deslizando hasta acabar en el suelo.

Se puso en pie. Una silueta vestida con harapos empapados y un casco de soldado de asalto ensangrentado lo miraba fijamente. La visera oscura polarizada del casco estaba rajada y mugrienta, empapada de mucosidades y sangre. El respirador estaba roto por un lado y Trig vio por un segundo la garganta infectada y cubierta de escamas. Tenía la placa facial cubierta de sangre, y a Trig se le pasó por la cabeza que posiblemente aquella cosa se había abierto paso a mordiscos.

Empezó a avanzar pesadamente hacia él.

Trig retrocedió e inmediatamente tropezó y cayó al suelo. Se levantó de un salto, se tambaleó y echó a correr alrededor de la base de la montaña. Imaginó que lo que oía era a aquella cosa yendo tras él, pero bien podría haber sido el martilleo de su propio corazón.

No se atrevió a mirar atrás. Pero lo sentía allí, acercándose cada vez más, como una presencia cada vez más acusada, como la presión que se le acumulaba detrás de los ojos y en el pecho y que lo empujaba hacia adelante, cada vez más rápido.

La estancia le daba vueltas. Trig miró a derecha y a izquierda. Dondequiera que estuviese la puerta, ya la había perdido. El miedo le había arrebatado todo sentido de la orientación. Ni siquiera recordaba por dónde había entrado.

Al correr a toda prisa alrededor de la pila, chocó con tres cadáveres que parecían estar atados con cuerdas unos a otros por muñecas y tobillos, y algo le llamó la atención en la parte de arriba: un destello de luz.

Al mirar atentamente al techo vio un conducto de ventilación abierto a unos diez o quince metros, quizá más.

Al final se detuvo, miró atrás y vio que la cosa del casco de soldado venía tras él. Era cuestión de segundos.

Aquella vez Trig no se paró a pensar.

Empezó a trepar.

* * *

Era incluso peor de lo que había imaginado. La inmensa pila de miembros amputados y cabezas seccionadas conformaba un tejido blando que se desmoronaba constantemente, deslizándose y deshaciéndose según Trig trepaba por ella. El hedor parecía intensificarse a medida que descubría las capas inferiores de carne putrefacta que aún no habían estado expuestas al aire. Controlar las arcadas era una batalla constante que no siempre ganaba, y la temblorosa sensación de las náuseas continuas sólo dificultaba su ascenso.

Intentó centrarse en el conducto de ventilación, obligándose a pensar sólo en salir de allí. Cada pocos segundos miraba atrás. No podía evitarlo.

La cosa del casco trepaba tras él.

Reptaba con la firme implacabilidad de una criatura sacada de sus peores pesadillas. Y, en realidad, aun en las profundidades de su dificultoso ascenso, Trig no podía evitar recordar la voz de Aur Myss en la celda contigua a la suya prometiendo que volvería a por él y a por su hermano. ¿Sería Myss aquel muerto viviente que lo perseguía? ¿Cómo había llegado a aquella parte del destructor antes que él y qué había estado haciendo en las entrañas de aquella pila de escombros humanos? Ninguna de estas preguntas se le pasó por la mente. Sólo sabía que lo había seguido hasta allí para satisfacer un deseo que lo controlaba.

Ira.

Muerte.

Hambre.

En la montaña algo se movió debajo de él.

«No es más que otro trozo de cuerpo, no lo pienses, no dejes que…»

Notó que una mano fría y llena de costras salía de la pila y le agarraba el tobillo.

Trig dejó escapar un desgarrador grito de pánico y al soltarse la pierna a punto estuvo de perder el equilibrio y caerse. Se quedó sobrecogido por la imagen de su pequeño e indefenso cuerpo rodando por la pendiente de cadáveres, mientras manos, brazos y bocas arremetían contra él arrancándole trozos de carne hasta que al final añadían su carcasa sangrienta a la montaña.

En lugar de trepar más rápido, se obligó a escarbar, a impulsarse hacia arriba, haciendo resbalar los cuerpos mientras subía. Ya estaba lo bastante cerca de la cima como para ver el interior del enorme conducto de ventilación que permanecía abierto.

«Vamos. Vamos.»

Con lo que pareció un esfuerzo sobrehumano impulsó todo su cuerpo hacia arriba. En aquel momento su cerebro ya se había bloqueado por completo. Ya no percibía el hedor de la habitación, ni siquiera notaba la horrible y gélida presencia que lo perseguía. Sólo era consciente de lo que tenía delante y de lo mucho que necesitaba llegar hasta allí, y los últimos momentos, a medida que se acercaba a la cima de la pila, no dejaron huella alguna en su memoria; podría haberse tratado perfectamente de otra persona, de un extraño.

Recobró la conciencia cuando sus dedos se aferraron al frío metal, a la bendita solidez del borde exterior del conducto, y con un jadeo hizo palanca con el tronco, metió las piernas tras él y sólo entonces se permitió el lujo de espirar. El conducto de ventilación no era mucho más ancho que sus hombros, pero sí era lo bastante largo.

Trig miró a su alrededor con una leve histeria. El corazón le latía con fuerza intentando cerrar un agujero que se le había formado en el pecho, y los músculos de la garganta se movían salvajemente arriba y abajo.

«Voy a gritar otra vez. Bueno, adelante, llora. Supongo que te lo has ganado.»

Pero se dio cuenta de que tenía los ojos secos. Al final, al alcanzar la cumbre de la montaña de cuerpos humanos, había llegado a un lugar que estaba más allá de las lágrimas. Debajo se oyó un silbido, una respiración, y vio que la criatura del casco de soldado seguía trepando por la montaña de cuerpos.

Trig miró a un lado y a otro del conducto. Escogió una dirección y empezó a arrastrarse.

CAPÍTULO 35
TODA LA TRIPULACIÓN

En el hangar principal, Sartoris observaba las sombrías siluetas que se le acercaban.

Los había visto por primera vez justo después del tiroteo. Al principio sólo eran un puñado, luego fueron apareciendo más, y ahora ya eran un grupo numeroso. Se movían en masa, como un único organismo hecho de innumerables piezas más pequeñas. Estaban lo bastante cerca como para verles las caras. Eran hombres con los que había trabajado durante años en la barcaza prisión, guardias a los que había llamado por su nombre de pila, soldados que habían acatado sus órdenes con una lealtad incuestionable, presos que en su día se habían estremecido de terror a su paso. Ahora avanzaban juntos, apretando sus cuerpos hinchados y destrozados por la enfermedad, hermanados definitivamente en la muerte.

Venían a por él.

Oyó un sonido metálico a su espalda. Un suave rugido colectivo escapaba de las sombras profundas y feroces, y Sartoris se volvió y miró entre las naves capturadas, donde le pareció ver algo que se movía detrás del ala-X. De alguna forma también habían conseguido situarse detrás de él. Los veía moverse, apiñados en las sombras, acechándolo.

«¿De dónde han salido?»

Aquélla era la primera lección del manual para guardias de prisiones, una que nunca se olvida: «Nunca les des la espalda a los presos». Pero Sartoris comprendió que ya era demasiado tarde. La certeza de que iba a morir le llenó el estómago como un gran trago de agua helada y contaminada. Las gotas de sudor empezaron a recorrerle la columna, cayéndole entre los omóplatos y bajándole hasta la cintura y por los pantalones.

Las figuras que tenía enfrente se acercaban cada vez más. Parecían avanzar poco a poco por momentos, como en secuencias en las que se habían eliminado las transiciones. No apartaban la mirada de él, y sus movimientos hacían gala de una astucia sigilosa y primitiva. Se preguntó si seguirían analizándolo o si simplemente obtenían un placer atávico al observarlo. En cuestión de segundos no importaría: ya estaban lo bastante cerca para abalanzarse sobre él y despedazarlo. Incluso podrían dispararle si quisieran. Todos llevaban blásters.

Las criaturas que tenía a su espalda empezaron a gritar.

Los presos y los guardias que tenía enfrente devolvieron el grito a modo de respuesta. Sartoris vio que les colgaban hilillos de baba de la boca, tanto a los humanos como a los seres de otras razas. A un grupo de presos wookiees la saliva les brotaba a chorros entre los colmillos y les caía por la barbilla empapándoles el pelo. Parecían más dispuestos a devorarlo vivo que a dispararle. Quizá prefiriesen la carne cruda.

—Vamos, venga —dijo con una sonrisa—. ¿A qué estáis esperando?

Como si esperasen la invitación, rompieron filas y cargaron contra él, y Sartoris, que hasta aquel momento no había sabido qué hacer, miró el ala-X abandonado, se agarró al

ala y se colgó de ella. Se subió arqueando las piernas para alcanzar la cubierta de la cabina de mando, se dio la vuelta, ocupó el asiento del piloto e intentó cerrar la cabina, pero la cubierta estaba rota y no cerró bien.

En cuestión de segundos, todos los errores de su imprudente plan salieron a la luz. Ya oía a los dos grupos de criaturas moviéndose bajo el ala-X: el ruido sordo que hacían al caminar todos juntos, el hambre que les hacía mecer el caza de atrás hacia adelante para intentar volcarlo mientras otros trepaban por el morro cónico de la nave. Los tres presos wookiees que había visto antes ya habían alcanzado la cubierta e intentaban arrancarla, o quizá sólo pretendían llegar hasta allí para atacarlo mientras estaba sentado. Imaginaba perfectamente sus cuerpos peludos encorvados sobre su torso abierto en canal, arrancando y destrozando todo lo que quedaba en aquella olla de sangre que una vez había sido la cabina del ala-X.

Por primera vez sus ojos se fijaron en la pantalla de aviónica. El panel de instrumentos relucía con el brillo lechoso de la electrónica dormida, pero entonces empezó a parpadear lentamente, como si se hubiera activado con su presencia. Justo sobre el acelerador, la luz verde de la mira parpadeaba sin cesar, y Sartoris vio los interruptores que activaban las armas y los cañones láser y los que alineaban los torpedos de protones.

Desde arriba, varias manos bajaron a la vez y le hundieron las garras en el cuello. Olía a los wookiees infectados. Su salivación y los gemidos bronquiales y hambrientos que emitían al respirar estaban cada vez más cerca. La saliva caliente les goteaba sobre la cara y notó la presión de algo duro y punzante.

Sartoris apretó el gatillo.

Todo su mundo se sacudió hacia atrás. El disparo láser salió por la boca de ambos cañones a la vez, una luz cegadora que hizo desaparecer a la turba de presos que tenía enfrente como si les hubiese dado marcha atrás. Los wookiees que buscaban su garganta desaparecieron, salieron disparados con un alarido de ira y sorpresa, y Sartoris se dio cuenta de que el ala-X seguía deslizándose por el hangar, propulsado por la fuerza del retroceso. Todo acabó de repente con un gran golpe. La potencia de los motores de la nave la hizo impactar contra algo más sólido, probablemente la pared del hangar. Se incorporó en el asiento y vio que había chocado contra una nave de aterrizaje imperial, una lanzadera de la clase Centinela, que parecía haber caído en la cubierta tras ser atrapada por el rayo tractor.

«Tiene que haber una escotilla de emergencia en alguna parte. ¿Dónde está?»

Saltó sobre el casco de la lanzadera, echó a correr y notó que la nave se tambaleaba bajo sus pies. Ya habían llegado hasta allí en oleadas, y los gritos volvían a ser cíclicos. Cuando llegaron bajo la lanzadera, perdió el equilibrio y cayó de bruces a través de la escotilla.

Después todo se puso negro.

Sartoris abrió los ojos al tiempo que emitía un quejido ahogado. Estaba tumbado de espaldas en el interior de la oscura cabina de la lanzadera y el acero corrugado le

presionaba el cuello. En el exterior del casco de duracero reforzado los oía arañar y golpear la nave débilmente. Se produjo una breve pausa. Algo mucho más pesado golpeó la lanzadera, una explosión. «Blásters otra vez», pensó, cansado, y lo único que deseó fue volver a desmayarse.

—¿Los has traído contigo? —preguntó una voz ronca en la oscuridad.

Sartoris se sobresaltó y vio varios pares de ojos que lo miraban. A medida que iba adaptándose a la oscuridad se dio cuenta de que se trataba de un grupo de hombres vestidos con uniformes imperiales que les quedaban grandes y que lo observaban desde los asientos situados en los laterales de la cabina de la lanzadera. Reaccionó sin pensar, retrocedió e intentó escabullirse sin éxito.

—No pasa nada —dijo la voz—. No estamos infectados.

Sartoris los examinó más detenidamente con el corazón aún atravesado en la garganta. Después de todo que lo ocurría fuera no pudo evitar que la apariencia de aquellos hombres le llamara la atención. En su rostro se reflejaba el hambre. Sus caras eran poco más que calaveras parcheadas con trozos de piel amarillenta, los labios se les hundían en la cara formando una mueca desdeñosa, los pómulos les sobresalían de forma grotesca. Uno de ellos esbozó lo que a Sartoris le pareció una sonrisa.

—Soy el comandante Gorrister —dijo uno de ellos, que claramente esperaba que Sartoris también se presentara. Como no lo hizo, Gorrister suspiró y continuó—: Por lo que hemos visto, sólo puedo conjeturar que has acabado aquí de la misma forma que nosotros.

Sartoris hizo una mueca.

—Algo así.

Gorrister empezó a decir algo, pero el ruido de un fuerte estruendo interrumpió sus palabras. En el exterior de la nave, el fuego de los blásters continuaba impactando contra el casco acorazado. El comandante miró de reojo.

—Pararán dentro de un momento —dijo—. Es como un acto reflejo…

—¿Acto reflejo? —Sartoris arqueó una ceja.

—Sí. Ciertos patrones de comportamiento resultan difíciles de olvidar, aunque sean altamente ineficaces.

Se oyó otra ronda de explosivos. El fuego se intensificaba.

—Yo lo encuentro bastante eficaz.

El comandante negó con la cabeza.

—Nuestro casco está especialmente reforzado. En resumen, somos inmunes a las armas de mano. Hasta que sean capaces de descifrar el uso de la artillería pesada estamos relativamente a salvo. Aunque obviamente eso sólo será cuestión de tiempo, ¿verdad? —El labio superior le desapareció dentro de la boca con un suave sonido de succión—. Aún no han conseguido atraer muchas naves, pero supongo que es normal teniendo en cuenta que estamos al borde de las Regiones Desconocidas. En esta zona tan remota no hay mucho tráfico.

Hizo un débil esfuerzo para señalar la cabina del piloto, donde el panel de instrumentos de la lanzadera parpadeaba débilmente, como un ojo miope aquejado de cataratas por falta de energía.

—Vimos cómo arrastraban vuestra barcaza prisión —dijo Gorrister, y entonces, ahogando una terrible risa sin gracia que más bien pareció un jadeo, dijo—: Es una pena que no se coman entre sí.

—¿Quiénes?

El hombre le dedicó una expresión lánguida de manifiesta incredulidad.

—¿Qué creías? ¿Que tus presos son los únicos que hay a bordo?

—¿Quién más hay aquí?

—¿Quién… más? —Aquella vez el comandante no pudo evitar reírse, y su risa sonó como cuando se sopla sobre la capa de polvo de un libro muy viejo, quizá un libro encuadernado con piel humana—. ¡Vaya! No tienes ni idea de lo que está pasando, ¿verdad?

Sartoris sintió una irritación que no se molestó en disimular.

—¿Y por qué no me pones al día?

—Todo empezó hace diez semanas, cuando los primeros botes empezaron a tener fugas.

—¿Qué botes?

Gorrister lo ignoró.

—Entre nosotros había algunos que defendían teorías conspirativas e insistían en que no había sido un accidente, que todo forma parte de un experimento de mayores dimensiones. Y supongo que es posible.

—Espera —lo interrumpió Sartoris acercándole la cara—, empieza por el principio.

El comandante hizo una pausa, y Sartoris se dio cuenta de que la delegación de esqueletos que lo flanqueaba se había inclinado hacia adelante, escuchando atentamente, como si nunca hubiesen oído aquella historia a pesar de haberla vivido en primera persona.

—¿Importa eso ahora? —replicó Gorrister—. Salimos de Meglumine con una carga altamente secreta. Somos artilleros veteranos del Imperio y recibimos las órdenes habituales directamente de lord Vader. Nuestro destino era una base de pruebas en Khonji Siete, pasado el sistema Brunet…, pero ni siquiera conseguimos pasar del Borde Medio. —Inspiró y espiró con gran esfuerzo—. Al principio la fuga no parecía tener importancia y creímos que los ingenieros serían capaces de controlarla. Algunos de nuestros científicos pudieron estudiar sus efectos en la fisiología humana, los pulmones y la laringe en concreto. Dimos por hecho que la habían contenido. —Hizo una pausa y carraspeó—. Pero las cosas no tardaron en torcerse. La infección se extendió rápidamente por el destructor estelar y fue acabando con todos.

—Espera un segundo —dijo Sartoris—. ¿Me estás diciendo que hay otras diez mil pesadillas de ésas tambaleándose por ahí?

—Oh, cielos, no. Algunos conseguimos escapar, obviamente, o al menos lo intentamos, y unos pocos mostraron signos de inmunidad natural. Usando su sangre, nuestros oficiales médicos pudieron sintetizar un antivirus, y supongo que los vuestros también… basándome en el hecho de que sigues vivo.

Sartoris gruñó sin más porque no le interesaba hablar de su aleatoria inmunidad a la enfermedad. Gorrister ni siquiera pareció notarlo.

—Sellamos parte de la nave —dijo—, y nos inoculamos el antivirus. Al principio creímos que con eso bastaría. —Intentó esbozar otra débil y espantosa sonrisa—. No duró tanto como esperábamos. Había más dosis en el biolaboratorio, pero obviamente no pudimos volver a por ellas. Fue entonces cuando los planes empezaron a cambiar. Por supuesto, una parte de la tripulación fue devorada antes de transformarse. Los despedazaron… Bueno, creo que sería más acertado decir que los consumieron.

Gorrister tragó saliva. Parecía encontrar aquella parte de la historia especialmente desagradable.

—Al principio intentamos reunir los restos. Los metimos en un depósito de residuos y los troceamos, porque creímos que así evitaríamos que se transformaran, ya me entiendes, y aun así no siempre funciona. Pero al final nos sobrepasaron en número y no pudimos hacer mucho más que correr. —Le dedicó a Sartoris una mirada fría e inexpresiva—. Hasta que descubrieron cómo activar el rayo tractor.

—¿Son capaces de pensar? —Sartoris miró a aquellas criaturas que chillaban y se tambaleaban alrededor de la nave, golpeándola y disparando al azar contra ella—. Eso es una locura.

—Ah, todo esto es de locos —asintió Gorrister, pestañeando levemente—. Lo único que sé es que nos estaban esperando dentro del hangar cuando volvimos. Al primer hombre que salió por la escotilla le arrancaron la cabeza de cuajo. —Se humedeció los labios—. Después de aquello nos sellamos en el interior, enviamos una señal de auxilio y desde entonces estamos esperando.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí encerrados?

—Diez semanas.

Sartoris notó cómo se le abría la boca. No pudo evitarlo.

—¿Estás diciendo que lleváis diez semanas dentro de esta lata?

—Al principio éramos treinta. Ahora sólo quedamos siete, incluido yo. —El comandante suspiró, pareció eliminar el último aire que tenía en los pulmones, y se hundió en la litera que tenía detrás. Su uniforme mugriento resultaba tan grande sobre aquel cuerpo escuálido que se le arrugaba cómicamente sobre los hombros, como si fuera un niño vestido con la ropa de su padre—. Seguimos intentando establecer contacto con alguien, pero todas las frecuencias están bloqueadas. Creo que es otra de sus estrategias. —Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los de Sartoris eran incoloros y desapasionados, los ojos de un hombre que lleva años dando el mismo discurso—. Has preguntado cómo habían activado el rayo tractor. Pues aprendiendo. Forma parte del juego.

—¿Esas cosas de ahí? —preguntó Sartoris—. Pero si son… animales.

—Al principio quizá sí. Pero piensa: los que se transformaron en el destructor hace diez semanas ni siquiera se molestan en atacar una lanzadera blindada de duracero reforzado con simples blásters. Ya se han dado cuenta de que no funciona. Son los nuevos, los presos y los guardias de la prisión los que nos están disparando… y si te fijas, verás que también han empezado a darse por vencidos. —Chasqueó los dedos—. Así de rápido modifican su comportamiento.

Sartoris comprendió que tenía razón. El fuego exterior se había detenido, justo como había predicho Gorrister.

—Creo que está relacionado con la enfermedad —dijo el comandante—, con su diseño inicial. Forman grupos, tribus… enjambres. Y se comunican entre ellos. Estoy seguro de que lo has oído.

Sartoris pensó en los gritos que había oído, en aquellos extraños ciclos, aquellas subidas y bajadas de intensidad, aquellas llamadas que obtenían respuesta en el hangar.

—Y de esa forma todos pueden adaptarse al mismo tiempo —continuó Gorrister—, como si fueran uno. Es una especie de mejora en el sistema, ¿entiendes?

Sartoris negó con la cabeza.

—¿Insinúas que han sido diseñados? ¿Que alguien los ha creado a propósito?

Gorrister lo estudió en silencio durante un momento, con una sonrisa prácticamente imperceptible.

—Qué ingenuo —exclamó—. Te he dicho que el Imperio transportaba armas de alto secreto. ¿Cuánto tiempo has estado a su servicio?

Sartoris no se molestó en contestar. Se había fijado en otra cosa que lo preocupaba incluso más que aquella sonrisita. Durante su conversación, los demás soldados habían empezado a acercársele lentamente y se relamían compulsivamente, una y otra vez.

Sartoris se echó un poco hacia atrás. Por primera vez reparó en una pila de uniformes perfectamente doblados que había en un asiento de una esquina.

—¿Qué le pasó al resto de tus hombres? —preguntó.

—Tienes que entenderlo. —Ahora Gorrister hablaba con voz dulce, ya no se burlaba de él; de hecho, se mostraba casi compasivo—. En el interior de la lanzadera teníamos agua de sobra, pero muy poca comida, y llevamos aquí diez semanas. Ha sido una mera cuestión de supervivencia. Nos moríamos de hambre, ¿sabes?

Sartoris frunció el ceño. Los hombres ya casi habían llegado junto a él. De repente, se le pasó por la cabeza que podrían haber permanecido sentados para guardar fuerzas hasta aquel momento.

—Espera. —Se puso en pie, retrocedió y notó que los hombros le chocaban contra la pared que tenía detrás—. Nosotros no somos como ellos.

—Claro que no —murmuró Gorrister rechazando la idea—. Nosotros lo echamos a suertes. Para que las cosas sean justas. Le damos a cada hombre una muerte rápida y humana. Al principio tirábamos los restos fuera… —miró hacia arriba, a la escotilla de emergencia— a esas cosas, para intentar satisfacerlos de alguna forma. Pero sólo

conseguíamos hacerlos volver. Así que acabamos por comernos los restos también. Al final chupamos hasta el tuétano de los huesos. Pero ninguno de mis hombres sufrió, te lo prometo. —Una mano huesuda se le coló dentro de la chaqueta del uniforme y le puso un pequeño parche transdérmico—. Y tú tampoco sufrirás.

—¿Qué es esto?

—Norbutal —susurró Gorrister—. Un paralizante. Te quedarás dormido. Y cuando nos rescaten, el Emperador reconocerá tu sacrificio con el mayor de los honores.

Sartoris empezó a decir algo.

Se dio cuenta de que el comandante le había dicho que eran seis hombres, pero él sólo había visto a cuatro.

Entonces sintió un par de manos que lo agarraban por detrás y le sujetaban los brazos a la espalda.

CAPÍTULO 36
RATA DE LABORATORIO

Zahara no estaba segura de cuánto tiempo llevaba corriendo. El ácido láctico hacía que le dolieran los muslos y las pantorrillas, el cuerpo le pedía oxígeno a gritos, incapaz de soportarlo más, y había perdido el sentido de la orientación. Estaba al final de otro pasillo inmenso en algún lugar de las profundidades del nivel del hangar principal del destructor, pero lejos de él. Al avanzar sin rumbo fijo, supuso que encontrarse con algo sería sólo cuestión de tiempo.

Se paró y se apoyó en la pared, las sienes le latían. Inspiró profundamente. Le dolían la garganta y los pulmones y tenía la extraña sensación de mareo en la raíz de la lengua que experimentaba siempre que se ponía al límite. Se contó las pulsaciones e intentó calmarse, calmarse, calmarse.

Aguantó la respiración para intentar oír los gritos. No oyó nada.

En el pasillo reinaba un silencio absoluto.

Más adelante, bloqueaban el paso lo que parecían cajas de cartón apiladas. Empezó a caminar hacia ellas. Se sentía ligeramente mejor tras haber descansado, y se paró junto a la puerta que tenía a su izquierda para mirar lo que había escrito.

BIOLABORATORIO 242
SÓLO PERSONAL AUTORIZADO

Miró el control de seguridad que alguien había arrancado de la pared y que colgaba de un manojo de cables de colores. Con la firme sensación de que lo que estaba a punto de hacer no era lo más prudente, apoyó el codo contra la puerta e hizo fuerza para abrirla.

Al principio el laboratorio casi le resultó familiarmente tranquilizador. Un área de investigación, un espacio clínico diseñado para la observación y la interpretación objetivas durante los vuelos habituales. Era una gran cúpula reluciente de paredes blancas que reflejaban las luces fluorescentes del techo y que estaban constituida por celdas acristaladas y vacías agrupadas en forma de panal.

Cada celda estaba equipada con su propio equipo de investigación y observación, aunque ninguna de ellas parecía funcionar. Toda la habitación estaba impregnada de un fuerte olor a antiséptico y a productos químicos, con un regusto a cables de cobre recalentados. En las paredes había ventiladores gigantes, pero estaban parados, lo que probablemente explicara la quietud del aire estancado.

Al avanzar, Zahara vio terminales de ordenador apagados, puertas rotas, y teclados destrozados con las teclas desperdigadas por el suelo de duracero de alto impacto como si fueran dientes rotos. Vio a un droide de protocolo en una esquina, una unidad 3PO. Aparentemente estaba estropeada. Un ojo dorado le parpadeaba espasmódicamente y movía los dedos como si estuviera nervioso. Al acercarse más, oyó un zumbido bajo, casi inaudible, que salía de su vocalizador.

Junto al droide había una silla patas arriba tirada sobre una estantería de jeringuillas y viales, y en la pared vio una mancha de sangre con forma humana y los brazos levantados, como un espíritu rojo pintado en la pared. El ordenador que tenía enfrente parecía estar operativo; sin embargo, en mitad de la pantalla había líneas de texto y un cursor parpadeante que esperaba una respuesta. Era el primer indicio real de posibilidades de comunicación que había visto.

Se inclinó hacia adelante con indecisión y pulsó una tecla.

Al instante, aparecieron más datos en el monitor, pero pasaban demasiado rápido como para que pudiera leerlos. Entonces volvió a pararse, el cursor parpadeó y la pared que tenía enfrente se deslizó y dejó al descubierto la gruesa lámina de cristal que había detrás.

Al otro lado del cristal había otra celda.

Pero ésta no estaba vacía.

En su interior, dos cadáveres humanos amarillentos colgaban a la altura de su cara, enganchados al techo por una densa red de cables, sondas gástricas y equipos de monitorización como si fueran un par de horripilantes marionetas. Ambos se encontraban en avanzado estado de descomposición; los rasgos de la cara ya resultaban irreconocibles y las cuencas de los ojos estaban vacías. Zahara se preguntó si serían voluntarios que habían sido abandonados allí después de lo que había ocurrido en el destructor. ¿Cómo habría sido estar allí atrapado mientras todos los que estaban al otro lado del cristal huían?

Frente a ella algo hizo clic y empezó a zumbar sin cesar —era uno de los grandes ventiladores de la pared que estaba sobre el cristal—. Zahara se agarró para que aquella ráfaga de aire no se la llevara, y entonces se dio cuenta de que tenía la sensación de que le arrancaban la ropa y el pelo.

El ventilador absorbía el aire hacia el interior de la celda…, y aquello tenía más sentido. Tendrían que dar oxígeno a los sujetos de la investigación mientras estuviesen vivos. Probablemente aquellas cámaras eran herméticas y sin los ventiladores se asfixiarían allí dentro, que con toda probabilidad era lo que había pasado, imaginó, una vez el personal había decidido abandonar el laboratorio.

Uno de los cadáveres levantó la cabeza.

Zahara notó que la habitación se encogía a su alrededor y su sentido de la perspectiva pareció alargarse en tiras elásticas. Al otro lado del cristal la criatura la miraba boquiabierto, con una sonrisa sin labios, los muñones podridos de sus piernas columpiándose en el aire.

«El aire que ha entrado —pensó— ha debido de arrastrar mi olor y eso los ha despertado…»

El otro cadáver también había despertado. Movía la cabeza de arriba abajo, olisqueándola por lo que le quedaba de nariz. Zahara empezó a retroceder mientras la criatura levantaba un brazo despedazado para desprenderse de los cables y los tubos que lo mantenían suspendido en el aire. Al verla allí, los dos cuerpos empezaron a

contonearse nerviosamente. Se mecían hacia adelante y hacia atrás, cada vez más arriba. Algunos cables ya se habían desprendido, pero había un tubo en concreto, que les salía directamente del pecho, que seguía conectado. El líquido gris que manaba por los tubos le recordó la sustancia que había intentado sacar del abdomen de Kale Longo. Siguió uno de los conductos con la mirada y vio que estaban conectados a una serie de tanques negros.

«Lo estaban extrayendo —pensó Zahara—. Eso es lo que hacen aquí. En realidad los cuerpos producen esa cosa que…»

A su espalda oyó los pasos de alguien que entraba en el laboratorio.

Se volvió rápidamente y miró al otro lado de aquel espacio blanco, a través de un pasillo que separaba las dos estaciones de trabajo inactivas, y no vio nada. Su mirada se detuvo en la estantería de viales y jeringuillas que estaba tirada en el suelo a unos seis o siete metros, lo bastante cerca como para que probablemente pudiera alcanzarla antes…

«¿Antes de que lo que sea que haya entrado tenga la oportunidad de abalanzarse sobre ti? ¿De verdad lo crees, Zahara? ¿A la velocidad a la que se mueven esas cosas cuando tienen hambre?»

Una silueta surgió entre dos estaciones de trabajo y oyó el crujir de una pisada. Zahara la vio un momento y a continuación volvió a desaparecer. Volvió a mirar las jeringuillas, su única arma. Tenía los músculos de los muslos y las pantorrillas tan agarrotados que pensó que se le partirían, pero la tensión se incrementó y se le aferró a las vértebras.

¡Bam!

Con un grito de pánico se volvió y miró hacia atrás. Uno de los cadáveres objeto de estudio había conseguido golpearse contra el cristal dejando en él una mancha roja, una huella borrosa de la cara y las manos. Lo observó mientras rebotaba colgado del arnés del equipo de monitorización mientras el otro cuerpo se balanceaba hacia adelante, estampándose contra el cristal reforzado con la cara y las manos y luego volviendo hacia atrás otra vez.

«Coge las jeringuillas y sal de aquí… ahora mismo.»

Echó a correr y cruzó aquella distancia en lo que parecieron tres zancadas. Cogió una aguja en cada mano y empezó a incorporarse.

Y notó que algo se movía detrás de ella.

Un fuerte olor a putrefacción le llegó por encima del hombro, como el aire de una tumba.

Se dio media vuelta empuñando las jeringuillas.

Zahara lo miró a la cara.

La enfermedad no había descompuesto la carne del investigador en la misma medida que los cuerpos de la cámara de contención. Aún podía distinguir algunos rasgos que se mantenían como antes de la infección: el pelo gris plata, la nariz aguileña, las profundas arrugas de la cara. Un hombre de ciencia. Vestía una bata de laboratorio ensangrentada y una de las mangas estaba rota en el puño. Se oyó un leve clic cuando abrió la boca y arremetió contra ella.

Le clavó una jeringuilla en un ojo y la otra en el lateral de la cabeza, y presionó varios émbolos a la vez.

La criatura se puso rígida, abrió la boca completamente y gritó. Las piernas le flaquearon y se derrumbó.

Mientras se retorcía de dolor en el suelo, Zahara corrió hacia la salida. Ya casi había llegado cuando dejó de gritar y oyó su voz tras ella, como un balbuceo áspero.

—Frrrng unn ufff…

Estaba intentando hablar.

Se odió a sí misma por hacerlo, pero miró hacia atrás. Aquella cosa que vestía la bata de laboratorio se arrastraba a ciegas hacia ella, con ambas agujas aún clavadas en la cabeza. De alguna forma, las inyecciones habían restaurado su antigua humanidad en cierta medida, lo suficiente como para intentar establecer contacto.

Movía la mandíbula arriba y abajo, emitiendo sonidos incomprensibles que Zahara no era capaz de traducir, patéticos intentos de hablar. Levantó una mano a modo de súplica. Estaba haciendo algo, intentando decirle…

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó—. ¿Qué hicisteis?

La criatura de la bata produjo los mismos sonidos mucilaginosos, pero con mayor urgencia. Movía la cara con vehemencia y con el brazo señaló la consola que estaba detrás de ella.

—Thrggh uff usss…

Volvió a hacer ruidos, cerró los puños con fervor evangélico y se derrumbó. Gritó y golpeó el suelo con los puños. Garabateaba con los dedos y comprendió que estaba imitando el acto de escribir.

Gradualmente y con gran esfuerzo, se arrancó la jeringuilla de la cuenca del ojo, apoyó la aguja en el duracero y empezó a arrastrarla arriba y abajo, grabando una especie de ideografía primitiva. Mientras lo hacía emitió un grito agudo y desesperado y clavó la punta de la aguja en las placas reforzadas con más fuerza.

La aguja se partió y él se sentó. Ya no parecía ni tan débil ni tan humano.

Volvía a sonreírle.

Zahara se dio cuenta de que fuera lo que fuera lo que le había hecho con el antivirus, ya había agotado su efecto.

Miró la serie de arañazos que la cosa había grabado en el suelo. Eran letras irregulares, como una onda cerebral errática. No tenían mucho sentido, pero sinceramente, ¿qué esperaba?

Seguía reflexionando sobre aquello cuando la cosa de la bata de laboratorio saltó sobre ella y la inmovilizó.

* * *

Dio un grito. La cosa le echó ambas manos al cuello y Zahara notó los dedos fríos deslizándose en su garganta, apretándola, pellizcándola, ahogando su grito al mismo tiempo que bajaba la boca para morderla. Intentó soltarse, pero era como luchar contra

unas esposas de hierro. Cuanto más se resistía, más fuerte la sujetaba. Estaba a punto de perder el conocimiento. ¿Qué le había dicho el cirujano de Rhinnal sobre la privación de oxígeno? «El tiempo es músculo. El tiempo es cerebro.» Ya sentía la pesada penumbra de oscuridad cegándole la vista, apagándole el oído, confinándola en una nada anestesiada e indiferente.

Todo acabó con un golpe metálico de huesos contra duracero y un líquido frío y hediondo empapándole el pelo. La presión de la garganta se aflojó de repente, las manos muertas se quedaron flácidas y cayeron hacia un lado.

Zahara miró hacia arriba y recuperó la visión. La cabeza de la criatura estaba girada y una sierra quirúrgica le cortaba el cuello, medio enterrada en la carne gris.

«¿Qué…?»

Incluso en aquel momento no pudo creer lo que vio detrás de él: un rostro plano y metálico.

—Basura. —Su voz era apenas un susurro—. ¿Has…? ¿Has… vuelto?

El 2-1B se la quedó mirando.

—¿Disculpe?

—Me has salvado.

—Bueno, sí, por supuesto —dijo el droide médico. Y pareció recordar que estaba serrando la cabeza de aquella cosa que llevaba bata de laboratorio, así que acabó el trabajo y dejó que tanto la sierra como el cadáver cayeran al suelo—. Esa criatura intentaba hacerle daño. Y según mi programación de la academia médica de Rhinnal, mi directriz principal es…

—Proteger la vida y promover el bienestar en la medida de lo posible —recitó Zahara—. Lo sé.

El droide médico siguió mirándola expectante, como esperando órdenes. Zahara ya se había dado cuenta de que no se trataba de su 2-1B, su Basura… Sin embargo, sintió que el corazón le latía con una gratitud desproporcionada. Era natural que en una nave de aquel tamaño hubiera una de aquellas unidades, y el laboratorio era el lugar perfecto para ella. Las lágrimas que le brotaban de los ojos no eran sólo lágrimas de gratitud y alivio; también lloraba al recordar al amigo que había perdido, aunque en realidad no lo hubiera perdido de verdad.

—¿Puedo hacer algo más por usted? —preguntó el droide.

—¿Puedes…? —Se sentó y miró a su alrededor con lo que le parecieron ojos nuevos—. ¿Puedes decirme cualquier cosa acerca de la investigación que se llevaba a cabo aquí?

—Me temo que muy poco. En un sentido estrictamente científico, sé que mis programadores estaban trabajando en una sustancia química que ralentizaba el ritmo de descomposición normal de un tejido vivo. En teoría, el virus sustituiría a los receptores nerviosos y haría que los músculos reviviesen tras la declaración de la muerte clínica.

Zahara pensó en los cuerpos que se gritaban mutuamente para formar ejércitos organizados.

—¿Tenían… aplicaciones militares?

—Ah, la verdad es que no sabría decirle. Se trataba de información clasificada y yo no soy más que una unidad quirúrgica y científica, imparcial en esos temas, y ciertamente no estoy muy al tanto en lo que se refiere a operaciones armamentísticas clandestinas.

—Entonces, ¿sabes dónde puedo encontrar un ordenador que esté aún operativo?

—Ah, por supuesto. —El droide hizo una pausa y Zahara oyó los murmullos y los zumbidos de los componentes que escondía bajo el torso, un sonido familiar que volvió a recordarle a Basura—. Mis sensores indican que hay varias consolas operativas en el centro de control del hangar. Sin embargo, estoy obligado a informarla de que, dado el ambiente hostil, una zona tan expuesta podría ser particularmente peligrosa para usted.

—Estoy acostumbrada.

—Muy bien. ¿Quiere que trace un diagrama de la ruta más corta?

—¿Y qué te parece una ruta que me permita llegar allí sin tener que entrar en el hangar?

—Ahora mismo.

—Y, Basura…

La miró otra vez.

—Me temo que no…

—Gracias —dijo Zahara, y resistió el impulso de cogerle su fría mano metálica y besársela.

CAPÍTULO 37
ELEVADOS

Crack!

El siguiente disparo que impactó en el casco de la lanzadera imperial no era de un arma de mano. Sartoris se dio cuenta cuando la nave se movió de repente hacia adelante y hacia un lado, liberándolo de los dos soldados que habían salido de la cabina del piloto y lanzándolo de bruces contra Gorrister.

«El cañón láser del ala-X —pensó—. Esas cosas me vieron usarlo…»

Y después:

«Supongo que Gorrister tenía razón después de todo. Aprenden.»

El comandante lo miró con cara de estar totalmente desorientado, como un hombre sacudido por un sueño particularmente vivido.

—¿Qué…? ¿Qué pasa? —Gorrister seguía centrando toda su atención en Sartoris; entonces los ojos se le abrieron aún más y miró a sus famélicos hombres y los uniformes doblados de aquellos a los que habían matado para comer. Durante un instante, Sartoris creyó atisbar una absoluta autoconciencia en la expresión del comandante, una revelación de la depravación en la que llevaba inmerso las últimas diez semanas.

Sartoris levantó un brazo y pulsó el botón que tenía sobre la cabeza para desactivar el mecanismo que bloqueaba la escotilla de emergencia. Entonces agarró a Gorrister por el cuello del uniforme, lo levantó y usó su cabeza a modo de ariete. Nunca habría funcionado si estuviese bloqueada —había una razón por la que la nave había conseguido mantener a los muertos vivientes a raya durante diez semanas—, pero ahora que había desactivado el mecanismo, tanto la escotilla como la cabeza de Gorrister cedieron al impacto y la tapa se abrió. Sartoris lo sacó de la nave, lanzó su cuerpo maltrecho al exterior y volvió a bajar para coger a otro hombre al azar, levantándolo por las axilas como si fuera una pluma. La inanición había aligerado considerablemente sus cuerpos y Sartoris lo sacó por la escotilla prácticamente con una sola mano.

Fuera, la turba de muertos vivientes había rodeado por completo la nave. Era un mar de caras famélicas: presos, guardias y la tripulación original de la lanzadera. Como había predicho Sartoris, uno de ellos ya se había encaramado al ala-X que había al lado de la lanzadera y pulsaba los controles aleatoriamente y con desgana. Los cañones no apuntaban a la lanzadera; ¿acaso aquella cosa que ocupaba la cabina había conseguido darles por casualidad con un disparo rebotado en la pared del hangar?

Entonces vio el otro ala-X a cuarenta metros, apuntándolo directamente a él. Dentro también había uno de ellos.

«¿Se están subiendo a las naves?»

Sartoris volvió a entrar, cogió a otro soldado del transporte y se lo tiró a la horda, que se abalanzó sobre él al momento, agarrándole los brazos, las piernas y la cabeza, partiéndolo en pedazos mientras aún estaba vivo. A pesar de sus intentos por mirar a otro lado, Sartoris vio de reojo cómo se le desgarraba el rostro en un grito mudo mientras uno

de los muertos vivientes le arrancaba el hombro de cuajo. La cosa que tenía al lado le dio un voraz mordisco, le arrancó un brazo y lo hizo ondear delante de los otros, agarrándolo como si fuese un garrote.

Sartoris volvió a colarse por la escotilla de emergencia y cogió al siguiente, que se le acercaba con una especie de arma primitiva en la mano, una porra o un cuchillo. Sartoris lo desarmó con un movimiento reflejo. Había un tercer hombre detrás de él, y Sartoris también lo cogió por la axila y por una de aquellas piernas escuálidas y lo sacó de la lanzadera. El soldado desnutrido lo miraba con una expresión que iba más allá de la impotencia absoluta.

—Por favor —suplicó—. Por favor, no.

Algo en aquella voz lo hizo detenerse y Sartoris lo miró a la cara. Vio que bajo la suciedad, el hambre y la fatiga, el soldado no era más que un niño, un adolescente que servía prematuramente a un Imperio cuyo único propósito constante era la muerte.

—Nada te obliga a hacerlo.

Al mirar a aquellos seres desalmados que caminaban arrastrando los pies, Sartoris los vio devorando los cuerpos que les había lanzado, ondeando miembros amputados, peleando por los últimos pedazos de vísceras arrancadas. Entonces miró otra vez al joven soldado. Tenía la cara hundida y los ojos aterrados. El chico también los miraba. Parecía estar a punto de desmayarse ante aquel horror. Sartoris oía cómo el aire le arañaba la garganta y los pulmones al respirar. Durante un momento, Sartoris recordó los últimos segundos de vida de Von Longo y aquellos ojos que le suplicaban piedad.

—¿Cómo te llamas?

—¿S-señor?

—Tu nombre. Tus padres te pondrían uno, ¿no?

Durante un momento, el chico pareció haberlo olvidado.

—White —dijo con indecisión.

—¿Esta nave aún vuela, White?

—¿La l-lanzadera? —El soldado asentía con la cabeza—. Bueno, sí, pero el rayo tractor…

—Ya me encargaré de eso. Quizá vuelva, y si lo hago, tú y tus amigos… —Sartoris miró en la dirección en la que había tirado a Gorrister—. Nos entendemos, ¿White?

—Sí, señor.

—Intentaré abrir una ruta de escape, y te recomiendo que aproveches la oportunidad para pilotar esta nave lo mejor que sepas.

Sin esperar a ver si el chico entendía el mensaje, Sartoris lo soltó y dejó que volviera a meterse en la lanzadera. Contempló el hangar e instintivamente calculó una trayectoria entre las diversiones que había creado al lanzar los otros cuerpos. Era una simple ecuación matemática y siempre se le habían dado bien las matemáticas.

Se dio la vuelta, agachó la cabeza y echó a correr en la otra dirección, hacia la proa de la lanzadera, saltó y siguió corriendo. Instantáneamente, un grupo de criaturas se abalanzó sobre él estirando los brazos para atraparlo. Sartoris se estrelló contra uno de

ellos, patinó en un charco de sangre y sintió el dolor de un corte repentino en el antebrazo izquierdo, pero no se paró a mirarlo.

Siguió corriendo a toda velocidad hacia la parte de atrás del hangar. Las naves capturadas que tenía detrás podrían ser su única forma de salir del destructor, pero no le servirían de nada si no conseguía desactivar el rayo tractor, y aquello significaba ir personalmente al puente de mando y después…

Había una puerta en el otro extremo del hangar, y al cruzarla, oyó un pitido electrónico, probablemente un simple sensor para registrar el tráfico diario.

Miró a su alrededor pero no vio nada. Si una de aquellas cosas lo había seguido hasta allí, se había escondido, lo que no tenía sentido. Se preguntó en qué momento el miedo se había vuelto redundante hasta el punto de atrofiarse y desprenderse de él como si de un apéndice evolucionado e innecesario se tratase. ¿O era que su especie siempre encontraba una utilidad al miedo, independientemente de lo extremas que fuesen las circunstancias?

Sartoris volvió a mirarse las manos vacías. Nunca había deseado tanto tener un bláster como en aquel momento. La mera idea de aventurarse desarmado en el destructor le resultaba prácticamente impensable, pero quedarse allí era una muerte segura.

«Bueno, siempre es segura. La única pregunta es cuándo.»

Al caminar hacia atrás para intentar tener una visión más amplia, tropezó con algo duro y notó que retrocedía como flotando sobre un cojín de aire.

Sartoris se dio la vuelta, lo miró y no pudo reprimir una media sonrisa.

Era el aerodeslizador que habían encontrado la otra vez y que habían dejado allí porque no podía llevarlos a todos.

«Quizá mi suerte esté empezando a cambiar.»

Inspiró, se subió al aerodeslizador y vio el corte ensangrentado que tenía justo debajo del codo derecho.

En ese momento se dio cuenta de que lo habían mordido.

CAPÍTULO 38
PUENTE

Yo no sé tú, amigo, pero yo esperaba algo mejor.

Era la voz de Han Solo al entrar por fin en el puente de mando del destructor estelar. Se había metido en líos y había visto muchas cosas extrañas, pero no le cabía duda de que si sobrevivía a aquello nunca le faltaría quien le pagase las copas.

La pasarela había… Bueno, a decir verdad, había sido casi más de lo que podía soportar. Avanzar sobre aquel espacio abierto sin nada a lo que agarrarse y con el centro de gravedad dándole vueltas como un giroscopio desarticulado ya había sido bastante difícil.

No quería mirar abajo. Sin embargo, cuando las cosas del fondo del pozo empezaron a disparar, no le quedó otra opción.

Disparaban al azar, como si no tuvieran mucha experiencia con los blásters, pero cuando Han vio cuántos eran, aquello tampoco lo tranquilizó mucho. Devolver los disparos sólo habría servido para malgastar munición. Podrían ser miles, a aquella distancia era imposible decirlo. A Han se le pasó por la cabeza que quizá aún se estuviesen despertando, estimulados por la presencia de carne fresca, y que por eso tenían mala puntería, aunque al final parecían ir mejorando. En más de una ocasión los disparos le pasaron tan cerca que notó el olor del ozono.

Y si perdía el equilibrio… si resbalaba y caía sobre aquel mar de cuerpos hambrientos…

Con deliberado esfuerzo, se obligó a centrarse en el presente. Estaban en el puente de mando, frente a una serie interminable de módulos de ordenadores a media altura y de equipos de navegación con los que se pilotaba aquel milagro kilométrico de la destrucción interestelar.

Estaba tan destrozado que resultaba casi irreconocible.

Las pantallas estaban rotas, los bancos de circuitos y los sofisticados sensores reventados, hechos añicos o arrancados; la mayoría estaban aplastados como si los hubiera pisado una bota inimaginablemente pesada. Cada paso que daban se anunciaba con el crujir de los cristales rotos.

—Parece que por fin hemos encontrado a alguien que odia al Imperio más que nosotros, ¿eh? —dijo Han negando con la cabeza—. ¿Ya has probado el ordenador de navegación?

Chewie le ladró sin molestarse en mirarlo.

—Vale, sólo preguntaba. No se puede culpar a nadie por soñar, ¿verdad? —Suspiró y retiró los escombros de un asiento frente a una consola que parecía estar menos afectada—. Lo único que funciona es el rayo tractor, ¿eh? ¿Qué clase de cifrado es éste? —Señaló un teclado y pulsó una serie de botones—. Los que diseñaron esto no es que fueran precisamente genios. No puede ser muy difícil.

La consola chisporroteó y los patrones cristalinos empezaron a fusionarse en la pantalla agrietada dando lugar a líneas de códigos de navegación.

—Eh, Chewie, creo que aquí tengo algo…

Bajo sus pies, como respondiendo a su orden, el destructor se inclinó ligeramente sobre su eje. Han, que no había pilotado en su vida nada remotamente parecido a aquello, sintió que un humor fatalista anidaba en su mente. ¿Qué dirían los altos mandos imperiales al ver a un contrabandista de poca monta a cuya cabeza habían puesto precio al mando de un destructor estelar?

—¿Ves? ¿Qué te había dicho? —Pulsó otra serie de botones sin levantar la vista—. Eh, ¿ya has podido echar un vistazo a los sistemas del hiperimpulsor?

Todo se sacudió y Han se sentó rápidamente, intentando averiguar qué había hecho y cómo arreglarlo. Parecía que el destructor se escoraba ligeramente y una de las consolas había empezado a emitir un zumbido bajo y constante. Las líneas de texto reptaban por el monitor roto.

—¿Chewie?

El wookiee había desaparecido. Han se levantó y miró por todo el puente. Escuchó atentamente, empuñando el bláster que había encontrado a la altura de la cadera. De pronto, el espacio que lo rodeaba se le antojó muy amplio y absolutamente silencioso, a excepción del débil clic de los datos que emergían en la pantalla. Sus ojos volvieron a mirarlos con impaciencia creciente. La encriptación que había bloqueado el rayo tractor seguía activa. Esperaba una contraseña.

Entonces, desde una de las estancias adyacentes, lo oyó…: un débil rugido.

—¿Chewbacca?

Con el dedo en el gatillo, se movió sigilosamente por el puente siguiendo el sonido y se encontró mirando en el interior de una cámara secundaria en la que no había reparado hasta el momento. Estaba cubierta de suelo a techo con sistemas de refuerzo, unos paneles de luces palpitantes. El destructor volvió a escorarse, no mucho, pero lo suficiente como para que Han percibiese perfectamente un cambio en el eje de equilibrio, y se preguntó si habría desestabilizado los sistemas de proceso. Lo último que necesitaban era que la nave volcara en medio de la nada.

Miró el interior de la cámara secundaria.

—¿Chewie? ¿Qué está pasando ahí?

Chewbacca estaba agachado en la semioscuridad mirando algo. Cuando se levantó, vio que sujetaba un cuerpo pequeño y peludo… Han se dio cuenta de que era otro wookiee y de que era muy joven. Llevaba un uniforme de preso hecho jirones.

—¿Cómo se ha metido ahí?

El joven wookiee emitió un suave quejido. Chewbacca lo miró y luego volvió a mirar a Han.

—Estupendo. —Han suspiró—. ¿Quieres rescatar a alguien más mientras estamos aquí?

Chewie dejó escapar un gruñido de advertencia.

—Vale, vale, tráetelo —murmuró Han—. Salvas a uno y cuando te das cuenta todo el mundo se sube al carro.

Chewbacca sacó al pequeño wookiee de allí y Han pudo verle la cara. Tenía los ojos rojos y empañados; la garganta estaba tan hinchada que parecía tener problemas para respirar. La lengua se le salía de la boca.

—¿Dónde está el resto de tu familia?

El wookiee volvió a gemir y Han vio que señalaba algo: una puerta al otro lado del puente de mando.

—¿Están ahí? ¿Y qué hacen? ¿Se esconden?

Chewbacca lo llevó hasta allí y lo sujetó con un brazo para abrir la puerta con la otra mano. Al hacerlo, el destructor volvió a escorarse. Han vio un hilo de sangre que salía de debajo de la puerta *y* cruzaba el suelo de duracero hacia ellos.

—Espera —dijo Han, y miró hacia abajo, donde el hilo se había convertido en algo más grande—. ¿Qué es eso?

Chewbacca emitió un gruñido socarrón y volvió a mirar a la cría de wookiee, que se había incorporado con una súbita explosión de energía para pulsar el botón que abría la puerta.

Allí había tres wookiees adultos, vestidos con uniformes de presos, encorvados y apiñados en una esquina chapoteando en lo que parecía un mar de sangre. Han vio que tenían el pelo de la cara embadurnado de trozos de carne y que bufaban, se relamían y respiraban con dificultad mientras despedazaban un montón de restos humanos que yacían a su alrededor. Los cadáveres que estaban devorando parecían vestir uniformes de la Guardia Imperial.

Han cogió aire.

—Pero ¿qué…?

De repente, todos los miraron a la vez.

Sucedió en un instante. Una mancha de pelo ensangrentado y caliente, una maraña de músculos, se abalanzó sobre él tan rápido que sus ojos no tuvieron ni tiempo de procesarlo. Los reflejos de Han reaccionaron de él y abrió fuego contra el que tenía más cerca. El disparo desgarró el pecho del wookiee, que cayó al suelo pesadamente, tosió e intentó levantarse. El que iba detrás de él tropezó, cayó de lado e intentó ponerse en pie mientras el tercero lo pisoteaba. Han le disparó en la cara. Después abrió fuego contra el que había tropezado, disparándole hasta que lo redujo a una temblorosa montaña de pelo.

A su lado, Chewbacca parecía haberse quedado helado, como si la situación no fuese con él. Mientras Han daba un paso atrás, notó unas manitas afiladas enganchándosele en el cuello, y cuando miró vio la boca de la cría que intentaba morderlo. Intentó desprenderse de él, pero aquella cosa se le había enganchado con brazos y piernas y su cuerpo frenético y ardiente se retorcía como el de una rata gigante.

Una explosión ensordecedora le pasó junto a la cara y la cabeza de la cría de wookiee voló por los aires. Al desplomarse, Han vio a Chewbacca bajando el bláster.

—Gracias —dijo Han—. Muy amable por tu parte.

Chewie no dijo nada. Seguía mirando el cuerpo que yacía en el suelo.

—Salgamos de aquí, ¿eh? Comprueba el hiperimpulsor.

Al final, con gran dificultad, Chewie se dio la vuelta.

CAPÍTULO 39
PARADA

Al principio el conducto de ventilación no era mucho más ancho que el cuerpo de Trig, y ahora parecía estrecharse según avanzaba. Cada pocos segundos una densa ráfaga de aire húmedo rugía sobre él, sacudiéndole la ropa y el pelo, y oía el repiqueteo metálico de una válvula rota en algún punto del interior de aquel conducto interminable. Ignoraba lo lejos que lo conduciría o dónde desembocaría, también cabía la posibilidad de que muriese allí dentro, perdido y deshidratado, como una mota más en las fauces del universo indiferente.

Entonces, más adelante, vio el final del conducto. Una luz tenue que provenía de abajo trazaba un pálido rectángulo amarillo en la parte superior del conducto. No podría avanzar más.

Se acercó al borde y metió el cuello para echar un vistazo.

Sintió que el estómago le caía hasta las rodillas.

El conducto de ventilación conducía directamente al abismo que había intentado evitar antes a toda costa, el pozo lleno de gritos con el largo tubo de la turbina principal del destructor al fondo. Desde arriba parecía incluso más grande. Inmediatamente debajo, a menos de un metro, estaba la estrecha pasarela que habían cruzado Han y Chewie, lo bastante cerca como para bajar hasta ella si no tenía otro remedio. Eso significaría colgarse del borde del conducto y tantear con las piernas para posarse en la pasarela sin perder el equilibrio y…

En el interior del conducto, algo se movió detrás de él.

Trig volvió la cabeza.

Se quedó paralizado.

Quería gritar.

La cosa con el casco de soldado imperial se abría paso hacia él por el conducto de ventilación.

No había duda de lo que quería. Seguía avanzando y lo miraba atentamente a través de la lente inerte del casco.

—No —susurró Trig—. No.

Continuaba reptando y el enorme casco se le tambaleaba en la cabeza mientras lo hacía. Trig volvió a mirar el borde del conducto de ventilación. Notaba que todo el cuerpo le temblaba involuntariamente y el corazón le latía tan rápido y tan fuerte que creía que se le iba a salir del pecho.

«Tienes que bajar —dijo una voz en su interior—. Tienes que cruzar la pasarela. Es la única forma o si no esa cosa, esa cosa…»

«¡No quiero! ¡No puedo!»

Miró atrás, a la criatura que se arrastraba hacia él. Agachó la cabeza y empezó a reptar más rápido.

En ese momento se le cayó el casco.

Trig pestañeó y por un momento se sintió tan consternado y desorientado que llegó a olvidar dónde estaba y qué hacía. En aquel segundo sólo podía mirar el rostro que había estado escondido tras el casco, la sonrisa perdida de su hermano, que tenía un lado de la cara totalmente irreconocible en el que le relucían la cuenca del ojo y los huesos machacados.

Y entonces se oyó a sí mismo intentando hablar, con voz oxidada, apenas un susurró:

—¿Kale?

La cosa lo miró y siguió avanzando.

—Kale. Soy yo… Trig.

No mostró ningún indicio de haberlo escuchado. Trig ya lo veía salivar, la baba se mezclaba con la sangre seca que le cubría la cara. Lo oyó respirar, y aquel sonido le recordó al ruido que hacía el aire cuando se cuela por un conducto de ventilación. Aquello era demasiado. No estaba pasando, y si era verdad, entonces significaba que se había vuelto loco, en cuyo caso…

Se abalanzó sobre él y lo aplastó contra el conducto en el mismísimo borde del canal de salida. Trig abrió la boca para decir algo y rompió a llorar. Aquella vez no se reprimió: lágrimas, mocos, sollozos y gritos. ¿Por qué no? ¿Qué importaba ahora?

La boca de Kale se abrió y se cerró y Trig percibió el aroma a muerte que desprendía, la muerte a la que habían condenado a su hermano, la muerte a la que estaba a punto de condenarlo a él. Kale no iba a responder y tampoco iba a detenerse. Trig había querido a su hermano mayor más que a cualquier otra cosa de la galaxia, pero ahora ya no importaba.

—¿Kale?

Kale gruñó y bajó la cara hacia el cuello de Trig, los dientes y la lengua le rozaron el cuello desprendiendo un aliento cálido que olía a musgo venenoso. Las manos de Kale estaban frías y calientes al mismo tiempo y su carne muerta, húmeda y pegajosa, se aferraba a él. Ahora estaba encima de Trig, presionándolo con todo su peso.

Con un grito de dolor, Trig lo empujó hacia atrás. Una chispa de algo blanco y caliente que no había sentido nunca le chisporroteó en la boca del estómago y le alcanzó el corazón, y en su interior se encendió una luz que le hizo comprender lo que estaba a punto de pasar. Era como una historia que ya había oído, un final escrito mucho antes de que tuviera la oportunidad de hacer algo al respecto.

«Cuida de tu hermano.»

—Lo siento, Kale.

Cuando Kale volvió a echársele encima, con más ansia todavía, Trig dobló la rodilla bajo el torso de su hermano y le levantó el cuerpo momentáneamente. Lo lanzó a un lado, se giró agarrado a sus muñecas y lo empujó hacia atrás, hacia la boca del conducto de ventilación.

Después lo lanzó al vacío.

CAPÍTULO 40
DESPERTAR

Kale cayó en absoluto silencio.

Trig observó cómo caía, cómo se hacía cada vez más pequeño hasta no ser más que una lágrima en el espacio. Mientras la penumbra lo engullía, las tenues luces que rodeaban la turbina iluminaban parcialmente su silueta. Entonces Trig vio abajo algo que no había visto antes.

Caras que miraban hacia arriba.

Miles de caras.

Estaban —como debían de haber estado todo el tiempo— apiñados en el fondo, a ambos lados de la turbina, como si los hubiera arrastrado el fantasma de su ahora ausente murmullo. A pesar de la impresión, de la reacción retardada a lo que acababa de ocurrir, Trig supo qué estaba viendo.

Era la tripulación original del destructor.

Le gritaban a él como si fuesen un único ser.

En aquel preciso instante, el cuerpo de Kale impactó contra la turbina y rebotó, cayó de costado y desapareció entre la vorágine de cuerpos. El sonido resultante fue un grito aún más intenso, como una única entidad que despertaba con una conciencia animal masiva, una conciencia que rara vez iba más allá de las necesidades físicas inmediatas. Su respiración llegaba hasta él en bocanadas invisibles de una húmeda calidez y su hambre impregnaba el aire como la temperatura que asciende antes de la tormenta.

«Me están viendo.»

Ya habían empezado a estirar los brazos hacia él y sus gemidos eran cada vez más agresivos, aumentaban de volumen e intensidad hasta encontrar una onda constante que ahora ya le resultaba familiar.

Avanzaban tambaleándose y algunos de ellos incluso intentaban trepar por los laterales de la turbina en un esfuerzo por acercarse más a él. Algunos parecían sujetar cosas, pero al principio Trig no vio de qué objetos se trataba.

Cuando empezó a retroceder por el conducto de ventilación, pensando que al menos podía ponerse a cubierto para evaluar sus opciones, empezaron a disparar.

Le disparaban a él y su puntería era mortalmente certera. Antes de poder arrastrarse dentro, Trig notó que el conducto se movía y se soltaba frente a él, desprendiéndose de la estructura y lanzándolo al exterior. Se deslizó por la boca del conducto sin poder agarrarse a nada, y durante un momento cayó al vacío como si fuera el eco de la trayectoria que había seguido su hermano.

Impacto con fuerza sobre la pasarela y el golpe lo obligó a encogerse por el dolor que le subía por los tobillos y las piernas. Trig se agarró a ella con fuerza y sus dedos se aferraron al frío enrejado, al que se pegó con todo su cuerpo. Ahora oía y sentía los disparos de los blásters, que resonaban en el espacio que lo rodeaba. Uno de ellos estuvo

a punto de darle, y sólo deseó que el disparo lo matara antes de caer sobre aquella lejana masa de manos extendidas y bocas que rechinaban.

Quería morir antes de que aquello ocurriera.

A su alrededor la pasarela temblaba con los impactos de blásters. Las astillas de duracero le daban en la cara como diminutas y frías partículas de velocidad pura. Ya no era capaz de pensar con claridad, y aquello quizá podía explicar por qué no reaccionó inmediatamente cuando vio a Han y a Chewie mirándolo desde el otro extremo de la pasarela.

«Han debido de bajar ahora del puente de mando —pensó la mente aturdida de Trig—. Supongo que las cosas tampoco han ido muy bien ahí arriba.»

Definitivamente, Han lo había visto. Trig lo sabía porque gesticulaba frenéticamente, aunque no entendía si quería decirle que siguiera adelante o que se quedara quieto. Mientras tanto, ¿cuál era el plan exactamente? Tanto Han como Chewie tenían blásters, pero dos armas apenas significaban nada contra el bombardeo al que estaban siendo sometidos —si hubieran estado tan desarmados como Trig habría sido lo mismo—. Y ninguno de ellos parecía querer aventurarse de nuevo en la pasarela en medio de todo aquello, y Trig tampoco los culpaba.

Trig entornó los ojos. Han gesticulaba con más desesperación todavía, gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Señalaba arriba, arriba, y cuando Trig volvió la cabeza vio que la última sección del conducto de ventilación estaba suelta y que se balanceaba hacia adelante y hacia atrás.

De su interior salían unas manos.

Trig pensó en la montaña de cadáveres al otro lado del conducto y de cómo habían empezado a revivir cuando había trepado por ella.

«Me han seguido hasta aquí.»

Observó con terror mudo y sofocado cómo el propietario de aquellas manos se deslizaba por el conducto. Era un soldado imperial. Su cara muerta estaba encendida por el ansia. Le gritó directamente a Trig, se movió hacia adelante y hacia atrás en el interior del conducto desprendido, perdió el equilibrio y cayó al vacío, moviendo las manos con furia al pasar junto a él de camino a la oscuridad. Tras él cayeron otros tres soldados imperiales, retorciéndose, precipitándose como la horrenda y crecida prole de un ovipositor increíblemente fértil.

La sección del conducto volvió a balancearse, y aquella vez Trig se dio cuenta de que lo que fuera que estuviese dentro estaba esperando a que el conducto se arquease hacia adelante antes de saltar, para poder usarlo como trampolín para propulsarse y llegar hasta él. El cuerpo se abalanzó sobre él, demasiado rápido como para que Trig le viese la cara, lo empujó contra la pared y Trig notó unos dedos como garras que le arañaban el torso.

La cosa cerró el puño alrededor de su pierna.

Y aquella vez se agarró bien.

Trig miró hacia abajo. Durante un instante lo único que vio fue aquel saco de carne amoratada y sin vida que una vez había sido su cara; lo miró fijamente y vio marcas de

pendientes arrancados, agujeros alrededor de su boca. Cuando la abrió, Trig aún pudo ver el brillo del acero que le atravesaba el gaznate, la espada que Kale le había clavado hacía mil años, o eso le parecía.

Era Aur Myss.

CAPÍTULO 41
ALA NEGRA

Zahara probó tres teclados antes de encontrar uno que funcionara. Con manos temblorosas, lo conectó al ordenador secundario, aguantó la respiración y esperó a ver si eran compatibles.

El 2-1B había rechazado acompañarla hasta la sala de control del hangar porque prefería quedarse en el laboratorio «por si me necesitan». Sin embargo, las indicaciones del droide habían sido impecables. La había enviado por un complicado laberinto de pasillos que la condujeron al ascensor de servicio, que había tomado directamente hasta la sala de espera de los pilotos, a través de otra serie de puertas que se abrieron en el mismísimo control del hangar.

La gran cabina adjunta estaba al menos a treinta metros de la cubierta. Desde aquel punto dominante podía verlo todo: unas seis naves que el rayo tractor del destructor había absorbido en un extremo, y al otro el pozo de acoplamiento que los había conducido hasta allí desde la barcaza.

Las cosas también estaban allí abajo.

Había cientos, quizá miles, formando enjambres alrededor de las naves, apretándose tanto que Zahara no podía ni calcular cuántos eran. Por varias puertas y escotillas seguían apareciendo más. Era una marea constante de cuerpos que se subían unos a otros para encaramarse a las diferentes naves. Cada pocos segundos gritaban al unísono, aquella misma onda sónica, y aquello sólo parecía acelerar la llegada de los demás.

¿Cómo iba a bajar hasta allí? Y si lo hacía, ¿cómo iba a alcanzar alguna de aquella naves sin que…?

«Lo primero es lo primero.»

La pantalla que tenía enfrente parpadeó obedientemente, esperando la contraseña. Sus dedos planearon sobre el teclado durante un momento, y entonces tecleó las palabras que había leído en el suelo del biolaboratorio:

ALA NEGRA

Se produjo una pausa larga y la pantalla se quedó completamente en blanco. Entonces, de repente, en la parte superior, pudo leer lo que esperaba:

CONTRASEÑA ACEPTADA.
¿INTRODUCIR ORDEN?

Zahara dejó escapar un suspiro que pareció aflojarle todos los músculos del pecho, los hombros y la espalda. Escribió:

ACCESO AL CONTROL DEL RAYO TRACTOR DEL DESTRUCTOR ESTELAR.

Tras una décima de segundo apareció la respuesta:

ACCESO AL CONTROL DEL RAYO TRACTOR CONCEDIDO.

Escribió:

DESACTIVAR RAYO TRACTOR.

Durante un momento no ocurrió nada. Entonces el ordenador respondió:

IMPOSIBLE EJECUTAR LA ORDEN.

Zahara frunció el ceño.

EXPLICAR IMPOSIBILIDAD PARA EJECUTAR LA ORDEN.

Inmediatamente:

EL RAYO TRACTOR YA HA SIDO DESACTIVADO.

Se recostó en el asiento y miró la pantalla frunciendo el ceño. ¿Habrían conseguido Han y Chewie desactivarlo desde la cubierta de mando? Si era así, entonces ya deberían estar de vuelta, si daba por hecho que el plan seguía siendo salir de allí en una de aquellas naves.

Volvió a mirar aquella masa de cuerpos que llenaba el suelo del hangar. Con suerte, Han y el wookiee habrían encontrado algunas armas más por el camino.

Se inclinó hacia adelante y tecleó:

¿QUÉ ES ALA NEGRA?

El sistema contestó:

ALA NEGRA:
PROYECTO IMPERIAL DE ARMAS BIOLÓGICAS 171 A.
ALGORITMO DE DISEMINACIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE VIRUS GALÁCTICO.
RESTRINGIDO: ALTO SECRETO.
ESTADO DEL PROYECTO: EN PROGRESO.

—¿Algoritmo de distribución? —Volvió a mirar los cuerpos del hangar, que ahora se apretaban tanto unos contra otros que en muchas zonas no se veía el suelo. Cada pocos segundos emitían otra versión de aquel grito rítmico y agudo, y al escuchar, oía otro grito que resonaba en alguna parte del destructor. Aquello hacía que se movieran con más frenesí.

Pero ya no daban vueltas.

Los cadáveres se estaban subiendo a las diferentes naves espaciales, a los alas-X, a las lanzaderas de desembarco, a los transportes, al carguero que estaba al otro extremo del hangar. Otros volvían a entrar en el pozo de acoplamiento que conducía a la barcaza prisión. Zahara vio que cargaban algo a la espalda.

Miró con atención.

Botes metálicos negros.

Volvió a mirar las naves del hangar pensando de nuevo en el algoritmo de distribución, un medio coordinado de extender el virus a todos los rincones de la galaxia. Involuntariamente, miró a un grupo alineado junto a un ala-X, aunando esfuerzos para girarlo y señalando hacia arriba, hacia donde estaba ella.

Recordó lo que Basura le había dicho sobre la autoinducción, la forma en la que actuaba la enfermedad. «No hacen nada hasta que pueden hacerlo todos juntos, cuando ya es demasiado tarde para que organismo huésped la combata, pero ¿por qué?»

Entonces cayó en la cuenta y lo dijo en voz alta para sí misma.

—Se van.

Abajo, el ala-X apuntaba directamente hacia ella. ¿Qué le había dicho el otro 2-1B sobre exponerse en aquel lugar?

Una cegadora columna de llamas atravesó el hangar abalanzándose sobre ella.

CAPÍTULO 42
RIO

El chico no tenía ninguna posibilidad.

Incluso desde allí, Han sabía lo que iba a pasar, y si él y Chewie se subían a la pasarela para intentar ayudarlo, los tres acabarían muriendo juntos. Comprender aquello resultaba desagradable, aunque era una verdad como un templo.

Chewie emitió un aullido largo y quejumbroso.

—Sí, lo sé —Han devolvió los disparos, odiándose a sí mismo incluso más por tener que decirlo en voz alta—. ¿Tienes alguna idea mejor?

El chico estaba resbalando de la pasarela y aquella cosa se le aferraba al tobillo, arrastrándolo con ella. Quizá podría aguantar otros cinco segundos, pero estaba claro que ni uno más. En un acto de pura desesperación, Han apuntó con el bláster, sabiendo que no tenía posibilidades de darle a aquella cosa. Podría darle perfectamente a Trig desde aquella distancia, o fallar. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

«¿Te vas a quedar quieto sin hacer nada? ¿Vas a rendirte sin luchar?»

Chewbacca lo miraba, esperando que tomase una decisión. Al fin, Han asintió y bajó el bláster.

—Bueno —murmuró—, a mi señal vamos hacia él e intentamos cogerlo…

Chewie volvió a aullar, aquella vez más asombrado, y Han miró al muchacho.

Ya era demasiado tarde.

El chico se había soltado.

Y caía al vacío.

* * *

Desde el momento en que al fin se le soltaron los dedos, una parte de Trig no sintió nada más que puro alivio ingrávido: después de todo lo que había ocurrido, abandonaba y se rendía a la gravedad y al vacío. Mientras caía, con Myss aún colgado de sus piernas, miró hacia abajo, a las caras que gritaban y que estaban cada vez más cerca, y sintió que lo engullía toda la intensidad de su cólera. Recordó que había deseado morir antes de llegar al suelo, y supuso que aquello tampoco pasaría. A no ser…

Algo se metió debajo de él y Trig chocó con algo sólido, se golpeó la cadera y el hombro derecho y dio vueltas hacia atrás. Los brazos y las piernas rodaron con fuerza con el impulso del impacto. Un latido después y su frente impactó contra la suavidad de la fría resina prefabricada. Se apoyó y sintió que la velocidad se le acumulaba en la cara, empujando hacia adelante. Ya no estaba cayendo…

Pero se estaba moviendo.

Comprendió que había aterrizado en el interior de una especie de deslizador, un elevador de carga que surcaba el espacio vacío que rodeaba la turbina del motor principal, a unos veinte metros del siniestro paisaje de rostros que chillaban.

Trig volvió la cabeza y miró hacia adelante. Había una figura sentada al volante. No podía ver de quién se trataba…

Excepto que aquel hombre parecía llevar un uniforme de guardia de prisión imperial.

* * *

El elevador se inclinó trazando un arco sobre el abismo, y cuando el piloto miró hacia atrás, Trig le vio la cara. No tenía sentido, pero tras pasar dos meses y medio a bordo de la barcaza prisión, habría reconocido a Jareth Sartoris en cualquier sitio.

Sartoris llevó el elevador hacia el extremo más alejado de la pasarela, donde Han y Chewie lo miraban con una incredulidad semejante a la de Trig. La voz del guardia sonó ronca y áspera por encima de los gritos y los disparos.

—¿Venís?

Han y Chewie subieron sin mediar palabra. El elevador perdió altura con el peso *y* Sartoris empujó la palanca hacia adelante y hacia arriba. Al darse cuenta del esfuerzo que le suponía, Trig vio el profundo mordisco que tenía en el brazo, la forma en que el tejido inferior ya había empezado a abultarse y a arrugarse con una necrosis grisácea que se retorcía en su interior.

Comprendió que Sartoris luchaba contra algo más que contra el acelerador.

El elevador se iba hacia los lados y él intentaba mantenerlos por encima de la turba que tenían debajo mientras sus caras se iluminaban con el resplandor de los disparos constantes. Han y Chewie ya habían tomado posiciones en los flancos y devolvían el fuego.

—Eres piloto, ¿verdad? —gritó Sartoris sin mirar atrás—. ¿Puedes llevar esto?

Han pestañeó.

—¿Vas a dejarme…?

—¿Ves esto? —Sartoris le enseñó el mordisco del brazo, el tejido expuesto que ahora se movía visiblemente, como si tuviera una serie de pequeñas serpientes eléctricas retorciéndose de dolor bajo la carne, intentando encontrar una salida—. No me queda mucho tiempo.

—Sí, bueno… —Han se echó a un lado y disparó otra ráfaga a la masa de cadáveres—. Chewie y yo estamos un poco ocupados ahora mismo.

Sartoris miró por encima del otro hombro.

—¿Y tú?

—¿Yo? —gritó Trig.

—Llevamos sobrecarga.

Sartoris gesticuló sobre las agudas alarmas que habían empezado a parpadear cada vez más rápido en la consola principal, y Trig comprendió para su horror que seguían bajando, descendiendo lenta pero constantemente hacia la vorágine de gritos. En cuestión de segundos sentirían aquellas manos aferrándose al elevador para tirar de ellos.

—El deslizador no aguantará el peso.

—No creo que pueda…

—Hora de que aprendas. —Sartoris agarró el brazo del muchacho, tiró de él desde donde estaba y lo plantó frente a la consola—. ¿Lo tienes?

—¿Adónde vamos?

—Hay una lanzadera imperial con algunos soldados a bordo en el hangar. Busca a un chico que se llama White. —Trig se dio cuenta de que el capitán de los guardias lo cogía por el hombro y lo miraba fijamente; los ojos le ardían claros y brillantes—. ¿Entiendes lo que te digo?

—Pero…

Sartoris entrecerró los ojos; las arrugas verticales que le rodeaban la boca se le acentuaron; eran como surcos en los que se podía caer si no se tenía cuidado.

—Quiero que sepas algo sobre tu padre.

—¿Lo conocías?

—Era un buen hombre —dijo Sartoris—. No como yo.

Trig lo miró fijamente.

—Habría estado orgulloso de ti. Tienes que saberlo.

—¿Cómo…? —Trig empezó la frase. Seguía hablando cuando Sartoris sacó las piernas fuera de la barandilla y saltó.

* * *

—¡Chaval! —gritó Han—. ¿Estás pilotando esta cosa o qué?

Trig se inclinó hacia adelante, agarró el acelerador con ambas manos y consiguió evitar por los pelos que chocaran contra la pared. La turbina y el abismo que la rodeaba estaban ahora bajo ellos trazando un ángulo imposible. Todo lo que tenía delante venía hacia él demasiado rápido, como una mancha de velocidad temeraria.

Veinte metros más abajo, en el pasillo que conducía hacia el hangar, los habitantes originales del destructor seguían disparando y trepando por las paredes para intentar atraparlos. Estaban apiñados, miles de ellos, como un río sólido de carne hedionda y deteriorada. Como si fueran uno, echaron la cabeza hacia atrás y soltaron otro grito conjunto que obtuvo la respuesta de otro grito lejano.

—¿Sabes adónde vamos? —gritó Han.

Trig miró la pantalla de navegación del elevador y la luz que señalaba dónde se encontraban en aquel laberinto de pasadizos del nivel medio. Notó que el sudor le caía por las axilas y sobre las costillas.

«Puedes hacerlo.»

El elevador se ladeó. Algo se había enganchado por abajo. Notó que el elevador volcaba. Han se inclinó para intentar ver de qué se trataba y negó con la cabeza.

—¡No lo tengo a tiro!

Trig volvió a mirar hacia adelante. Redujo la velocidad todo lo que se atrevió hasta que vio que el colector se elevaba del suelo corrugado. Aguantando la respiración, empujó la palanca hacia adelante y lo soltó otra fracción de milímetro. Era especulación

pura y dura, el tipo de cosas en la que habían destacado su padre y su hermano, sólo que aquella vez le tocaba hacerlo a él.

—¡Trig, qué…!

¡Bam!

El cadáver que colgaba bajo el elevador se estampó contra el colector y acabó dando vueltas descabezado sobre la masa de la que había salido. Han le dedicó una mirada de agradecimiento.

—Eso ha estado mejor.

Trig cogió una curva a toda velocidad y los condujo por un pasillo ligeramente más ancho iluminado por luces tenues y amarillas que parpadeaban igual que sus pensamientos. No dejaba de pensar en lo que le había dicho Sartoris justo antes de saltar del elevador.

«Era un buen hombre. No como yo.»

Había sido una generalidad en boca de un hombre que sabía que iba a morir, pero ¿por qué había sonado como si estuviese confesando que había matado a Von Longo?

Una explosión de estática salió del comunicador del elevador y se oyó una voz.

—Hola, ¿hay alguien ahí?

El brazo de Han le pasó por delante de la cara para coger el comunicador, que parpadeaba.

—¿Quién es?

—Cody… —La voz se entrecortaba—. Control del hangar…

—Vamos para allá —dijo Han.

—No… manteneos alejados…

—Repite.

—…ataque…

La comunicación se entrecortó y la voz de Zahara se redujo a un gorjeo. Trig creyó oír blásters de fondo, los golpes y las vibraciones de una catástrofe. Observó a Han cambiando las frecuencias, intentando recuperar la señal.

—Te pierdo, doctora —dijo Han—. Aguanta ahí, ¿de acuerdo?

—…son demasiados… —La voz de Zahara iba a la deriva y se perdía entre nubes de pesada estática. Trig creyó oír las palabras «cañón láser», y entonces el comunicador calló por completo. Han lo soltó y comprobó el esquema digitalizado del elevador.

—Ya está, casi hemos llegado, ¿verdad? —dijo—. Eso de ahí delante es la entrada.

Trig soltó un poco la palanca y la dejó ir hacia adelante. Al fin se había hecho con ella, aunque el viaje aún no había terminado. El elevador aceleró hasta el fondo del pasillo, hacia la puerta que señalaba Han. A pesar de que ya casi habían llegado, Trig sintió una extraña preocupación, como si se hubiera equivocado hacía tiempo y ahora no pudiera hacer nada para remediarlo.

Chewie rugió y Han ensanchó las fosas nasales. Parecía preocupado.

—Sí —dijo—, yo también lo huelo.

Trig los miró.

—¿El qué?
—Humo.

* * *

La pared del hangar estaba ardiendo.

A través del humo, Trig vio que el ejército de cadáveres se dirigía hacia el extremo del hangar. El ala-X que obviamente había disparado contra la pared aún apuntaba hacia ella, con los cañones láser inclinados hacia arriba. Trig volvió a mirar las llamas que habían engullido el ala oeste del hangar, oscureciendo la pared con un humo denso y aceitoso que olía como a cables de cobre quemados y duracero calcinado.

—¿Dónde dijo la doctora Cody que estaba? —gritó.

—En el control principal del hangar —dijo Han.

—¿Qué…?

Han señaló directamente a las llamas. Trig echó la palanca hacia atrás, inclinando el elevador hacia la pared negra. Al momento empezaron a escocerle los ojos, la nariz y la garganta y las lágrimas le caían por la cara. Oyó que Han le gritaba y Chewbacca dejó escapar un rugido intenso y furioso, que acabó convirtiéndose en un estallido de tos.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Han—. ¿Quieres matarnos?

—No pienso dejarla.

—¡Si sigue ahí arriba ya estará muerta!

Trig subió el elevador hasta que pudo ver a través de las llamas lo que quedaba del control principal del hangar. Ordenadores y consolas derretidos que burbujeaban sobre los paneles de duracero del suelo y que conformaban una pesadilla surrealista de tecnología imperial.

«No está ahí —pensó—. Habrá conseguido salir. Quizá…»

Abandonó aquella idea al momento.

Era una forma pequeña, menguada por el bloque alargado de componentes que le habían caído encima hasta aplastarla. Trig miró aquella mano delgada que salía por debajo la pila y la recordó posada sobre el hombro de su padre en la enfermería. Sintió que su último aliento se evaporaba en sus pulmones dejándolo absolutamente inmóvil.

—Chaval. —La voz de Han sonaba lejana, y por cómo sonaba, Trig sabía que también la había visto—. Tenemos que irnos.

Trig abrió la boca, pero no fue capaz de decir nada. Le dio la vuelta al elevador y descendió.

CAPÍTULO 43
LA MUERTE Y TODOS SUS AMIGOS

En los últimos momentos antes de abandonar el destructor estelar, Trig Longo vio cosas que sabía que nunca olvidaría, independientemente de lo mucho que se esforzase en hacerlo. Más tarde, cuando intentó cuadrar todas las piezas para que cobraran sentido, no le venían las palabras, y se encontró a sí mismo escudriñando un revoltijo de imágenes, crudos recuerdos y sensaciones que seguían asustándolo tanto como la primera vez que las había experimentado.

Aún intentaba lidiar con lo que había sentido al ver aquello allí arriba. Después de perder a Kale, supuso que había sobrepasado su capacidad para sentir dolor, pero saber que la doctora Cody había muerto también era casi más de lo que podía soportar. Aquello lo había dejado desolado por la pena y mareado por la tristeza, como si pudiera vomitar algunos de los trozos más amargos de su corazón.

Abajo, en el suelo del hangar, las cosas habían dejado de gritar y se centraban en subirse a las naves que quedaban. Al mirarlas, Trig vio que ya no se trataba de una cuestión de prioridades. Deseaban abandonar el destructor con todas sus fuerzas, igual que Trig, Han y Chewie.

Los odiaba.

Los odiaba más de lo que había odiado a Sartoris o a Aur Myss o a cualquier otra cosa en su vida. Los odiaba con una intensidad inimaginable. Era como si todo el miedo que había experimentado hasta el momento se hubiera solidificado en picos negros y vidriosos de rabia pura.

Miró hacia adelante. La lanzadera de aterrizaje que había mencionado Sartoris ya estaba en el aire. Sin apenas pensarlo, Trig puso el elevador a su lado. Vio que la escotilla de emergencia se abría y Han lo miró con reservas.

—¿Estás seguro? Es una lanzadera imperial.

Trig la señaló.

—Mira.

Un brazo esquelético los saludó desde la lanzadera indicándoles que entraran, y Trig prefirió no pararse a discutirlo. Niveló el elevador, lo puso en modo automático y se subió al montante.

* * *

El interior de la cabina de la lanzadera estaba oscuro, pero allí resultaba más fácil respirar sin el humo. El soldado imperial que tenía delante tenía un rostro pálido y famélico que turbó a Trig inmediatamente; cuando el soldado sonrió, fue como ver a una calavera tirando de una fina red de carne amarilla.

—¿Eres White? —preguntó Trig.

—Tanner. —El esqueleto negó con la cabeza—. White no ha sobrevivido. En la cabina sólo quedamos Pauling y yo.

—Sí, bueno —dijo Han, y carraspeó—. ¿Nos vamos o nos quedamos aquí a vivir?

—En cuanto…

De repente todo empezó a sacudirse.

* * *

—¿Qué pasa? —preguntó Trig.

Han miró la cabina del piloto de la lanzadera, donde otro cadavérico soldado imperial —Pauling, pensó— manejaba los controles con torpeza. Sus manos colgaban de unas muñecas escuálidas y consumidas que parecían controladas por un titiritero increíblemente inepto.

—¿Qué es eso? —preguntó Pauling con voz ronca—. ¿Qué está pasando ahí abajo?

—El hangar se está abriendo —dijo Han—. Creía que era cosa vuestra.

—Negativo. —Pauling levantó un pulgar torcido para señalar hacia el exterior—. Creo que lo están haciendo ellos.

Han vio que el fondo del destructor estelar se abría para mostrar el vacío del espacio. A la derecha le pareció ver la proa de la *Purga*, que se veía muy pequeña en el extremo del pozo de acoplamiento, como una minúscula nota al pie colgando de la gran masa de la saga del dominio imperial.

Cuando el hangar se abrió por completo, las naves capturadas, un par de cazas TIE, el carguero, una lanzadera imperial y los alas-X, empezaron a salir en todas direcciones, esparciéndose por el espacio como las moscas de un cadáver. Cuando una de las naves más pequeñas pasó junto a ellos, Han vio los rostros cetrinos de los muertos que lo miraban desde la cabina, tan apretados que su carne podrida se apretujaba contra el cristal. ¿Y lo estaban lamiendo?

—Vamos —dijo Han—. ¿A qué estamos esperando?

Pauling pulsó una serie de comandos y la lanzadera empezó a vibrar, luego se sacudió y dejó de moverse.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —balbuceó Pauling—, los propulsores…

—Levántate —dijo Han, que prácticamente sacó al soldado imperial de su asiento y lo empujó hacia el compartimento—. Chewie, vamos a tener que hacerlo nosotros mismos. —Miró a su alrededor—. ¿Chewie?

No hubo respuesta, y Han no tenía tiempo para ponerse a buscarlo.

Reinició los sistemas de navegación para ponerlos en modo manual y levantó el acelerador, haciendo que la nave cayera en picado y bajándola hasta que vio el hangar abierto debajo. Allí estaba la galaxia, justo donde la había dejado.

Aceleró.

* * *

La lanzadera salió del hangar del destructor estelar, pasó junto a la barcaza prisión adentrándose en el espacio y, por un momento, Han Solo sintió el aumento de adrenalina que siempre experimentaba cuando la nave que pilotaba empezaba a usar todo su potencial.

No quería pensar en la doctora, en cómo habría sido su final cuando aquellas cosas abrieron fuego contra ella con el cañón láser del ala-X.

Pero sabía que acabaría haciéndolo.

No podía evitarlo.

«Concéntrate en lo que estás haciendo. No te pongas tonto ahora. Aún no hemos salido de ésta.»

Estaba empezando a recalibrar el sistema de navegación para saltar al hiperespacio cuando oyó los primeros gritos.

—¿Qué está pasando ahí detrás?

Se oyó un ruido sordo y Pauling entró en la cabina tambaleándose. La sangre arterial de un rojo intenso le salía a chorros del muñón donde una vez había tenido el brazo. Su cara se había teñido de una palidez gris aún más intensa y tenía la boca abierta de la impresión.

—Esas cosas…

Entonces se calló. Los gritos de la parte de atrás de la cabina se intensificaron y Han vio que Pauling hacía una extraña pirueta hacia atrás y estiraba el brazo que le quedaba en aquella dirección, como para decirle a Han qué estaba pasando.

Entonces algo lo cogió y lo lanzó por los aires.

Han puso los sistemas de guía en modo automático y buscó el bláster de forma instintiva. ¿Qué había hecho con él? Lo había dejado a un lado cuando había cogido el acelerador, pero ¿dónde estaba?

Se levantó muy despacio y echó un vistazo desde una esquina.

Una de las cosas del hangar del destructor estaba dentro de la cabina. Se había quitado el casco de soldado imperial para comer. ¿Cómo se las había arreglado para entrar en la lanzadera antes del despegue? Han no lo sabía y tampoco le importaba. Tenía la boca hundida en la garganta de Pauling y estaba concentrado en chuparle la sangre, arrancándole enormes pedazos de carne. Han miró abajo y vio que una de sus botas blancas estaba plantada sobre el pecho del otro soldado imperial, Tanner, o lo que quedaba de él, que no era mucho más que un charco de sangre, un uniforme negro cubierto de carne y un ojo completamente del revés.

Han recorrió la cabina con la mirada. Al otro lado vio a Chewbacca y a Trig agachados al final de la fila de asientos, mirándolo. Han dijo «bláster» moviendo la boca pero sin emitir sonido alguno, y ambos negaron con la cabeza.

«¿Qué se supone que tengo que hacer? —se preguntó—. No soy el héroe. ¿Cuántos milagros espera esta gente que…?»

Se detuvo.

La criatura lo miraba.

Y sonreía.

De los dientes le colgaban hebras de la carne de Pauling. Lo observaba, estiraba los brazos hacia él y aullaba tan fuerte que a Han le pitaban los oídos.

Intentó meterse en la cabina, pero sus pies tropezaron con algo: el brazo amputado de Pauling. Cuando se lo quitó de encima y cayó, lo último que vio fue la cosa con el uniforme de soldado imperial cayendo sobre él con todo su peso.

Y después sólo oscuridad.

Capítulo 44
PÁJARO LIBRE

Trig oyó el disparo del bláster antes de verlo. Encorvado junto a Chewie, había estado mirando por toda la cabina en busca de algo que pudiera usar como arma cuando de repente el aire cobró vida con una sacudida familiar. Cuando levantó la cabeza, la cosa vestida con el uniforme de soldado imperial yacía a un lado, lejos de Han.

Chewbacca estaba a sus pies, corriendo hacia la cosa, cogiéndola —el humo aún saliendo del cañón— y aplastándola contra el suelo de la cabina.

Trig miró en la dirección de la que provenía el disparo. Lo que vio lo dejó tan impresionado que se quedó mudo momentáneamente.

—¿Doctora Cody?

Zahara se apoyó en la parte de atrás de la cabina con el bláster de Han entre las manos, levantado y preparado. Su voz era débil, no mucho más que un susurro.

—Cuidado, Chewbacca. Creo que será mejor dispararle otra vez. Por si acaso.

Han seguía de rodillas, apoyado en las manos, echándose hacia atrás, buscando frenéticamente mordiscos o algún indicio de infección. Cuando vio a Zahara delante de él, se quedó boquiabierto.

—¿De dónde sales?

Zahara no respondió. Centraba toda su atención en la cosa con la armadura de soldado. Ahora se resistía sacudiendo brazos y piernas, con la cabeza caída hacia atrás mientras un fluido grisáceo le manaba lentamente de los labios formando un charco detrás de su cabeza. Mientras lo miraban, el fluido seguía goteándole por la nariz y las orejas, y al final también por los ojos, como si fueran lágrimas infectadas y pegajosas corriéndole por las mejillas.

—Nunca les había pasado esto —dijo Han.

—Nunca se habían alejado tanto de la fuente.

Han la miró desconcertado.

—Probablemente el destructor se ha visto altamente contaminado por los residuos de esos tanques. Quizá era eso lo que los mantenía con vida, ralentizaba el proceso de descomposición y mantenía los músculos receptores activos.

—¿Cómo sabes todo eso?

Zahara lo miró de reojo.

—Un droide me pasa información, ¿recuerdas?

—Eh, no quise decir…

—No pasa nada —dijo—. Mira.

Señaló las ventanas de las otras naves que habían salido del destructor antes que ellos. Al principio Han no entendía qué intentaba mostrarle, pero tras un momento se dio cuenta de lo que pasaba. Las naves habían dejado de moverse y vagaban a la deriva en la profundidad del espacio. Mientras observaba, uno de los cazas TIE se desvió, se metió en la trayectoria de otro TIE, chocaron y explotaron con el impacto.

—Ése es el fallo del Ala Negra —dijo Zahara—. Evitará que vayan más lejos.

—¿El Ala Negra?

—Ese líquido negro de los botes era una versión altamente refinada del virus. Toda la operación tenía como objetivo generar una cantidad ilimitada, probablemente para que el Imperio pudiera manipular su comportamiento cuando quisiera.

—Entonces, ¿todos esos zombis de ahí abajo no eran más que intermediarios? —preguntó Han—. ¿El medio para lograr un fin?

Zahara asintió.

—Eso creo. Resucitaban los cuerpos, probablemente para usarlos como fábricas y distribuidores. Pero sin una exposición constante y directa al virus no pueden funcionar.

Han se rascó la barbilla.

—Sigo sin entender cómo has llegado hasta aquí. Vimos tu cuerpo en el control principal del hangar.

—Era el de White —dijo Zahara—. Recibió mi llamada de emergencia. Fue a buscarme, a sacarme de allí, pero no consiguió salir.

—¿Un desconocido se sacrificó para salvarte? —preguntó Han—. No te ofendas, pero eso no tiene mucho sentido.

La sonrisa de Zahara era una línea triste y pálida.

—Dijo que un desconocido había hecho lo mismo por él.

* * *

Viajaron mucho tiempo sin hablar. Chewie ayudó a pilotar a Han un rato y luego se retiró al compartimento a descansar, dejando solo a Han. A veces pensaba que era mejor observar la galaxia así, en silencio, cuando podías sentarte y esperar que las cosas cobrasen sentido, aunque no siempre fuese así.

Después de un rato, el chico entró en la cabina del piloto y se sentó en el sitio que había ocupado Chewie. Han no dijo nada, para darle tiempo hasta que estuviese preparado para hablar.

—¿Adónde vamos? —preguntó al fin.

Han se encogió de hombros.

—A un sitio mejor.

—Entonces, ¿no tenemos un plan?

—Siempre hay un plan, sólo que a veces hay que esperar a ver cuál es.

Trig lo miró.

—¿Qué? —preguntó Han.

—Nada. Eso se parece a algo que solía decir mi padre, nada más.

—Tu viejo, ¿eh?

—Te habría caído bien. —Trig se recostó en el asiento y miró todas aquellas estrellas que plagaban las profundidades del espacio—. ¿Pasaste miedo allí dentro?

—¿Yo? Psé. —Han arqueó una ceja—. No es que esté buscando una excusa para volver, precisamente.

—¿Te gusta la lanzadera?

—¿Esta cosa? No está mal. Pero si quieres velocidad deberías ver la mía… Bueno, antes de que el Imperio me la confiscase. No es una preciosidad, pero… —Se dio cuenta de que el muchacho miraba cómo el panel de instrumentación y el ordenador de navegación se alimentaban de coordenadas formando una cadena continua de diálogo silencioso—. ¿Quieres probar?

—¿Lo dices en serio?

—Pilotaste aquel deslizador como un campeón. Me parece que ya estás preparado para algo más grande.

—No podría…

—Claro que sí. —Han le pasó unos auriculares—. Ten, ponte esto. Te enseñaré cómo funciona.

Trig parpadeó y una tímida sonrisa se esbozó en las comisuras de sus labios.

—¿Sabes? La doctora Cody dijo antes que ese chico, White, el que murió, le había hablado de la lanzadera.

—Sí —asintió Han.

—White dijo que sus compañeros le habían puesto un nombre.

—¿Ah, sí?

—Sí —asintió Trig—. *Pájaro libre.* —Miró a Han con indecisión—. Me gusta.

—*Pájaro libre*, ¿eh? —repitió Han—. Supongo que es un nombre apropiado. —Han echó los controles hacia atrás para que Trig pudiera verlos mejor—. Ven aquí, te enseñaré cómo se hace.

* * *

Dos días después vendieron el transporte a un grupo de piratas del Martillo Negro en Galantos, en una ciudad llamada Gal'fian'deprisi.

—Cuanto antes salga de aquí —gruñó Han—, menos tendré que intentar pronunciarlo.

Estaban sentados en un tapcafé fuera del puerto estelar. Trig miraba hacia arriba desde su lado de la mesa, Han y Chewie estaban a un lado y él y Zahara al otro.

—¿Qué vais a hacer?

—¿Con nuestra mitad de lo que hemos sacado por el transporte? —Han sonrió—. Volver a comprar mi nave.

—Creía que habías dicho que la había confiscado el Imperio.

—¿Estás de broma? Con lo corruptos que son esos burócratas locales seguramente subastaron el *Halcón* antes de cargarlo siquiera en la barcaza prisión. Sólo es cuestión de rastrearlo.

—¿No os vais a quedar por aquí?

—No. —Han se levantó y estiró una mano sobre la mesa—. Nos vemos, doctora. —Miró a Trig y le dijo—: Chaval, cuídate, ¿eh?

—Tú también.

—¿Y vosotros qué? ¿Tenéis algún plan?

Zahara se lo pensó un momento y asintió.

—Asuntos pendientes.

EPÍLOGO

En Hanna, todo el mundo dio por supuesto que el adolescente y la mujer eran hermanos. Aunque ella era bastante mayor, ambos caminaban con la misma gracilidad, la que confiere una victoria ganada con mucho esfuerzo, como si ambos hubiesen atravesado juntos el mismo fuego. Había algo en su actitud que resultaba humilde, casi común, y al viajar, algo que ahora hacían incansablemente, encontraban pocos problemas para evitar dificultades con el Imperio.

La mañana que llegaron a Chandrila pasaron horas paseando por las colinas del planeta, a la orilla del lago Sah'ot. Allí el aire era fresco y casi sobrenaturalmente claro y vigorizante, tanto que hasta se podía oler la exuberante vegetación en la distancia. Era el tipo de sitio en el que Trig Longo podía imaginarse estableciéndose algún día, y cuando se lo dijo a Zahara Cody, ésta simplemente sonrió.

En la orilla este se cruzaron con una pequeña comunidad de pescadores y granjeros. Conocían a la familia por la que les había preguntado Zahara y no les resultó difícil encontrar el pequeño rancho a unos kilómetros, situado al borde de un prado que dominaba el lago. Cuando llegaron, Zahara se acercó a la puerta y llamó.

La mujer que salió a recibirlos tenía una belleza oscura, embrujada y embrujadora al mismo tiempo, con ojos más profundos que el espacio. A sus pies, tres niños pequeños le tiraban del dobladillo del vestido, observando con miedo a aquellos dos extraños apostados en su puerta.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Puedo ayudarlos?

—¿Kai? —preguntó Zahara.

—Sí.

—Me llamo Zahara Cody. Trabajé con su marido en la *Purga,* la barcaza prisión.

—Lo siento, no entiendo. —La mujer los miró nerviosa—. Ya he hablado con el Imperio de esto.

—No venimos en nombre del Imperio —dijo Trig.

La mujer no dijo nada, pero la cautela se intensificó en su mirada.

—Su marido tenía algo que pretendía enviarle —dijo Zahara—. Sólo quería asegurarme de que llegaba a sus manos. —Buscó en su bolsillo y le entregó a la mujer una lámina de flimsiplast hecha jirones.

Los niños se acercaron más y estiraron el cuello para mirar mientras Kai la abría.

—¿Qué es, mami?

La mujer tardó un buen rato en contestar. Sus ojos recorrían la página de un lado a otro y Trig vio cómo las lágrimas le inundaban el rostro. Entonces volvió a mirar a Zahara.

—Gracias.

Zahara y Trig esperaron a que la leyera en silencio para sí misma por segunda vez. Cuando terminó, las lágrimas le recorrían las mejillas. No se molestó en secárselas y su

hijo mayor la rodeó con un brazo, como si de alguna forma pudiera protegerla de su tristeza.

—Muchas gracias —dijo—. ¿Quieren…? ¿Quieren pasar? Estaba haciendo té.

—Suena bien —asintió Zahara, y Trig y ella entraron en aquella casa inundada por la algarabía de los niños y el olor a té.